

David Valles Carranza

LOS ULTIMOS  
MUCHA-  
CHOS

EDITORIAL  
UPNECH



# Los últimos muchachos

 EDITORIAL  
**UPNECH**

LOS ÚLTIMOS MUCHACHOS

David Valles Carranza

1a. Ed.

Chihuahua, Chih., México. UPNECH 2021

222 pp. il.: 21.59 x 13.97 cm

ISBN: 978-607-99239-6-9

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Pedro Rubio Molina

RECTOR

Ramón Holguín Sánchez

SECRETARIO ACADÉMICO

Fernando Soto Molina

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

1a. EDICIÓN 2021

Diseño editorial de interiores y portada: Martha Idaly Retana Reyes

Este libro fue dictaminado favorablemente para su publicación a partir de su participación en la convocatoria “Publica tu libro 2021” de la editorial UPNECH bajo el proceso de dictaminación doble ciego.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema “multigraph”, mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, digitalización, etcétera, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada. Queda hecho el depósito que previene la ley.

© 2021 David Valles Carranza.

© 2021 Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua  
Calle Ahuehuate No. 717, colonia Magisterial Universidad  
CP. 31200, Chihuahua, Chih. México.

ISBN: 978-607-99239-6-9

Hecho en México - Made in Mexico

# Los últimos muchachos

*A una generación que no tuvo lugar*

---

David Valles Carranza



## PRÓLOGO

*El bien, quisimos el bien...*

La ingenuidad y la inexperiencia de *Los últimos muchachos* tira sus dados incautos en la vorágine de un mundo que abre sus garras detrás de la sombra sin que ellos puedan siquiera presentirlo. Tal es la imagen que podría evocarnos el tema de esta novela, una profunda reflexión acerca de los grandes ideales y el latigazo de la realidad con el que lidia un soñador.

Hay un punto en el que las buenas intenciones de Pablo Vega, el protagonista de este relato, se deslindan de los resultados lógicos y lo que en principio surgiría como un objetivo encomiable, se encuentra con los oscuros vericuetos del poder. Vega Mora cobra conciencia del mundo en el que vive y que no deja de supurar por la misma llaga, incurable todavía: la injusticia; pero es un mundo que resulta ser -y con mucho- más abyecto de lo que nunca pudo haber imaginado, un mundo en el que cada paso se entrelaza con otros y acaba por desviarse.

Pablo es un soñador, el mundo es un misterio al mejor postor y este es el cóctel que Valles Carranza nos ofrece en su narración.

Los personajes de la novela actúan como un catalizador para dar impulso al ideal de Pablo. Algunos se aden-

tran en él influenciados por el sueño de Vega Mora, otros por una incipiente rebeldía, otros alentados por claros intereses económicos y otros más se tiran al ruedo con tal de no parecer cobardes. Esta dispersión de un propósito consensuado nos permite analizar los puntos clave y los agujeros de gusano de todo plan: la intención, su *modus operandi* y la congruencia del resultado final.

Podríamos llegar a pensar que Valles Carranza nos susurra al oído que las buenas intenciones deberían tener, quizá, una inflexión de malicia y conocer el trapicheo del mundo antes de echarlas a andar; tendrían que adentrarse en los andamios de ese mismo mundo y vencerlo con sus propias, retorcidas leyes.

A este respecto, uno de “Los últimos muchachos” opina:

*“...La corrupción es la que nos mantiene vivos, estables. Nuestro país es corrupto porque de lo contrario esto se desmoronaría...”*

Otro más indaga en nuestra conciencia:

*“¿Qué somos, muchachos? Mediocridad humana entre las sucias manos de un sistema agónico que nos arrastra a voluntad sin la menor posibilidad de disensión. ¿Habremos de ser repugnantes sombras humanas o ganamos la partida? Encontraremos el ansiado camino de la trascendencia eterna, que como dice Byron, será la luz, esa misma luz que vislumbraron los héroes, los mártires o los profetas”.*

Pero no estamos solos, de muchas maneras no lo estamos y al no darnos cuenta de un hecho como éste, solemos olvidar un aspecto fundamental acerca de los ideales, su extremo opuesto: la política, y su hermano mayor (o mejor dicho, su padre): el poder.

En boca de Pablo, nosotros también podríamos preguntarnos:

*¿Por qué el gobierno se transforma en una entidad supra humana y devora como bestia, todas las ilusiones y sueños de un país inerme como el nuestro?*

Y luego podríamos externalar, como él:

*Pienso que los gobiernos del mundo han rebasado la frontera del poder y han sometido a la humanidad a un deplorable derrotero de vasallaje.*

Es la pregunta y la opinión que profiere Vega Mora desde la más completa ingenuidad. Conocer a fondo las obras de los grandes pensadores de la historia, pudo haberlo llevado a creer que conocía la verdad, pero lo que aún no sabe es que el hecho de conocerla no garantiza que otros la validen como tal y, menos aún, que comulguen con sus preceptos. Sin embargo, la trama está servida una vez que los muchachos trazan su plan, en cuyas variantes figura la adhesión del pueblo ante la rotundidad de una elocuente declaración de intenciones.

Aparte del grupo que Valles Carranza denomina como “Los últimos muchachos”, en la novela aparece un personaje casi mitológico. El viejo Dionisio, como el Dios griego que lleva su nombre, es un puente demencial, un antiangel que transita en una especie de realidad entre la novela aún por escribir -que a su vez es un reflejo de los hechos futuros- y la ingenuidad del novelista. El trasunto de Dionisio parece ser esa novela que Pablo debería empezar a escribir, como un estigma que podría afectar su propia vida.

Dionisio aparece en el delirio de Pablo y a raíz de sus encuentros con él, se desata en el novelista en ciernes una confusión entre futuro y presente, ensueño y realidad. Va de uno a otro estado sin poder unir las piezas ante las misteriosas visiones que a partir de Dionisio se muestran en sus sueños. Mientras tanto, en el mundo real, la quimera inspirada por sus lecturas, como en las novelas de caballería de Don Quijote, se nutre de una larga lista de grandes escritores y filósofos. Alentado por ellos, confecciona su plan y decide llevarlo a cabo. El quijotismo, si bien, es admirable a ojos del mundo, no está bien visto en un segundo

escrutinio. Es un mito y, como tal, no tiene peso en la vida cotidiana.

El mundo sigue siendo el mismo después de Hidalgo, del Ché Guevara, de Simón Bolívar, del comandante Marcos o de Pablo Vega Mora. Ahí, donde lo dejaron, ahí lo encontrarán con su misma doble moral, que no es ninguna moral, con la misma avaricia y el mismo poder corruptor que avasalla a los inocentes; todo es idéntico e irrefutable.

Los héroes que abanderan las causas nobles nos cautivan con la idea de un paraíso, del que dicen que somos legítimamente merecedores, pero mueren perseguidos (¡todos mueren perseguidos al final!) y nosotros, siempre y cuando hayan muerto, los ponderamos como santos mártires y nos postramos a sus pies.

En un mundo como el nuestro el engaño y la injusticia pueden instalarse perfectamente entre nosotros, sin embargo, la verdad siempre será perseguida.

Alguno de los personajes, refiere a Pablo:

*La humanidad cuando pierde el rumbo se acoge a las enseñanzas de esos gigantes de espíritu, pero no olvides que somos nosotros los que tenemos que matarlos, condenarlos, proscribirlos, porque son una amenaza, nunca la humanidad los comprenderá en vida, sólo la muerte los cubre de gloria. ¿Me entiendes, Pablo? Siempre habrá hombres como los que tú veneras, pues su obra trasciende después de que hayan sido sacrificados. Mientras tanto, una caterva de mediocres como yo nos encargamos de la tarea más fácil: conservar el statu quo.*

En palabras del chico apodado Byron, David Valles Carranza nos consuela de la enfermedad de la utopía con estas palabras:

*“Tú no eres responsable de tu espíritu insaciable. No permitas que te avasalle, contrólate. Encuentra las piezas de tu alma deshecha y despliega tus alas sobre este mundo sin sentido, juega a ser Dios. Elévate hasta lo más alto de la realidad y la contemplarás pequeña y vana, entonces podrás divertirte como lo hacen los elegidos, sólo a ellos les está permitido el fuego secreto.”*





# I

El día convenido Ricardo me aguardaba sentado en su sillón de gamuza. Hojeaba arbitrariamente algunos libros que había reunido en torno suyo. Sus pies desnudos permanecían sobre la mesa de centro. Había un florero redondo y aplastado como una burbuja de vidrio. Los libros desordenados rompían el aire lujosamente sobrio de la sala. Junto a él, una lámpara de cuya pantalla cilíndrica se vaciaba una fina luz que iluminaba aquel rostro joven y radiante. Su cabello lucía desarreglado con largos mechones detrás de las orejas.

Me senté frente a Ricardo justo en el centro del sofá; observé latas de cerveza vacías al lado de su sillón.

—Estás tomando —afirmé preocupado.

—¿Por qué? —Preguntó al instante.

Conocía a Ricardo; el alcohol lo hacía penetrar en mundos de monólogos interminables y así difícilmente lograría mi propósito.

—Ayúdame Ricardo, no tengo ni una maldita idea para empezar mi novela. Tú conoces mi poesía, ¿recuerdas lo último que escribí dedicado a Teresa? Llevo muchos meses exprimiendo mi cerebro y no veo más que malos versos merodeando mi inspiración agotada.

La primera vez que lo puse al tanto de mi proyecto fue hace un año; tomábamos café en un restaurante. Lo recuerdo bien, me dijo:

—Tu poesía es consistente. Busca estilo, tienes gran capacidad para crear metáforas y mucha riqueza simbólica, ¡pero debes ser más original!

Ricardo sonreía discreto. Repentinamente sus ojos se volvieron llameantes y lascivos, lo cual era habitual ante el sexo opuesto. Las tres muchachas de la mesa de al lado habían iniciado juntas el ritual artificioso, teatral de fumar el cigarrillo: sus manos inquietas se movían como aves asustadas entre laberintos de humo. La mirada de Ricardo les agradaba y respondían con sus rostros evasivos pero correspondiendo en momentos cruciales.

—Dedícate a lo tuyo y olvídate de tonterías —dijo después del último sorbo de café. Tomó enérgico su libro de Milan Kundera, lo estrujó un poco y lo colocó junto al bolígrafo negro. Después ordenó:

—Ven, Pablito, esto es lo que importa. Ven, acompáñame —pronunció enérgico. Las muchachas estaban ansiosas.

—No... no. Tú sabes que no vine a eso —me negué contundente.

—Entonces espérame. Me gusta la de blusa a cuadros.

La miré automáticamente, después empecé a garabatear sobre la servilleta. El bolígrafo de Byron tenía inscrito Ricardo Rivera Velásquez. Las muchachas reían en deliciosas explosiones de júbilo. “Soy un imbécil tímido”, escribí sobre la servilleta. Pensé en Teresa, en los buenos momentos, su piel trigueña, sus ojos pequeños y oscuros (aunque ella insistía en volverlos castaños). La veré el sábado.

—¿Más café, joven? —La voz del mesero me sustrajo al mundo real.

Con mi taza humeante pensé en la novela... ¿y si Ricardo tiene razón...? la narrativa es muy complicada; mejor la poesía. Intenté convencerme a mí mismo. Ricardo acierta casi en todo, pero es tan extraño, hermético, no habla de sí mismo; es impulsivo. Siempre he criticado su situación; malgasta su mesada. Es un bohemio nato, un romántico de cepa cuya temeridad me parece absurda. Aunque siempre viste ropa de marca, tiene una apariencia desaliñada, informal pero agradable. Tiene la tez y los ojos almendrados de su madre, una hermosa dama andaluza de quien también heredó la sonrisa y los gestos. De su padre no heredó nada: el ilustre licenciado Pedro Rivera, un señorón adinerado, propietario de un importante bufete de abogados del cual se dice que defiende a narcotraficantes. El viejo es altísimo, de pelo gris y gafas bifocales. Siempre viste trajes finos, mas nunca sonríe, eso le restaría solemnidad. Ricardo se independizó cuando su madre conoció a otro hombre e inició nueva vida en la ciudad de México.

¡Quién soportaría al viejo! concluía Ricardo apoyando resueltamente a su madre. No obstante, la separación debió quebrantar el alma de Ricardo, pero desconozco la medida del daño porque nunca quiso tocar el tema.

Ricardo vive solo. Recibe una jugosa mesada que le deposita su padre puntualmente en una cuenta bancaria. Ricardo tiene veintiún años; es de complexión normal; de movimientos seguros y rostro masculinamente atractivo. Cuando ríe muestra sus dientes superiores blancos y simétricos. Es alto: poco más de uno ochenta, eso sí, herencia de su padre. Es un muchacho sabio y sagaz; excesivo en sus desplantes, imaginativo y conversador irredento. Admiro su inteligencia, su miedo a nada, su amor a la vida y esa voracidad por saber. Por eso lee, penetra en los libros llegando a las crestas más altas del goce, cual mujeres que se entregan amorosas. Yo le apodé *Byron* cuando descubrí la vida del poeta inglés. ¿Acaso podría llevar otro apodo?

Byron se alejó del restaurante con las tres muchachas, antes recogió su libro, cigarros y bolígrafo. Sin mirarme pronunció:

—Bien. Yo te notifico, y ya hablaremos de tu proyecto.

## II

Byron permanecía en su sillón. Me dirigí por una cerveza. Noté que sus ojos a punto de sangre disparaban torpes centellas sobre puntos inespecíficos. Estaba jadeante y nervioso.

—¿Y ahora qué tienes? —le reclamé—. ¿Me vas a ayudar con mi novela o no? —pregunté severo.

Byron se levantó y arrojó el libro sobre el tapete de figuras orientales. Ahí en el suelo permanecía el libro incólume, desafiando el maltrato irreverente de Byron. Me acerqué un poco; obras completas de Honore de Balzac. —¡Balzac! —exclamé. El enorme novelista, el genio prolífico, el más grande. Recordé *La comedia humana*, *La piel de zapa*. Sí, un genio eterno.

—El más grande fue Dumas —declaró en seco—. Siempre dices lo mismo de cualquier clásico. Afirmó.

Ahora guardaba afanoso en unos pequeños cajones de una mesita auxiliar algo que ocultaba de mí. Leí algunos párrafos de Balzac. Byron cayó de espaldas en una enorme poltrona, intentando sosegar su condición. Me acerqué sigiloso y me detuve en el umbral de la puerta de su jardín.

—Pásale, no te quedes ahí.

Ocupé una butaca y quedamos frente a frente. La casa era invadida poco a poco por manchones de sombra que apuntalaban la noche. Un librero de dimensiones caprichosas flanqueaba mi costado izquierdo. Me ausenté catalogando mentalmente su otra provisión de libros. Me detuve en un libro de Stevenson. Traté de encender una lámpara flexible asida en el último entrepaño; no encendió.

—¿Sabías que Stevenson padecía dolencias pulmonares y que murió sin terminar la novela, *El Weir de Hermiston*? —formuló tratando de poner en marcha algún diálogo.

—No, no lo sabía.

—¿Conoces su poesía?

—La verdad no —respondí encogiendo los hombros.

Tomó un libro de la mesita auxiliar y lo arrojó sobre mi regazo.

—Es Baudelaire.

—Claro, *Las Flores del mal* —repuse ufano.

—Llévatelo, ese era un poeta. Aprende más, libérate, escribe sin descanso, sigue los consejos de Rilke, o si no... muere, poeta.

—Necesito escribir prosa, la poesía me ha fastidiado, no me agrada, quiero cambiar, ayúdame.

—¿Y quién te dijo que sabes escribir prosa? —Me desintegró.

—Sólo quiero intentarlo y si no te agrada no se pierde nada —señalé en tono sumiso.

Se levantó tranquilo, encendió las luces y caminó hasta su estudio donde tenía cientos de libros. Ocupó su lugar detrás del gran escritorio de roble. Ese lugar me impresionaba, era soberbio; tenía las paredes a disposición de elegantes libreros empotrados. Había libros en su escritorio, en el descansillo de su escalera móvil... por todas partes. Byron heredó buena parte de esta muchedumbre de libros de su abuelo materno cuando supo que su único nieto era

un lector ferviente. Los obtuvo cuando ingresó a la escuela de Filosofía y letras. Tiene verdaderas joyas literarias anti-*quísimas* que nunca me ha permitido tocar. Byron recargó su cabeza en su sillón ejecutivo. Encendió un cigarro y giró sobre su eje ciento ochenta grados.

—Tráeme un whiskey seco —ordenó.

Creo que su bar y su biblioteca son lo más funcional de su casa. Tiene una enorme cava, vinos añejos con los que alardea de catador. Tomé la botella y medio vaso de *whiskey* le esperaba sobre el escritorio. Giró de nuevo y dio un pequeño sorbo. Me miró de hito en hito. Su silencio me incomodaba. Finalmente irrumpió:

—Si quieres escribir una novela, yo te voy a ayudar.

—¡Qué bien! —exclamé.





La luz incandescente del estudio estimulaba el espíritu Lamodorrado de Byron que disertaba sobre las bondades del género literario, a través de frases entrecortadas pero lúcidas. Parecía dormir. Mantuvo los codos sobre el escritorio. Su rostro inanimado, blanco, como de un maniquí pensativo. Entornó los ojos, un suspiro pastoso y enfermo me dio pauta para romper su repentina ausencia.

—¿Y tú por qué no escribes? —La pregunta retumbó en mi cabeza. Me arriesgaba por mi impertinencia a una andanada de recriminaciones.

La historia que conozco fue por boca de mi amigo Julio Sánchez. Un anciano maestro de andar abúlico, de gruesas antiparras y con un pelambre blanco que bordeaba su cráneo de oreja a oreja en una mala tonsura llamó a Byron, con su habitual lentitud senil.

—Quiero verte en mi cubículo después de clases. —Fueron palabras feroces del profesor Pérez Ojeda las que llevaron a Byron a no escribir; lo había vapuleado con tal severidad que Byron se replegó avergonzado en un mutismo infranqueable; su tinta no correría más.

Julio y yo no tocamos más el tema, sólo compartíamos el secreto. Julio también le guardaba una sentida admi-

ración. Ambos conocíamos a Byron desde el bachillerato. Él era como un hermano confiable y dadivoso que nos resolvía problemas, nos llenaba de su ímpetu. Era nuestro hermano mayor, el sabio, el bravucón, el líder galante que podía seducir a cualquier muchacha.

Julio aseguraba que el viejo maestro había desacreditado desde sus mejores trazos literarios, hasta la personalidad de Byron con terribles peroratas. A partir de ese día no escribió más. Tal era en parte el profundo reconocimiento que Byron tenía por el insigne Pérez Ojeda, filólogo y crítico respetado.

Me imaginé dos trincheras apertrechadas de mortíferas municiones. Una cargada de sabiduría implacable y desde el otro frente, la inteligencia, el apasionamiento de un muchacho soberbio. He aquí la razón de su bandera blanca. A Byron no lo venció el viejo maestro sino su orgullo.

Byron hizo algunos movimientos con su cabeza para distender su cuello. Se llevó las manos a la nuca. Observó el reloj que sobre un mueble de oficios con innumerables cajones marcaba seguramente alguna hora importante, debido a la euforia instantánea con que reaccionaba.

—Te voy a dar una historia para tu novela, el final es cosa tuya. —Sus palabras estimularon mi ánimo; asentí con un movimiento de cabeza.

Byron sostenía el auricular que blandía trazando imaginarias líneas de ataque, quizás para descargar su impaciencia.

—Hola, pensé que no te hallaría —dijo en tono dulzón, complaciente—. Por supuesto, no hago otra cosa que pensarte.

Traté de adivinar a quién dirigía tales expresiones. Byron acostumbra amar a todas las muchachas hasta los límites insanos de su imaginación romántica. Pero sabe olvidarlas como los niños al suplir el juguete perdido.

—¿Vas a venir esta noche? ¿Paso por ti?

—¡No! Con esas ridículas amigas tuyas ni pensarlo —enfaticó.

—Mira, Luisa, vamos a cenar y ya veremos después, ¿quieres?

—Muy bien —volvió a su tono meloso.

—Paso por ti a las diez. Te amo Luisa, en verdad.

—Claro que sí, te amo. Besos. Concluyó.

—Así que estás de acuerdo, Pablito —me abordó de rondón.

Entonces... Byron será mi guía y mi crítico particular. Un recuerdo relampagueó mi mente y me ausenté en los entretelones de la memoria con imágenes que saltaron de pronto; me fue fácil identificar a Luisa. Su imagen se revelaba con toda su belleza, pero un extraño miedo agitó con furia mi inconsciente.

—Por supuesto —manifesté complacido.

La premura de la empresa me convertía en un alienado cazador de musas, que en este caso habrían de tomar cartas de presentación merced a los avíos de Byron. Entusiasmado me dirigí por otra cerveza.

—¿Quieres más *whiskey*?

—Sí, por favor.

Apuraba mi cerveza. Pregunté:

—¿Quieres que me vaya?

—No, apenas son las nueve.

—¿Cuándo empezamos con mi novela? —pronuncié con timidez. Me miró sonriente. Sabía que aún no comprendía sus condiciones—. ¿Y si partimos de una historia concreta? —No me escuchó y emprendió una larga disertación sobre la vida y la futilidad de la repetición cíclica.

—Dios es la estratagema perfecta de los espíritus anodinos de aquellos cuya sombra es su único legado miserable—. Su argumento nietzscheano me parecía aburrido y desafortunado. Continuó:

—Qué es la historia humana, sino una infinita crueldad. Deberíamos obedecer a Schopenhauer. Nuestro destino debería ser la supresión del voluntarismo—. Interrumpí su monólogo patético:

—Está bien, pero después de tu cita con Luisa, ¿no? —pronuncié irónico.

## IV

Era la enésima vez que escuchaba el repiqueteo machacón del teléfono en mi oreja. —¿Dónde andará? —musité enfadado. Sabía a fuerza de costumbre que Byron detestaba las mañanas, prefería dormir o permanecer ausente del mundo mientras sucumbían las horas matutinas. Decía que las horas tempranas eran repugnantes; era el periodo en que se torturaba a los nuevos esclavos en las modernas mazmorras públicas, donde se aglutinaban burócratas al mejor estilo huxleano.

Ante su afición nocturna, recuerdo que alguna vez citó a un joven poeta suicida, Jacques Vaché: —“Usted conoce la vida horrible del despertador, es un monstruo que siempre me ha espantado.” —solía decir, haciendo suya la frase.

—Con Julio, por favor.

—Eres Pablito, ¿cómo estás hijo? —La voz que respondió era la de doña Cecilia González de Sánchez, madre de Julio.

—Muy bien, señora —contesté evasivo. Rehuía una conversación con la buena señora.

—Doña Cecilia, ¿está Julio? —insistí.

—Que sigas muy bien, hijo; ahora te comunico.

—¿Cómo estás, Pablo? —Era la voz de Julio Sánchez que atronaba insufrible, pues siempre hablaba a gritos por el teléfono.

—Pablito, ¿ya leíste *Proceso*, sobre Caro Quintero y el agente de la DEA, el Kiki? Echa de cabeza a políticos y también trata acerca de los cárteles colombianos... y, ¿te acuerdas del rancho *El Búfalo*? ¿Has oído hablar de la operación Leyenda? También de... —seguía gritando como un alienado.

—Cálmate, no grites. —Mi expresión iba cargada de obvia intolerancia—. No, no he leído *Proceso* ¿y qué?

—Pues habla sobre los nexos con políticos y policías corruptos, además da nombres. ¿Te acuerdas del periodista Manuel Buendía? Va a causar un gran revuelo. Por eso están pasando estos líos con Estados Unidos. Y ya verás lo que se viene, Pablito.

—¿Cuáles líos? No lo creo. Lo que en realidad pasa nunca lo vamos a saber. Como siempre, serán más preguntas sin responder en los entretelones donde discurren los saberes y quehaceres turbios de nuestra clase política —contesté, tratando de detener su claro intento de hacerme caer, como suele hacerlo, en sus fabulaciones paranoicas—. Además, es la indiferencia de todos. Somos culpables por cobardes. “Todos revolcados en el mismo lodo, todos manoseados”... —Canturreé. Al percatarse de mi ironía, optó por un tono menos grave.

—Estás loco. Yo no soy ni culpable ni indiferente de nada.

—Ya hemos hablado del tema muchas veces —re-puse—. Te hablo para que sepas que al fin Byron me ayudará con mi novela —pronuncié vehemente.

Me esquivó categórico.

—¿No vas a ver a Teresa? —me preguntó con des-gano.

—La sonsa se fue ayer con sus papás a Estados Unidos y no me avisó.

—¿Y cómo supiste, entonces?

—Su hermana me lo dijo.

—¿Y te dejó algún recado?

—No, nada.

—Qué mal. Y tú que le escribes poemas y la tratas como a una princesa... ¡Pues te plantó, ya no la busques! —Y de nuevo sus gritos.

—Sí, Julio, nuestra relación se está yendo a pique.

—Consíguete a Miriam.

—No, a esa flacucha, ¿qué te pasa? Además es una palurda.

—¿Acaso la quieres para que te explique a Hegel?

—No, no es eso —reí un poco. Julio aprovechó para volver a otro descubrimiento, esta vez con tufo literario.

—La de Miguel Delibes, esa de *Los santos inocentes*. ¡Ah!, burguesía opresora, maldita desigualdad, latifundistas, españoles o mestizos, qué más da. Despierta de tus sueños, Pablo, ubícate de una vez. El capitalismo tiene que desaparecer. Los nuevos liberales ya hegemonizaron tus neuronas.

—No empieces con tu admirado Marx y su mecenas *Engels*.

—¿Lo ves? No tienes argumentos, sanguijuela capitalista —proclamó efusivo.

—Yo soy tan pueblo como tú, camarada —respondí—. Además, cómo va a representar a los obreros del mundo ese farsante Marx, alguien que jamás trabajó —reí—. Oye, ¿y qué ocurre con Cristina? —pregunté malicioso.

Cierta morbosidad repentina me impulsó a extraer de Julio los hechos previos sobre el lío reciente que habían protagonizado; un par de semanas hacía que se insultaban en el atrio de un cine. Imaginaba a Julio con su mano amenazante, conteniendo entre sus dientes la furia para no descargar un bofetón en la inerme mejilla de Cristina. Julio es un joven inseguro que adolece de arrebatos misóginos generados por una inmadurez emocional que lo arrastra a involucrarse en embarazosas escenas histriónicas.

—¿No sabías que la cacheteé? Se besó frente a mí con un tipo y no se soltaban las manos.

—¿En verdad hiciste eso? —cuestioné.

Asintió envanecido como si su acto fuera encomiable. Conocía a Julio, por eso creo que sólo alardeaba. Desde que éramos condiscípulos en la preparatoria, maquinaba historias inverosímiles para ser aceptado por los demás muchachos que también se vanagloriaban de ser avezados en situaciones violentas, de bebedores invencibles y hasta consumidores de drogas exóticas.

Julio es vulnerable y frágil, de figura espigada; manos grandes y mirada perdida. Esta es la portada maltrecha de un espíritu noble, tímido pero de gran talento. Estudia conmigo en la escuela de Derecho y es el mejor alumno del grupo. Tiene una memoria envidiable, es disciplinado y buen lector; fueron los libros los que nos relacionaron con Byron. Él estaba por salir, mas nosotros éramos de nuevo ingreso.

—Vamos al cine, ¿no? —propuso Julio de nuevo con su modo estridente.

—No tengo ganas. Mejor, ¿por qué no buscamos a Byron en el café? —puse a consideración, mas Julio insistía.

—Vamos a ver *La rosa púrpura de El Cairo*. Woody Allen es de mis favoritos —dijo enfático.

—Pues ven y ya veremos qué hacer —concluí.

## V

Las noches sabatinas pertenecían a un grupo de parroquianos que convergían en una céntrica cafetería para intercalar interminables discusiones políticas con enormes dosis de café. Eran señores maduros y severos que tenían o habían tenido cargos públicos. Disertaban acaloradamente en temas irresolubles como pueden ser los asuntos de la política o la historia, territorios fecundos para los avezados en desplazarse en tierras pantanosas, sin embargo a veces mezquinos como suele ser la política. Byron, a invitación del licenciado Ortega, viejo amigo de su padre, acudía también para enredarse y degustar del caudal de apostillas de los tertulianos.

El ruidoso auto compacto de Julio se estacionó justo en la cochera de mi casa. La música emitida por su gastado estéreo de casete chillaba orgulloso propiciando cierto castigo a los vidrios de la casa.

—Ahí está tu amigo —dijo mi padre mostrando una rabiosa mueca de desaprobación. Escuchaba el barullo externo que traspasaba los muros como fognazos dirigidos a incrementar su cólera.

—No quiero que vayas a llegar de madrugada. Y deshazte de ese amigo tuyo, el vicioso que te mete cosas en la cabeza.

Ciertamente aludía a Byron. Mi padre tenía 53 años, era recio, y sin ambages; un hombrón de pelo cenizo y piel oscura, de bigote espeso. Don Marco Antonio Vega, mi padre, un farmacéutico de toda la vida, maledicente y agreste, nunca aprobó mi amistad con Byron.

—Ese carajo “junior”, hijo de ladrón —decía siempre.

Julio detuvo su carcacha en medio de oscuras humaredas contaminantes. Cerró de un golpazo la puerta del compacto que desafiaba aún con gallardía el tiempo y el maltrato de su amo. Sobre la calle, las luces discretas de la cafetería testificaban con iluminación escasa nuestro arribo al lugar. Las modestas tiendas contiguas hacían resplandecer con destellos diluidos, la figura desgarbada de Julio que cruzaba la calle apresurado. Sobre nosotros las torres viejas y simétricas de la catedral eran como dos hermanos mitológicos que se volvieron piedra antes de alzar el vuelo.

Eran cinco hombres visiblemente concentrados en algún diálogo profundo. Uno de ellos sobresalía por su blanquísima camisa y su corbata negra con pequeños rombos ambarinos; los demás, informales en mangas de camisa. El hombre de corbata, inserto en la densidad verbal, mantenía una sonrisa estática; de sus gafas sobresalían unas tupidas cejas. Después sabría que era el extesorero del gobierno estatal. Una voz abaritonada invitó a Julio a sentarse.

—Tráete una silla, muchacho. ¿Te pido café o algún refresco?

Las atenciones del licenciado Peraza hacia Julio me volvieron invisible. Las consideraciones del licenciado con él procedían de una estimación personal y académica por ser su brillante alumno.

—Siéntense —escuché al fin.

Tenía la sospecha de que Peraza o el licenciado Santiago Lerma, también mis maestros, no me habían reconocido. El licenciado Ortega, inclinado hacia atrás en su

silla, realizaba ligeros empujones con sus manos, que, apoyado en el filo de la mesa desafiaba la gravedad sin preocupación alguna, nos lanzó en tono amigable una oferta para quedarnos.

—Son los amigos de Ricardo —enfaticó como si los otros fueran amnésicos.

—Y, ¿dónde está el muchacho? ¡Ah!, ese joven es muy inteligente —pronunció Peraza ante el consenso de los presentes.

—Creímos que estaría con ustedes, licenciado —respondió Julio pero no fue escuchado.

—Las votaciones intermedias estarán afectadas de un singular abstencionismo —el señor Santillán, ovillaba de nuevo el hilo conductor de la charla interrumpida.

Hizo algunos movimientos con su habano apagado amenazando el ambiente con su encendedor metálico que nunca accionó. Me negué, pero agradecí cumplidamente la invitación; caminé al exterior. El sitio se volvió opresivo y asfixiante; un extraño magnetismo en esa noche seca, ardiente, me succionaba como a fácil presa hasta las fauces de una fiera nocturna. Me instalé afuera. Saqué mi pañuelo para frotar mi frente sudorosa.

Estos calores son cada vez más sofocantes, maldije furioso. Pensé que Julio ante la ausencia de Byron y mi repentina huida, me seguiría de inmediato. Lo observé por el cristal. Ahí estaba manoteando efusivo como si ya formara parte de alguna discusión.

Me alejé contando los pasos con una repentina pesadez depresiva. La baldosa de la catedral trazó sin percatarme una guía inquietante a otro de los confusos apartados de mis ensoñaciones, como si lograra llamarlos con sutil precisión cuando menos eran necesarios. La enorme puerta de madera y las ocho columnas jónicas que le flanqueaban, los santos en sus altos nichos, todo se conjugaba como un detonante onírico y de nuevo la angustia, la misma

que había padecido, y la obsesiva combinación de erotismo y sacralidad, de pecado o arrepentimiento que no lograba entender cabalmente.

La magnificencia del inmueble me turbaba la imaginación y con el ánimo hecho trizas me senté en los escalones de la catedral que parecía invocarme desde lo alto de sus torres para exprimir mi inconsciente como una vorágine de demonios alados, encguecido por mis propios temores, tratando de escapar de mis sueños como huyen desparvoridas las aves ante los cazadores. Las torres envueltas en un suave halo destellaban matices pálidos a voluntad de la luna que descargaba su tenue luz. Pensé sin proponérmelo en Teresa.

Quizá los sabios mecanismos de la mente me llevaron a imaginar su rostro: su sonrisa resuelta y graciosa; sus ojos luminosos, frente amplia y sus labios carnosos; adoraba su rostro tanto como el contacto de sus manos. La extrañaba, pero en verdad ¿la quería? Intenté reflexionar con mesura, pero mis sentimientos me traicionaban. Ella era mi válvula de escape. Y yo, ¿qué era para ella? Me detuve ante la impotencia de establecer una respuesta.

Hace dos años que la conocía y sólo había escrito para ella poema tras poema. Para zanjar acaso las profundas diferencias o para construir un idilio sustentado en metáforas, no lo sabía. Una verdad me sacudió el cerebro: yo escribía para otra mujer, yo escribía para complacer a una hermosa joven, que como Adán había descubierto a su amada Eva. Restregué mis ojos y grité hacia dentro, pero qué tonterías, ya basta.

Observé con atención a los santos en sus nichos. Cercados para siempre entre las columnas que se disparan imponentes sobre la fachada. El par de ángeles sobre las curvaturas superiores de aquella enorme puerta añeja. Otras piezas hallaron acomodo en mi rompecabezas. Unos ojos verdes como crisoles purificantes se desplegaron ante

mí en borbotones de luz que se filtraban caprichosamente por todas las hendiduras de la puerta. Sin embargo, algo en el fondo me atemorizaba. Vi la catedral iluminada por dentro con una potente luz que reventaba festiva por entre sus torres. Eran palomas volando jubilosas entre los torrentes de luz. El encanto de su rostro prevalecía obsesivo en el vértice más nítido y asequible de mi alucinación.

Sí, el inconsciente es un mundo poco explorado, con sus propias fuerzas y debilidades, una inmensa estructura encarnada de significados y símbolos donde conviven demonios y espíritus como en un teatro enigmático sólo entendido por los sabios capaces de comprender esas fuerzas antagónicas, aunque estaba seguro que las salidas de ese mundo interno estaban desde hacía mucho tiempo en manos de mi amada.

—Dame un cigarro. —La voz trémula me sacudió entero y me colocó en el mundo de manera brutal.

—No fumo —respondí nervioso a un anciano andrajoso de barba blanca y largos bigotes descuidados. Su rostro era pringoso; sus ojos enfermos por la bebida.

Se sentó junto a mí con dificultad como un bulto inerte. Su cabello blanco caía sobre sus hombros huesudos; cúmulos de mugre sobresalían de su pelo como nudos repulsivos; su ropa se veía pesada de suciedad. Observé sus pies desnudos maltrechos. La luz en su rostro resaltaba su nariz corva. Sus cejas, también blancas, se arqueaban ante la perturbación de la luz que dejaban los coches. El ruido lo incomodaba, de tal suerte que sacudía su torso como un ajado títere que emitía sonidos desarticulados.

—¿Aquí vive Diosito? —proclamó al fin con su mentón tembloroso y mojado por sus propios fluidos.

Hundió su cabeza entre sus puntiagudas rodillas y a intervalos emitía ruidos agudos; sus graznidos de cuervo me atemorizaron un poco. Le ofrecí una moneda y no respondió. La urgencia de volver con Julio me estimulaba.

—Aquí te dejo esta moneda.

De pronto levantó la cabeza y me miró con ojos agónicos.

—¿Aquí vive Dios? —preguntó molesto. Percibí el fulgurante destello de sus ojos oscuros.

—Así es —pronuncié suavemente tratando de calmarlo.

—¿Por qué me trajiste aquí? ¿Por qué no me dejaste en mi mundo? —me reclamó airado.

—¿De qué hablas? Yo no te conozco —respondí confundido. Me levanté y retrocedí sigiloso para escapar del anciano.

—¿Por qué me trajiste, mocosos estúpido?

—Cállate, borracho. —Emprendí la huida.

—¿Dónde estabas? Ya me iba —cuestionó Julio molesto mientras abría las puertas del auto.

## VI

La lectura era agria, intenté paliar mi modorra con los Altos decibeles de la música. Extendí mi cuerpo sobre la cama; restregué mis ojos tratando de exprimir los conceptos de derecho civil como picaduras de insectos empeñados en perforar mi visión. El mamotreto voló hacia la puerta del closet produciendo cierto estrépito; la fuerza de mi muñeca izquierda lo había dejado inerte. Odio los libros de la escuela. Cavilé sobre mi vocación torcida y desleal a mis deseos.

—Quiero ser escritor –pensé. Y de nuevo todas las voces retumbaban en mi cabeza:

“¿Escritor? ¿Qué estás loco? Te mueres de hambre. Eso no es una profesión... estudia una carrera y escribe todas las cosas que quieras, pero antes una carrera”.

Desprecio el arte acompañado de academicismo, es tan ilegítimo. Por eso rehuí la escuela de Byron; los escritores no se hacen en un pupitre. Es su espíritu con alas, solitario, abismalmente solitario.



## VII

Era periodo de exámenes. Julio haciendo uso de su memoria portentosa logró encapsularme en sus exaltadas explicaciones de derecho civil. Logré aprobar el examen pero la paciencia de Julio tocó fondo.

—Ya no voy a ayudarte, Pablo. Si no te gusta la carrera, mándala al diablo y ya. —Tenía razón. Su constante apoyo se volvía recurrente y engorroso para ambos.

—Pero, ¿qué voy a hacer? La poesía me fastidia. Necesito escribir una novela, mas tampoco me considero ducho para el género. Escribo ensayos, cuentos, tú lo sabes, hasta me han galardonado, pero eso es todo. Quiero crecer como escritor y ahora la escuela de derecho me parece insostenible.

Teresa me escuchaba indiferente. Mis quejumbres parecían causarle cierto sopor. Aprovechó mi silencio para aderezar su ensalada que masticó cientos de veces. Bebió frenética el agua *Ginger*. Habló de sí misma, de sus infames maestros y de los exámenes finales en la facultad de contaduría. La indiferencia y frivolidad de Teresa se tornaban exasperantes: su padre le compraría un auto nuevo. Escuché las supuestas bondades y estándares inmejorables que tendría su nuevo auto.

—Mi papito es un amor, ¿no lo crees? —Asentí inexpresivo.

Mi confusión era un garabato de sensaciones desagradables a punto de reventar mi cerebro. Las miradas indiscretas de los comensales agudizaban mi encendido talante. Todo me parecía banal. Arremetí contra el indefenso mesero de manera soberbia.

—¿Qué quiere? Nadie le pidió cigarros—. El hombre susurró amedrentado:

—La señorita los pidió. —Increpé a Teresa.

—¿Desde cuándo fumas?

— Desde hace un mes, ¿por qué?

Su respuesta era desafiante. Rasgó con sutileza el envoltorio de sus cigarros, extrajo uno y lo encendió con destreza.

—¿Y qué otros vicios tienes que yo desconozco?

—Ella arrojó sobre mi rostro una fuerte bocanada de humo.

—Se enfría tu café, Flaco. Ya no te enojas —su fino perfume se convirtió en una maloliente mezcla.

—No me gusta que fumes.

—Por favor —pronunció divertida.

Para colmo de mi situación, Teresa me notificó en tono arrogante sobre su ausencia: un curso de economía en la Universidad de Arizona. Su displicencia y sus ojos altivos me sumieron por completo en un vacío del cual pronosticaba inminentes problemas. Estaba inmerso en una profunda confusión. El portazo de su auto manifestaba mi desazón. Teresa me observó desplazarme hasta ocupar el lugar del conductor casi de manera inconsciente e inquirió con ostensible preocupación:

—¿Qué tienes, Flaco? —Escuché su voz tenue—. Nunca te había visto así. ¿Qué tienes, mi amor? —La miré de soslayo.

Acomodé el espejo retrovisor sólo para ocupar las manos. Una tristeza inclemente me trituraba las entrañas. Refresqué mis manos con sendos soplidos y las coloqué sobre el volante, luego me incliné sobre éste. Los coches que

pasaban fugaces con su música enturbiaban aquella noche de verano en que me sentía impotente como si avizorara el fin de los tiempos. Toda la magnificencia de mi bella musa se había roto en pedazos. ¿Sería posible que fuera Teresa la mujer que amara con integridad, sin penumbras que menoscabaran la claridad del amor primero, virginal y exaltado, como la primera demencia sagrada de la entrega? Aquella vez, todo fue temor limpio e imborrable como hallarse frente a un mundo abierto para nacer en él mil veces. Y luego la necesidad de hablar. Desde entonces supe que sólo la poesía puede garantizar las verdades del amor.

—Creo que necesitamos tiempo —pronuncié. Sentí su mirada a plomo sobre mi rostro. De inmediato intenté reivindicar alguna vivencia intacta, alguna salida que honrara nuestro noviazgo. ¿Quedaría algo incólume: la vasta felicidad de lo vivido o nuestra primera vez?

—No lo tomes así, Teresa. No me hagas caso por favor.

Intenté levantar su rostro con mis dedos. Sacudió la cabeza y observé sus ojos derretirse en lágrimas. Traté de abrazarla. Me evadió. Sus labios pálidos y sus mejillas encendidas me enternecieron. Sabía que todo había terminado.

—No llores, Teresa. Estoy muy confundido —respiré hondo—; soy un maldito loco perdóname.

Pero ella estaba ofendida; decidida como suelen estarlo las mujeres cuando su voluntad se vuelve de hierro ante sus determinaciones. Estacioné su auto. Teresa me besó la mejilla con su rostro empapado y sus labios en una amarga mueca. Insertó la llave en la puerta de su casa.

—Adiós, Pablo. Que Dios te cuide.



## VIII

El taxista conducía lentamente; seguro intuía mi aflicción. Me habló de sus hazañas del día en un intento por quebrantar mi silencio. Mis ojos nublados miraban el camino flanqueado por anuncios comerciales.

—Por favor, déjeme en la catedral.

Sin pensarlo decidí el lugar. De inmediato aquella ensoñación me envolvió con un goce intempestivo, era como hallar un techo cálido donde guarecerse de la tormenta. Y allá en lo íntimo de mi conciencia la extraordinaria visión se desplegaba: los ojos verdes que contenían toda la luz suficiente para sentirme purificado. Le agradecí al chofer sus servicios y le retribuí con una propina.

—¿A dónde va, joven? Ya es tarde, ¿quiere que lo espere? —Ante mi negativa se despidió deseándome suerte.

Me senté en una banca de la plaza. La catedral me observaba como un viejo amigo, con su rostro maltrecho y bueno como el de un abuelo. Traté de repasar lo sucedido con argumentos racionales. Entorné los ojos. Algo trató de impulsarme hacia acciones absurdas tales como llamar a su casa o pedir perdón. A esa hora, para decirle ¿qué? Las dudas me torturaban. ¿Por qué lo hice?

Abstraído en mis pensamientos no advertí el transcurso del tiempo. Caminé intentando relajarme. Me detuve

en la gigantesca puerta y un impulso inexplicable me condujo al costado derecho del edificio. Entre las sombras últimas había un hombre en cuclillas, entrelazando con sus brazos sus rodillas, su cabeza sumida en el hueco de sus piernas. Me aproximé hasta aquella figura conocida. El viejo dipsómano tenía la misma ropa pringosa y las sombras espesas acrecentaban la mugre diseminada por su cuerpo. La luz intensa de un auto me permitió mirarlo mejor. El anciano dormía. Traté de llamar su atención. Agité el mazo de llaves desde mi bolsillo; el anciano no movió un nervio.

—Oye, oye —mis llamados no lograban despertarlo.

El anciano había logrado avivar algunas intrigas que se emparentaban más con mi imaginación, y lejos de buscar audaces revelaciones por parte de un viejo desventurado, una curiosidad me motivó a sacudirlo como a un desagradable muñeco de trapo. Susurró algunas maldiciones.

—Escúchame. Despierta, necesito hablar contigo.

Se acomodó bruscamente aporreándose las sentaderas y lanzando pequeñas gotas del círculo de orines que ahora era su improvisado asiento. Permaneció absorto. Sus malos olores me hicieron retroceder un poco.

—Oye, ¿por qué dijiste que yo te traje aquí? —Lancé mi pregunta, sin embargo no contestó. Arqueó las plantas de sus pies descalzos; frotó su boca y su mentón de barba grisenta.

—¿Qué quieres? —Su voz desafiante me causó temor.

—¿Por qué dijiste que yo te traje aquí? —Intenté mirar sus ojos; su rostro de pergamino apuntaba en todas direcciones como si tratara de encontrar algo. Abrió la boca y emitió sonidos quejumbrosos; recostó su cabeza sobre el muro y respiró con agitación. Extrajo de su camisa abierta una pequeña botella plana de licor barato, dio un sorbo apresurado y con la tranquilidad de su pócima cuestionó efusivo.

—¿Tú sabes quién soy y por qué estoy aquí? —Me quedé sin habla y sólo me encogí de hombros. El anciano rugió colocando su dedo índice entre mis ojos—. Tú lo sabes bien. Tú y tus pretensiones.

—¿De qué hablas? ¿Cuáles pretensiones?

—Me crees loco, ¿verdad? —me increpó después de mirarme. Parecía que leía mis pensamientos.

—Te juro que yo no sé nada —contesté aturdido.

—Aún no sabes, niñito tonto, todo lo que vas a provocar. Tus malditos sueños se volverán realidad, pero serán una pesadilla. —Dejó escapar estruendosas carcajadas mientras orinaba sobre el ángulo derecho del edificio.

—¿Qué estás haciendo? Éste es un lugar sagrado. ¡Cómo se te ocurre!

Mis amonestaciones fueron inútiles, el anciano canturreaba algo en modulaciones carrasposas.

—Adiós, viejo loco —le grité furioso. Di media vuelta y sobre la explanada el anciano vociferó resuelto:

—Las mujeres no nos pertenecen y tú creíste que Teresa habría de surgir convertida en tu obra al estilo Pigmaleón.

Esto sacudió mis pensamientos de raíz. Volteé asombrado. El anciano musitaba algo feliz. ¿Acaso es un demiurgo destinado a hacerme revelaciones o quizás la aparición de un antiguo brujo que viene a enseñarme ciertas fórmulas vitales, caminos ocultos a la manera de Virgilio? —Pensé—. ¿Pero qué tontería es esta?

—Maldito anciano bribón —expresé exaltado pero empecé a reír cuando supuse la tomadura de pelo—. Tú conoces a Ricardo. Esto es una broma, ¿verdad? Seguramente tiene algo que ver con lo de mi novela. Te pagaron para crear esta farsa, ahora lo entiendo —pronuncié irónico.

—Eres ingenuo y bastante tonto, hijo —chasquéo la lengua varias veces y me miró compasivo—. Yo estoy aquí por ti, tú me invocaste y ahora desconoces tu propio juego.

Tenía tantas dudas que no acertaba a concretar pregunta. El anciano caminó vacilante hasta la puerta de la catedral y se persignó ceremonioso.

—¿Aquí vives, viejo?

—Si entre las torres allá arriba, soy como Cuasimodo. ¿Acaso no estas ya enamorado de la bella zíngara?—emitió carcajadas burlonas.

Su silueta se tornó fantasmal; caminó hasta su espacio; con las manos frotaba el muro de cantera delicadamente. Escuché sus extraños ruidos.

—Pero, ¿qué es lo que balbuceas viejo?

—*Los cantos de Maldoror*—contestó.

—¡Bah! Tú qué sabes, niño.

—¡Claro! Conozco a Lautreamont; es terrorífico—me interrumpió bruscamente y preguntó:

—¿Alguna vez has visto la luna justo en el centro de las torres?—Su pregunta me hizo observarlas de inmediato.

—No, nunca la he visto.

—Ya ves, eres ciego como todos. Ahora ya nadie mira el cielo.

## IX

Los autos mal estacionados impedían mi acceso hasta la elevada reja que observé abierta. El avejentado auto que utilizaba mi padre para empresas rudas como trasportar bultos y paquetes necesarios para su negocio farmacéutico me pertenecía casi todo el tiempo, ante mis necesidades de traslado. El pequeño auto deslucido era el cómplice mudo de mis juegos y libertinajes de algún tiempo atrás, cuando Teresa me secundaba amorosa en mis arrebatos. En ese auto nos besamos la primera vez.

Al fin hallé un espacio para estacionarme. Seguro Byron tuvo una tremenda fiesta anoche. Posiblemente están dormidos. La mañana era muy calurosa y el sol centelleaba en los vidrios de los coches. Era lunes; creo que vine en mal momento, por lo que pensé en retirarme. Sin embargo empujé la pesada reja; vacilé un poco. Me sentía culpable de llegar así nada más. Y la duda de no saber quiénes estarían con Byron aumentaba mi indecisión.

Esos autos invasores de banquetas y cocheras no me agradaban. Respiré hondo; crucé el jardín reprimiendo mi timidez. Toqué a la puerta, un rostro joven de aspecto agónico abrió la puerta. Usaba una gorra de fieltro gris con una H gótica al frente. Después comprendí la combinación de las haches, ya que su remera ostentaba, con el mismo es-

tilo gótico, “*University of Harvard*.” Al muchacho, le saltaban los ojos enrojecidos, me observaba extrañado.

—¿Qué tal? ¿Está Ricardo? —inquirí tratando de revivir al joven, que sonrió con toda su dentadura; así permaneció por algún tiempo. Comprendí su estado.

—Oye, ¿está Ricardo? —insistí.

—¿Quién es? —La pregunta provenía de otro joven de semblante rudo que abrió la puerta por completo. Tenía rapada la cabeza y una delineada y blonda barba de candado acentuaba sus rasgos imprimiéndole severidad a sus facciones. Clavó sus ojos azules y hostiles contra mi rostro.

—Busco a Ricardo —pronuncié al momento.

—Está dormido. ¿Quieres dejarle algún recado?

—Déjalo pasar, es amigo de Ricardo —replicó una voz femenina que reconocí al instante. Era Luisa Fernández.

Nunca supuse que Luisa formaría parte del grupo. Mi sangre se aglutinó en mi rostro; escuchaba mis latidos desbocados y una acidez quemaba mi estómago. Luisa, la muchacha de mis sueños; la hermosa mujer que yo amaba en secreto. Mis desvaríos románticos me habían atado a ella, por eso no quería verla ahí con Byron ni saber que le pertenecía con su personalidad disipada, abusiva en contra de las mujeres. Admiraba a este don Juan por sus habilidades para atrapar muchachas pero ahora verlos juntos me partía el alma. No podía ser así.

Entré y me di cuenta del desorden. Me dirigí a la sala, donde había latas vacías de cerveza, botellas de licor, ropa diseminada por todas partes. En una cómoda de madera había un reloj de pulso, un cristal con una navaja encima. Una montaña de pañuelos desechables estrujados; a un lado, Un gigantesco cenicero de cristal inundado con colillas de cigarros.

Reparé en su biblioteca, aposento casi sagrado que estaba abierto. Me senté sin invitación en el sillón de su sala y miré absorto el imponente retrato de su madre enmarca-

do con gran lujo. La guapa dama criolla irradiaba clase, su cabello marrón; nariz recta y perfecta; labios nacarados y la blancura de su piel. Tenía mirada enigmática y serena; ojos bellos como los que describe, Gutierre de Cetina.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Pablo? —Era Luisa que me interrogaba sorpresivamente.

Deduje su resaca por su rostro al natural y bajo sus ojos azulaba el cansancio inocultable. No llevaba sostén; sus pechos se marcaban redondos y firmes desde su larga franela, vaporosa, color borgoña. Oh, Luisa... su rostro bello a toda prueba. Ni sus ojeras ni la cruel resaca que le redondeaba la cara somnolienta minaban sus encantos. Su rostro indócil intensificaba sus rasgos felinos con una cabellera desordenada de mechones rubios acrisolados. ¿Por cuánto tiempo seguiría encerrado en mi propia timidez? ¿Acaso podría declararle mi enamoramiento, podría pelear por ella a pesar de Ricardo?

—Busco a Ricardo —musité tímido. Luisa no me escuchó y se dirigió a traerme una bebida fría. Se lo agradecí y pregunté a media voz:

—¿Quiénes son? —Luisa bebía de una botella de agua. Aguardó un instante.

—El muchacho que te abrió la puerta es Beto; vive por aquí. El calvito se llama Saúl Millán, le dicen el *Nazi*. ¡Ah!, el gordo que se quedó desde el sábado es Jorge Acosta, es muy amigo de Byron, creo se conocen desde niños. Anda de vacaciones y viene de la frontera —concluyó.

Se alejó de mí caminando descalza hasta la biblioteca donde estaba el *Gordo*. Se escuchaba música que recorría la casa como un fantasma escurridizo, cargada de simbolismo. Me incorporé con inevitable curiosidad. Perseguí la música hasta su sitio de origen. El joven calvo estaba sentado en un sofá de visitas. Fumaba con fruición su cigarro.

—¿Te gusta *Pink Floyd*? —Traté de generar algún diálogo con el llamado *Nazi*.

—Así es.

—¿Te gusta el *rock* pesado, el progresivo, el *hard rock*?

—Ramonés —respondió cortante. El humo de su cigarro me irritó los ojos.

—A mí también me gusta el *punk pop*. —Era falso, lo dije solo para empatizar—. ¿Qué es lo que escuchas ahora? —expresé con entusiasmo. El Nazi me miró de soslayo con sus penetrantes ojos azules. No contestó, Después se concentró más en su música. Hacía ligeros movimientos siguiendo el ritmo de la música con su cabeza rapada que brillaba por las sutiles gotas de sudor.

Escuché girar una perilla vigorosamente. Era la habitación de Byron. Luisa se introdujo sigilosa. De nuevo Byron y mi inquina. Regresé a la sala, donde Beto estaba tumbado sobre el sofá. Tenía el cuerpo arqueado y dormía profundamente. Caminé hasta encontrar al último invitado, Jorge, *el Gordo*, estaba en la silla ejecutiva de Byron con los pies sobre el espléndido escritorio. Su desparpajo me parecía intolerable. Me sentí turbado ante la certeza de saberme impedido en ese lugar y ver al intruso me causó cierta indignación. El Gordo había apilado algunos libros. Logré identificar a Chéjov, dos libros gruesos de García Márquez, otro de enorme tamaño que en su lomo se leía *Obras selectas* de Virginia Woolf y algunos más de Walter Scott. En sus manos tenía “*Justine*” de Sade.

## X

—— Pásale. Qué desastre, ¿no?

Con ostensible amabilidad el joven mantuvo congelada su sonrisa mientras barajaba el libro entre los dedos de su mano izquierda. Jorge era obeso; usaba enormes gafas metálicas. Su playera gris mostraba el volumen grotesco de su vientre. La circunferencia de su rostro y su sonrisa imborrable me hicieron catalogarlo como un muchacho desenfadado, simpático.

—¿Qué tal? Mucho gusto. Soy Pablo Vega.

—Jorge Acosta —se presentó.

Estrechó mi mano con decisión, sus pequeños ojos no acusaban ningún exceso. Su compostura expresaba cierta dosis de tranquilidad.

—¿Desde cuándo conoces a Byron? —pregunté.

—Fuiste tú quién le puso el apodo, ¿verdad? —Asentí sonriente.

—Lo conozco desde hace buen tiempo. Estuvimos en la primaria juntos. Me invitó a pasar unos días en su casa, nomás que estos se pusieron muy mal desde anoche. —Aún sostenía su sonrisa complaciente. Le gustaba conversar. Parpadeaba incesantemente presa de alguna dolencia ocular o bajo el influjo convulsivo de un *tic* nervioso. Me interrogó.

—¿Cómo está aquí el ambiente? Hace tiempo que no me reviento por acá. Respondí obligado como si fuese imperioso aducir y exaltar las ofertas bohemias, asunto que por cierto desconocía.

—Hay muchísimos lugares a donde asisten chicas guapas. Puedes conseguir lo que quieras –afirmé convencido.

—A mí sólo me gusta la cerveza –aclaró.

—¿Qué estudias en la frontera? –cuestioné para desviar sus preguntas.

—Estoy en la facultad de Ciencias Políticas.

—¿Te gusta la administración pública? –inquirí fingiendo interés.

El Gordo respondió con interminables argumentaciones pretenciosas que lograron incomodarme. Su simpatía perdió puntos ante la escasa claridad de sus ideas.

—¿En cuál partido militas? Si dices que estudias Derecho, debes ser priísta.

—No necesariamente –respondí presto.

—Yo siempre he sido priísta; considero que el partido contiene en su estructura la suficiente flexibilidad para adecuarse a los tiempos. Creo que en eso radica parte de su grandeza, además de su capacidad de organización –continuó-. Es como el ave fénix. Se arrancó las gafas para restregar sus ojos con sus gruesas manos.

—¿Qué te gusta leer? –Aproveché para introducir una clara digresión-. El Gordo acomodó su espalda a la mitad del sillón, apoyó su cabeza esférica y suspiró ostentoso.

—Me gusta leer un poco de todo, pero no soy rata de biblioteca como Byron. Él es cosa seria. Tienes cara de abogado –afirmó. Compartí su ironía y nos reímos un poco.

—Yo voté por el PAN. Algún tiempo fui panista, tú sabes, “el cambio”, las promesas, acabar con la corrupción –irrumpió a carcajadas.

—En serio, Pablo. La corrupción es la que nos mantiene vivos, estables. Nuestro país es corrupto porque

de lo contrario esto se desmoronaría. No seas ingenuo –re-  
mató su argumento.

—No. Según tú, nuestro destino es la corrupción  
y, ¿qué hemos logrado con eso? –inquirí desafiante.

—Todo lo que tienes –contestó con una risita ma-  
lévola.

—Díselo a los millones de mexicanos en extrema  
pobreza –enfaticé molesto.

—¡No! –pronunció el monosílabo haciendo una  
pausa– si te dijera que el partido designó a mi padre para  
una diputación federal –rio burlón.

—¡Ah!, la política es un arte. ¿Entendiste a Ma-  
quiavelo? –preguntó.

—Sí, claro, pero no estoy de acuerdo –exclamé,  
para terminar la conversación.

El Gordo se levantó flexionando su cuello y esti-  
rando sus brazos opulentos. Me propuso continuar en otro  
momento.

—Vente, Pablo. Vamos a ver qué hacen aquellos  
tipos.

El Nazi permanecía en su música. El Gordo se aba-  
lanzó sobre él con su infame corpulencia.

—¡Quítate, Gordo! –Empujó su voluminoso cuer-  
po con ambas manos.

—Ya no escuches eso, maniático fascista. Deberías  
escuchar a Wagner –El Nazi sólo chasqueó la lengua y con-  
tinuó con su música.

Escuché la voz de Byron desde el baño, que con gritos  
efusivos me conminaba a mantenerme a raya de sus amigos.

—No les hagas caso, son lo peor del mundo. Si  
existiera Sodoma, seguramente les entregarían las llaves de  
la ciudad. –Después de la ducha Byron se detuvo frente a  
nosotros–. Así que ya conociste a estos gañanes.

Sacudía su cabello vigorosamente. Llevaba una  
bata de baño azul marino con sus iniciales. Beto, una vez

apersonado en el mundo, intentó elaborar algunas bromas contra Byron empero sólo emitía frases sin sentido; luego lo cuestionó con sorna.

—Explicanos por qué te expulsaron de Filosofía y Letras.

Preguntaba algo que a primer porrazo calculé como una simple aguijoneada absurda, mas era verdad. Byron había sido suspendido un año supuestamente por una ofensa hacia un maestro. Por supuesto, Beto bromeaba sobre supuestos amoríos con maestros.

—¡Ah!, ya sé —insistió Beto—. Eres tan torpe que en un examen dijiste que Lovecraft era un cantante —reímos al unísono. Presuroso, Byron bebió media botella de cerveza evadiendo por un instante los comentarios de Beto.

—¡Cállate! —Me suspendieron porque un maestro no toleró mis fundadas razones sobre el *nihilismo*. El malnacido me injurió a placer. Yo, por supuesto, lo mandé al infierno. Pero como el maestro tiene el poder, ahora soy como un mártir del pensamiento.

—Esa locura que estudias, no sirve para nada, solo es un *hobby* —terció el Gordo.

—Por supuesto —convino Byron—. No seguiré la execrable ruta del profesionista que se dirige sumiso a los pies de funcionarios. Soy libre y nadie pondrá su impronta en mi brazo.

Al escuchar a Byron muchas dudas cruzaron por mi mente; a pesar de esto, no intervine. El Nazi se aproximó y cerca de Byron reventó indignado. Con el rostro descompuesto, su lengua desatada como una metralla, lanzaba improperios contra el *statu quo*. Movía sus brazos para apoyar su encono. Vociferaba como un viejo general fascista.

—Este mundo tiende al progresismo, sin embargo sus principales actores no asumen su responsabilidad histórica, al contrario, han tendido puentes de salvación a pusilánimes y comunistas. ¡Qué muera la democracia!, ese

régimen que iguala vergonzosamente al genio y al idiota—. El Nazi parecía estar convencido de sus dislates.

—No. ¿Acaso estás loco, maldito *skinhead*? —intervino Beto.

—¿Quién puede determinar si alguien es superior o inferior a otro? ¿Qué forma al genio? ¿Su suerte? Es decir, si alguien tuvo lo necesario para serlo o no entonces fue su genética y por lo tanto, ¿ya no hay nada que decir del asunto?

No podía creer que estuvieran esgrimiendo argumentos de esta clase. No obstante mi asombro, me rehusé a involucrarme en el debate. Beto giró fuerte su gorra contra su pequeña cabeza como si quisiera atornillarla.

—Sí, y con eso solucionas todo —el Gordo ahora a la ofensiva, mecía mientras tanto sus negros cabellos firmes y duros—. La cuestión no es qué fue, sino qué será —no entendí su pregunta—. Son los resultados, no la igualdad de oportunidades —aclaró. Pensé de inmediato en Carl Men-ger, pero no estaba seguro de decir palabra.

—Ya dejen de discutir, por Dios. ¿No saben hacer otra cosa?

—Vámonos a comer —interrumpió Luisa, que apareció de pronto deslumbrante, con sus hermosos ojos verdes y su cabello húmedo y suelto en largas tiras caprichosas que iluminaban su rostro. Llevaba un *top* rojo y unos ajustados vaqueros que ensalzaban las líneas perfectas de su cuerpo. Su ombligo descubierto lo había clasificado gracias a Gutierre Tibón y no había duda, era perfecto.

Beto se negó a salir arguyendo ciertos deberes rezagados de la facultad. Humberto Teysser, supe su nombre tiempo después, estudiaba ingeniería en el Tecnológico de Monterrey. Los demás sí estaban dispuestos. Mientras tanto, el Nazi desapareció en el jardín para fumar yerba y evadirse un poco.

El Gordo canturreaba algo en buen inglés, desde una habitación al sacar desesperado la ropa de sus maletas

todavía intactas. Byron estaba tumbado en el sofá con la cabeza hacia atrás adormilado; me aproximé hasta él con algunas preguntas.

—¿Estás loco? No vas a dejar la facultad, ¿verdad? ¿Qué va a decir tu padre? Recapacita, habla con él, seguramente comprenderá y te puede ayudar con sus influencias. No dejes la facultad por una situación tan absurda.

Intenté persuadirlo. Sabía en el fondo que convencerlo sería milagroso. En su lenguaje sesgado por la soberbia la palabra perdón no existía. Me miró de soslayo. Sus frases pausadas me obligaron a desistir.

—Aprecio tu interés, pero soy como un apestado, un leproso repugnante que todos odian en la escuela. Y tienen razón. Además, estoy fastidiado de la universidad.

—Estás exagerando. Pensé que tendrías más agallas para enfrentarlo —mis palabras no lo sacudieron como esperaba. Al contrario, se acomodó amodorrado y reiteró su agradecimiento y mi buena voluntad.

—Ya lo decidí, Pablito.

—Además, ¿a qué viniste? ¿Quién te invitó?

—Tú. ¿No lo recuerdas? Me citaste hoy para iniciar mi novela.

Me alejé de Byron en silencio; me dirigí a la puerta principal y observé de nuevo las dos cajas de cartón amarradas escrupulosamente. Las cajas aún permanecían en su sitio. Supuse que serían algún lote de libros que alguien regaló a Byron. Calculé el peso de una con mi mano derecha, pero la ligereza del bulto me hizo desechar mi hipótesis.

Beto no se despidió, atravesó la puerta sin más. Lo acompañé por el jardín y desde la cochera observé cómo se maldijo al percatarse de su auto mal estacionado. Jovenzuelo vicioso, quién serías sin papito que también paga tus adicciones, pensé arrastrado por una sensación de enojo... Culpé a los padres de Humberto y el círculo se extendió a todos los padres magnánimos que dan a manos llenas para

engendrar adictos y criminales, pero, ¿Byron no es acaso otro jovencito vividor hedonista y adicto? El rechinar estruendoso de las llantas del lujoso auto, que despegaban como cohetes, difuminaron mis pensamientos.

—Dime qué traes ahí, Gordo —dijo Byron y prosiguió—: Te juro que anoche yo no vi esas cajas.

El interrogatorio de Byron se tornó inquietante ante las afirmaciones de Luisa. En la habitación, el Gordo se vestía notoriamente agitado.

—Que no son mías —el Gordo jadeante contestaba al interrogatorio.

—Beto no traía nada —aseveró Byron e intervino Luisa confirmando el dato.

—Al Nazi lo traje en mi carro —añadió Byron.

El Nazi había regresado y ahora estaba sumido en la pantalla de televisión, ausente y lejano. A pesar de los hechos, la pregunta fue dirigida al Nazi que respondió —¡No! —categórico. De nuevo las miradas sobre el Gordo.

—¡Ya! ¿Qué traes en las cajas, Jorge? —pronunció Luisa con dulzura. Byron propuso sin empacho:

—Pues vamos a abrirlas y se acabó el misterio pero si es alguna broma tuya te cocino en un perol. El Gordo junto a nosotros observaba las cajas.

—Han de ser tuyas —exclamó Jorge—. Estabas tan intoxicado que seguramente olvidaste su origen.

—Seguro son de doña Raquel, la señora del aseo. No las abras. —Dijo Luisa, como si hubiera acertado en un dilema metafísico.

—Da el caso que doña Raquel tiene un mes ausente —aclaró Byron, que tomó un cuchillo de la cocina y en acto resuelto la primera caja estaba libre del nudo.

—Si es una broma tuya... —Byron amenazó de nuevo.

Byron abrió la caja. Era un montón de hojas de papel desordenadas, manchadas de humedad, que parecían no tener fin. Hasta que Byron arrojó molesto el último farrago.

—Pero, ¿qué tontería es esta? —vociferó Byron sacudiéndose el polvo de sus manos. Intervino el Gordo asombrado.

—¿Ya vieron la textura de las hojas y lo que traen escrito?

—Es papel sepia antiguo, con los bordes carcomidos y con demasiadas manchas —dijo Byron—. La caligrafía es asombrosa, aunque tenga tachaduras y correcciones; es como un diario personal o un boceto literario. Es casi ilegible. Escuchen: “Ruego a Dios ahora que agonizas de amor, encuentres sosiego en la muerte, si así te apetece, pero por favor, que los umbrosos arcanos no turben tu sabio entendimiento...”

—¿Qué es esto? ¿Una cursi misiva barroca? —inquirí sonriendo.

—No, parece una novela. Escuchen esto —pronunció Byron, quien leía fragmentos inconexos y colmados de fantasía.

—“...Como un periplo venturoso pero al mismo tiempo sombrío y amenazante. Faltaban pocos minutos para que el personaje cayera en la trampa. El joven cerró su abrigo, guardó el arma en el bolsillo interior.”

“...El tiempo se tornó siniestro. Era como acudir embriagados de odio y angustia a un ignorado destino donde nuestra locura se enfrentaba cara a cara en una senda desconocida, en un mundo que se abría para nosotros sin retorno alguno.”

—¿Tendrá algún valor? —cuestionó el Gordo—. ¿Pagarían por estas hojas? ¿Será un suceso verídico lo del arma, lo del sujeto?

—Yo qué sé. Además, se tendrían que ordenar las hojas, pues no tienen ninguna numeración ni secuencia. ¿Cómo se podrían clasificar? Sin mencionar que es poco legible —Byron intentó dar respuesta.

—Pero si te interesa, empieza por ordenar las hojas. Calculo más de mil hojas —probablemente valga una fortuna, —le espetó Byron, burlón.

No quise develar mi molestia ante tal broma que estaba seguro habían urdido debido a mi obstinación por escribir una novela. Me entregaban un rompecabezas de cuartillas vetustas, desorganizadas, para hacerme olvidar la empresa. Era como decirme: “Ya tienes la novela, actualízala, y no molestes más.” Pero lo del anciano de la catedral y ahora esto, me parecía excesivo para llevar a cabo una simple charada. No obstante, seguí el curso que habían trazado contra mí para no estimular más su regocijo.

—¿Quién trajo estas malditas cajas? —insistía Byron.

—¡Ah! —Me señaló con el índice—. Tú las trajiste y las tenías escondidas, todo por lo de tus pretensiones literarias —reía. Yo asentí para mantener la farsa.

—¿Qué más da? Ahora que se ha desvelado el gran misterio, ya vámonos—. Luisa alzó la voz con una mueca. Suponer que mi adorada Luisa era cómplice del juego me perturbaba más que cualquier cosa.



## XI

El anciano de la catedral bebía de manera sobrehumana, a veces hasta dos botellas de tequila barato. Y como siempre, se negaba a darme su nombre; gruñía o vociferaba maldiciones, mas nunca pronunció algo coherente; sólo la noche lo hacía hablar mejor. Lo llamé Dionisio. Al principio hacía gestos de indiferencia, sin embargo el anciano ya tenía un nombre y a mí me gustaba visitarlo. A veces me escuchaba atento, otras dormía pero yo lo despertaba y continuaba mis monólogos. Estoy seguro que todo lo almacenaba en su roído inconsciente.

Llegó el día que mis ingresos disminuyeron. Mi padre había contratado a un mozalbete tonto, que le ayudaba en la farmacia hasta la medianoche. Me suplió. Ejerciendo su autoridad paterna, me vigilaba constantemente en mis acciones que a la sazón eran según su parecer propios de un malviviente o de un vago irremisible. Y debo admitir que no se equivocaba del todo, pues perdí el año escolar. Iniciaba mi rutina cotidiana de escribir mi novela alrededor de las diez de la noche y continuaba hasta bien avanzada la madrugada. La bondad de mi madre se interponía ante la impaciencia feroz de mi padre que ya había amenazado con echarme de la casa.

—O te pones a trabajar o te vas de aquí. Yo no voy a mantener a un bueno para nada.

Mi madre me apoyaba; sabía, merced a su noble espíritu, que atravesaba un mal momento, aunque confiaba en mí. Yo le había prometido sólo para reconfortarla que el próximo año ingresaría a estudiar una carrera técnica. Ella suponía que el futuro promisorio de todo muchacho radicaba en una carrera corta para engrosar la nómina en alguna empresa. Me duele profundamente esta mentira porque los oficios técnicos me parecen intolerables; entonces entendí aquello de las mentiras piadosas. Ella sabía que yo quería ser escritor pero me estrujaba el cabello como a un niño desobediente. Pensaba que era un desvarío juvenil que habría de superar.

## XII

Cuando pensaba en Luisa todo adquiría sentido en este tiempo en que el sentido se ausentó dolorosamente de mi vida, esta vida que... escribía sin más, había perdido la concentración, el propósito.

Mi padre no lograba ensartar la llave correcta, estaba furioso; lo escuché maldecir la faena. Eran las dos de la madrugada, estaba por terminar unos párrafos de mi novela, o lo que la confusión me susurraba al oído. Mi pequeña lámpara iluminaba un palmo del comedor donde acostumbraba trabajar diariamente. Mi madre dormía desde hacía horas. Escuché sus botas vaqueras que se aproximaban. Había notado su carraspeo constante. Desconocía si había bebido. El licor le repugnaba; aun así, bebía un par de veces ocasionalmente.

—Maldita farmacia, ya no deja, y con ese empleado...

Sus expresiones me infundieron tranquilidad. No es que temiera a mi padre. No era violento. Su inquina estaba en palabras soeces y gesticulaciones; golpeaba con el puño y vociferaba. Pero esta vez no fue así. Dejo a los sabios del comportamiento humano la tarea de discernir cómo el hastío y la insolvencia económica pueden convertir hombres tranquilos en energúmenos a través de extraños encantamientos.

—Te lo advertí, maldito mantenido. Lárgate mucho al carajo, zángano, a ver si te haces hombrecito y te dejas de poesías, descarado maricón. Anda vete. No quiero verte.

—No seas aprovechado, ya déjalo –gimió mi madre intercediendo por su hijo escritor. Lejos de un lance edípico, mi madre me avergonzaba profundamente.

Mi padre encolerizado sacudió mi cuerpo y destruyó todas las hojas escritas que vio a su alcance. En verdad ese no era mi padre. Hizo además algo que me pareció magnífico; nunca lo hubiera imaginado de un hombre inculto. Abrió un libro al azar y lanzó un escupitajo sobre las hojas de Francois Mauriac. Nunca me gustó Mauriac, por eso el acto me pareció bizarro pero poético.

## XIII

Algunos muchachos escribían notas en sus cuadernos, otros leían apaciblemente en sus cubículos iluminados; una jovencita con uniforme escolar daba mordiscos a su lápiz. El silencio de la biblioteca nos obligaba a susurrar ciertas frases burlonas.

—Dime, ¿hay alguna diferencia entre estos pusilánimes y los reclusos de celdas lóbregas? —murmuró Byron mientras caminábamos hacia una auxiliar que nos aguardaba sonriente.

—Sí. Éstos son reclusos de sí mismos, los otros, del estado —respondí.

—¿En qué les puedo ayudar, muchachos? —inquirió ella con simpatía.

—Eres muy atractiva para ser bibliotecaria—. La joven enrojeció un poco y agradeció las palabras de Byron.

—¿Podrías facilitarnos todos los libros que aborreces? —La chica, desconcertada ante la solicitud de Byron, abrió los ojos arqueando sus cejas como si la propuesta fuera espantosa. Nos miró con desenfado al tiempo que su asombro se tornó en un agradable gesto de complicidad.

—¿Para qué? —contestó divertida.

—Vamos a cometer un acto de justicia literaria y vamos a vengar en tu nombre y a la memoria de muchos,

el tiempo perdido de lecturas impuestas por los que han hecho de la literatura un acto coercitivo.

La muchacha reía. Convencida de haber entendido la broma de Byron. Acto seguido, abandonó el largo mostrador y en unos instantes había dos largas columnas de libros apilados.

—Aquí están algunos de los que más odio —su sonrisa revelaba la aprobación del juego. Byron tomó un libro de álgebra y pidió a la muchacha que cerrara los ojos, a lo que ella accedió. Byron emulaba a mi padre: escupió libro tras libro. *Introducción a la sociología*, un manual de economía, Gorki, Ibsen, Tolstoi, Sartre, Unamuno, Lacan, Zweig, Bécquer, Heidegger, Platón; una tras otra, las obras ostentaban la asquerosa impronta de mi amigo.

—Puedes ayudarme a reivindicar a los espíritus libres —Byron tenía la boca seca y me ofrecía esta mezquina oportunidad de venganza. No eran los libros, era mi padre, la escuela; mi impotencia y mi frustración.

Pensé que la joven correría pidiendo auxilio ante nuestra enorme estupidez, sin embargo, permaneció impávida y sólo preguntó nuestros nombres; luego comenzó a gritar asustada.

—No, por favor... déjenme, soy inocente, no me hagan daño.

—Oye, cálmate, sólo era una broma, te pagaremos los libros.

—No, déjenme ya; se lo suplico, ya no más. Son ustedes unos cobardes—. Sus facciones se volvían mortecinas.

—¿Qué te pasa? —pregunté a la jovencita alarmado.

Voltee hacia Byron, para conocer su reacción mas no estaba. No había nadie en la biblioteca. De hecho, todo oscureció y vi a la chica semidesnuda, en el piso junto a mí, bañada en sangre, estaba arrodillada gritando de dolor.

—Ayúdame, Pablo, ayúdame.

—Pero, ¿quién eres? ¿Qué es todo esto?

—Te pide ayuda, ¿no la escuchas? Puedes salvarla o dejarla morir; sólo tú puedes hacerlo, aquí tú eres el artífice del bien y el mal —escuché la voz de Dionisio después de una carcajada.

—¿Yo? —titubeé.

—Vamos, no la dejes morir. Tú empezaste todo esto, ¿acaso no lo sabes, mocoso?



## XIV

MI madre sollozaba incontrolable. El día estaba frío y nublado; sus consejos y previsiones me abrumaban. Sólo llevaba una maleta y un portafolio de cuero en bandolera con lo más imprescindible de mis lecturas. Yo estaba convencido de que mi ausencia traería infinitas ventajas para todos. Pensé que disfrutaría de unas vacaciones plácidas y que mi partida nos haría mucho bien a todos. Por supuesto, mi madre tenía otra idea porque así ocurre con las madres que ejercen sobreprotección y suelen amar a sus hijos hasta suprimirlos.

Me dio algunos pesos, un abrazo interminable y una fervorosa bendición. Ella imaginaba que buscaría un trabajo, que regresaría a mis estudios y que entonces mi padre me aceptaría de nuevo.

—Llámame en la noche, Pablito, y por favor, agrádeceme a tu amigo Ricardo por aceptarte. Yo misma habré de darle las gracias.

Estaba resignada. El hecho de suponer que viviría con Byron la fortaleció ante la inaplazable retirada de su hijo. No obstante, él no estaba enterado, no tuve la decisión para tal demanda. La vida solitaria de Byron y sus firmes convicciones de anacoreta me lo impedían. Byron siempre había sabido de mis problemas pero esto excedía mi de

confianza. En medio de estas divagaciones, decidí pasar por casa de Julio.

La madre de Julio me hizo pasar al comedor y me ofreció café. La tarde era cada vez más fría. Doña Cecilia, a quién tantas veces esquivé, ahora se solidarizaba conmigo de manera sapiente y generosa. Su cabello blanco y sus muchas arrugas la hacían lucir como un lindo personaje de Andersen. Muy al contrario de lo predecible, Doña Cecilia me dio la razón y movía su cabeza para desaprobarme a mis padres que no tuvieron suficiente sabiduría para otorgarme libertad para elegir mi vocación.

—Pablito, las madres y padres debemos ser pacientes. Ustedes tienen que encontrar su profesión y se deben respetar sus decisiones. Lo que pasa es que queremos siempre imponernos, saber que nuestra autoridad es permanente y eso es mentira. Los hijos no nos pertenecen. Dios nos da los hijos para criarlos y entre más rápido decidan por sí mismos, nosotros ya cumplimos.

—Sí, señora. Creo, como usted dice, que siempre encontraremos nuestro camino, pero mi padre simplemente se desesperó y me echó de la casa.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer, hijo?

No tenía la respuesta. Levanté la taza vacía fingiendo beber un sorbo. En ese momento la hermana mayor de Julio y sus pequeños hijos entraron en la casa convirtiéndola en un caos. Nuestra conversación había terminado. Me despedí. Agradeciendo una y otra vez sus palabras y su tiempo.

—Dígale, por favor a Julio que voy a estar con Ricardo.

—Sí, Pablito. Que Dios te bendiga.

La calle estaba vacía. El frío me hizo subir mi bufanda hasta las orejas. Suplicaba por un taxi. Debí aceptar el taxi que doña Cecilia quería pedirme. ¡Ah!, pero qué clima el nuestro. El aire gélido me quemaba las manos y el

rostro, así que caminé aprisa. Llegué al centro de la ciudad; ya no me importaba el frío.

Algunas personas me miraban con extrañeza, esto no me incomodaba. Deseaba sentir ciertos desafíos, volverme amenazante, rebelde, enemigo del mundo. Desde muy pequeño me preguntaba sobre el orden de las cosas y aunque fui educado para creer en Dios y los valores supremos de la sociedad y la familia, siempre me cuestionaba, sobre todo cuando veía los noticieros de televisión o los periódicos. Y cada vez me resultaba más complicado creer en algo.

Los libros eran mi “*amor fati*” mi salvación imaginaria, aunque debo aclarar que no todos los libros son catárticos ni eficaces ante el peso de la existencia. *El Quijote* me dañó horriblemente; también *Kafka* y la literatura mística española como la de San Juan de la Cruz. Llegué a intoxicarme de filosofía, como dice Sabines, pero la filosofía es para espíritus sosegados y recios. Es como la teología aunque ésta tiene el beneficio de aniquilar el intelecto y fin de la historia.

—¿Cómo haces para ser feliz? —En una ocasión pregunté a Byron. No citó a Hume, a Aristóteles, a Leibniz, ni a Epicteto.

—Yo no sé si soy feliz. Creo que lo mejor es no vivir hacia adentro, en la introspección. La vida está afuera. Si no lo entiendes entonces te pudres sin remedio. Me pareció una respuesta extraordinaria, mas, ¿cómo se logra eso?

Así discurrían mis pensamientos mientras las acometidas de viento gélido hacían contraer mi cuerpo frágil y, como un pedigüño justo en las puertas de la catedral, extendí las piernas en el suelo para confortarme. Con los brazos cruzados apoyé mi cabeza contra la puerta y subí mi bufanda hasta los ojos; coloqué mis bultos a un costado. Me sentía repugnante, asimismo exploraba una audaz fantasía de odio desconocido a todo lo que me circundaba. La plaza, las personas, los edificios. Para qué existía todo esto.

¡Oh!, Dios. Si todo era tan frágil, insignificante e injusto. Si en verdad existía la justicia divina, ¿para qué nacimos los débiles, los sin rumbo, los parias inadvertidos en este oleaje humano? El mundo era para los triunfadores, para los hombres gozosos y valientes.

Tenía diecinueve años y no me interesaba el mundo, ahora lo que me motivaba era mi imaginación. Pensaba en Luisa como si con ella fuera a resucitar en otro cuerpo, en otra alma. Sin embargo, ¿cuánto resistiría un hombre a merced de sus fantasías? Si un demonio me habitara, haría todo lo que el miedo me había impedido.

## XV

—¿Qué cosas harías, muchacho, matarte? El anciano Dionisio apareció de pronto erguido ante mí como un fantasma tieso y enrollado en una carcomida cobija grisácea.

—Tú no me entenderías, Dionisio. Además, tú eres feliz con nada, tu botella es tu salvaguarda perpetua. Al menos tienes una manera de huir. Embriágate de vino, de poesía, de virtud, decía Baudelaire.

El viejo sacó de su raído atuendo una botella de licor, la cual me ofreció mientras mecía sus descuidadas barbas blancas. Esta vez acepté el trago. Sentí arder mi estómago pero el efecto en mi condición de abstemio no fue desagradable. Un calorcillo placentero recorrió mi cuerpo; bebí algunos tragos más. El resultado fue cierta modorra y me desentumí un poco.

—Te quejas demasiado. Te corrió tu papito de la casa y estás asustado como un perro apaleado. No eres más que un muchachito cobarde y timorato—. Las recriminaciones del anciano me causaron hilaridad.

—Cierto, anciano metiche. Eso soy exactamente, un indolente, un tonto sin valor.

—No tienes el valor, ¿para qué? ¿De qué te serviría? ¿Qué lograrías con ello?

—Al menos ser alguien, demostrarme a mí mismo que soy libre y que este mundo es una mentira.

—Muy bien. Te entiendo, muchacho, estás harto de tu vida predecible, de tus rutinas, te odias a ti mismo y a los demás pero, aún eres un mozalbete.

—Así es, Dionisio, no tengo valor. Soy un pusilánime que quiso ser escritor, lo cual es una salida ridícula para convertir en palabras todo lo que no soy.

—Y, ¿por dónde quieres empezar? —cuestionó el anciano y su pregunta me confundió.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

El anciano sacudió con sus dedos su nariz roja con tal fuerza que su mucosidad cayó al suelo en un acto repugnante.

—Contéstame algo, Dionisio. ¿Tú eres feliz? —Dionisio sonrió y arrebató la botella de mis manos—. Contéstame. ¿Existe la felicidad? —insistí.

—Eso tu habrás de saberlo, cada hombre debe encontrar sus respuestas. ¿Por dónde quieres empezar? —reiteró.

—No lo sé, tal vez matando. Odio a los poderosos, al autoritarismo, a los que ganan siempre, a los que nos robaron la libertad, que nos robaron el mundo y la belleza, a la juventud manipulada, muda y ciega. Odio muchas cosas.

—Pues hazlo, entonces.

—Qué fácil. Ahora mismo voy a terminar con el mundo absurdo.

—Las cosas se hacen poco a poco —pronunció. Me ofreció de nuevo la botella.

—No más de eso, me va a hacer vomitar.

## XVI

Un sujeto malhumorado me condujo hasta un cuartucho frío con una cama cubierta con una frazada gruesa, un viejo buró y una silla de cantina que eran los únicos muebles disponibles para pasar aquella patética noche de noviembre. Me hallaba un poco ebrio y la urgencia de un techo que me albergara nulificó mis exigencias. Era todo lo que necesitaba. Los ruidos encimados unos sobre otros no me alejaron de mi sueño reconfortante.

Era un ir y venir de ruidosos borrachos que regateaban el precio del acto sexual. Prostitutas reñían enérgicas arguyendo motivos extraordinarios que sólo ellas eran capaces de proferir. No estaba en contra de las prostitutas; consideraba que ellas eran otro desvarío de nuestra sociedad hipócrita, que no había logrado resolver los interminables problemas de la especie, desde los conflictos humanos más simples hasta los más elevados. Más de tres mil años de evolución racional y sofisticada y no se había podido erradicar el hambre. No sabemos vivir, ni sabemos para qué vivir.

Un sol diurno ondulaba entre las cortinas agujeradas de la ventana generando un calor agradable y aunque su luz era débil, había conseguido despertarme. Escuché el ruido de la calle, las carcajadas impetuosas de alguien que

dentro del hotel demostraba su júbilo. Eran las nueve y media. No sabía qué día era y no me importaba. El cuartucho sería mío una semana más. Agradecí a Dios que la regadera me gratificara con agua caliente. Me sentí relajado y satisfecho.

Recorrí el centro de la ciudad como un vagabundo; era placentero estar en muchos lugares concurridos y esquivarlos a voluntad era una delicia desconocida. Estuve aguardando en largas filas de bancos y oficinas de gobierno. Hallaba cierta morbosidad en adivinar la molestia de la gente. Y siempre lo mismo, día tras día hasta envejecer y morir. Esto era una pesadilla terrible. Muchos burócratas son sociópatas que gustaba de atormentar al público que a su vez era dócil y manejable. La gente en estas diligencias solía ser estoica. Observé los rostros severos de dos secretarías que resguardaban desde un escritorio a un señorzón, quien desde su oficina impenetrable hacía esperar a una docena de súbditos atolondrados por el tiempo y la frustración de no poder encarar al celestial funcionario.

Un policía desmañado, inició una auténtica indagatoria sobre mi deambular por aquellas oficinas. El hombre policía no podía desplazarse con rapidez, lo cual ayudó a frustrar su intención de encontrarme.

## XVII

—¿Dónde te has metido, Pablo? ¿Dónde estás?

—Estoy en un hotelito en el centro de la ciudad.

—Pero, ¿qué piensas hacer? ¿Por qué no me dijiste de tus problemas con tu padre? Ven a la casa para hablar. Pensé que éramos amigos.

—Te lo agradezco mucho, Byron. Precisamente por nuestra buena amistad no quiero comprometerte.

—Ven a la casa. No, mejor voy por ti. ¿Dónde estás?

Después de llegar a su casa, Byron caminaba echando gruesas bocanadas de humo por la sala. Yo estaba tirado sobre su sofá. Me desnudé el torso ante el calor excesivo de su calefacción.

—No te entiendo, ¿qué pretendes con eso? —Me dijo.

—Nada, sólo quiero hacer lo que nunca pude.

—¿Vivir en un hotel de borrachos y prostitutas? Estás loco. ¿No piensas estudiar ni trabajar? ¿Y de qué vivirás? Estás muy cambiado, Pablo, ¿qué te ocurre?

—Byron, tú tampoco trabajas ni estudias—. Sonrió, después elevó la voz y exclamó:

—Yo tengo todo. Mi situación es diferente a la tuya. Además, ¿qué sabes tú acerca de mis planes?

—¿Cuáles planes? ¿Seguir viviendo a costa de tu padre? Yo siempre te he admirado, Byron, aunque creo que

eres un cobarde que no puede enfrentar la vida solo. Necesitas de tu padre, igual que cualquier *junior* a los que tanto detestas.

Me miró con ojos furibundos.

—Te desconozco, Pablo. En verdad me sorprendes. ¿Acaso no dependías de tu padre hasta hace unas horas? Ahora te echó de la casa y te has vuelto muy valiente. Siempre has sido un mediocre, el miedoso muchachito de mamá.

—Yo te desconozco a ti. Sí, soy lo que tú dices pero yo sí trabajaba, escribía, hacía algo. ¿Tú qué has hecho? Burlar a las mujeres y llenarte de vanidad por ello. Has hecho llenar tu cabeza de información, libro tras libro, ¿para qué? ¿Por qué no escribes, no te manifiestas? No eres capaz de proferir una crítica pública. Prefieres tu vida burguesa y lo que pasa afuera no te importa.

—¡Ay!, Pablito, ahora saliste redentor. ¿Qué vas a hacer, golpearme? Ya lo ves, así resuelves las cosas—. Se contuvo. Su rostro colérico y sus puños cerrados estaban a punto de encontrar mi rostro. Byron estaba encendido; movía sus brazos de manera retadora. Jamás habíamos discutido de ese modo.

—Bueno, dímelo pues, ¿qué quieres? ¿Me estás retando? Es mi vida y no debes entrometerte. ¿Está claro? —enfaticé.

—Sí, es un reto en el que te va la vida, ¿aceptas? —me desconcertó.

El timbre del teléfono nos brindó una repentina tregua. Byron se ausentó brevemente.

—¡Oh!, Pablito, grandísimo cretino, cobarde —la frase se quedó suspendida en el turbio ambiente.

“Cada hombre debe encontrar sus respuestas” era algo tan simple que no revestía mayor complejidad que cualquier lugar común. Además los existencialistas lo decían de continuo. Mas esta vez hundido en mis propias reflexiones, nada me parecía más contundente y sabio que las palabras del borracho. Suponía que el aforismo encerraba todas las verdades como en una amalgama prodigiosa don-

de se concentraran las verdades de Sócrates, del Quijote, de algunos racionalistas y por supuesto Kierkegaard. Era una maravilla, pensaba excitado, como si ahondar en la frase me hiciera recorrer los círculos de Dante, y cada vez más las filosas aristas, el páramo triste de Gorostiza, la demencia de Allan Poe, los cantos de Goethe, las perversiones del divino marqués, así hasta llegar a Homero. Todos viviendo la misma vida, sin más remedio, sólo la vida de principio a fin.

¿Y si todas las sombras del consagrado romanticismo perdieran fuerza, se desvanecieran lentas como una pesadilla horrenda, donde las penumbras nos envolvieran los sentidos hasta pulverizarnos? La vida no debería ser así, un mal sueño, sin atisbo alguno de esperanza. ¿De qué seríamos culpables si nosotros no comimos la manzana? Y como no era culpable de nada, hallaría mis respuestas y qué importaba cómo, ¿acaso existía diferencia entre el virtuoso o el malvado? ¿Quién imponía los límites? Estos silogismos de virtud y pecado los dejaría en las mentes anodinas de los curas charlatanes. ¿Cómo tolerar los enigmas de la vida y también cargar con el peso de la consigna de ser buenos?

—Debo salir. Te escapaste de una paliza —pronunció mozalbeta. Voy con mi padre. Me ha propuesto que le ayude con unos negocios.

—¿Y qué hay de los planes de los que hablaste, eso del reto?

—Ya cállate. Olvídalo.

—Espera —dije ofuscado—, ¿por qué esas bromas del anciano de la catedral? ¿Y lo de las hojas roídas en las cajas? ¿Ahora eres un mal clown?

—¿De qué hablas? ¿Cuáles bromas? —Me abotoné mi camisa y tomé aprisa mi chaqueta—. Tranquilo —pronunció mientras me observaba—, no tienes que marcharte. Quédate aquí.

Le agradecí su oferta pero me sentía demasiado incómodo.



## XVIII

Esa tarde, Julio Sánchez sentado en la silla de cantina, observaba con ostensible desagrado el cuartucho del hotel: las paredes agrietadas; la frazada vieja y sucia; el techo de donde colgaba una fantasmal manta podrida por los escurrimientos de agua. Julio, en actitud serena, no me pidió justificaciones mucho menos pronunció algún reclamo o advertencia. Este muchacho que yo suponía asustadizo y débil me escuchó con temple, como lo fue su saludo firme y fraterno.

Esta vez Julio no era inseguro. Su inusitada madurez me causó una admiración placentera, aunque no había perdido su ingenuidad. Su anuencia a mis descabelladas empresas lo tenían al filo de la silla, pero sin dudar nunca de ser copartícipe de ellas. Le hablé de exterminar políticos, de robar bancos, de formar un partido anarquista; creo que su imaginación y su rebeldía iban más allá de mis arengas.

—Julio, olvídalos. Yo jamás te metería en esas cosas, es que todavía estoy molesto por lo que te platicué de Byron.

—¿Crees que me asusta? Yo también quiero salir del anonimato, y eso de acabar con el gobierno es una tentación suprema. El pueblo debe gobernar, terminar con el capitalismo. El mundo debe escucharnos, Pablo.

No pude contenerme y un estallido de carcajadas hizo que el cuartucho cobrara vida. Un par de tontos jovenzuelos conspiraban contra el mundo desde un hotel de prostitutas y borrachos.

—Así se han hecho las grandes revoluciones.

—No Julio, por Dios. No sabes ni un ápice de historia. Julio guardó silencio, resignado, después rio efusivo.

## XIX

La soberbia de Byron no permitía que su amigo ahora lenloquecido y furioso sentara un mal precedente en su espíritu envanecido por las demostraciones recurrentes de virtual superioridad ante su cohorte de amigos vanidosos. Mientras que mis fuerzas destructivas tenían su origen en un laberinto de ideas malignas que me atormentaban, Byron actuaba en función de su orgullo, de su vanidad.

Mi aversión al mundo y al servilismo canalla me perturbaban la conciencia. Creía, como los incendiarios del *establishment*, que mis acciones debían ser justas y salvadoras. Byron reunió al Gordo Jorge Acosta y a Saúl Millán, a quienes había seducido con su mágica retórica; los muchachos no sabían en detalle sobre nuestros planes. Nos reunimos en un furtivo restaurante dentro de un centro comercial y Julio se integró al grupo.

Jorge, con sus gruesas gafas empañadas por el café, conversaba haciendo mofa de los últimos sainetes del Partido Acción Nacional. Saúl, con su calva y su rudeza natural miraba lascivo a las bonitas meseras que reían en grupo desde la barra del fondo. Julio, con la mirada perdida, acariciaba el vaso transparente de refresco.

—Pareces un viejo melindroso —declaró Byron al percibir mi aspecto descuidado. La crecida barba me hacía

lucir famélico. Byron, ahora con su cabello corto, reflejaba una nueva lozanía. Llevaba una camiseta con el toro de Osborne. Saúl Millán fue el último en quitarse la chaqueta negra de cuero y colocarla en el respaldo de la silla.

El Gordo continuaba con el tema de gobierno federal y la oposición. Los ojos claros y limpios de Julio, su rostro imberbe y sus expresiones tímidas y afectuosas se descompusieron en un agrio semblante ante la aparición sorpresiva de un arma que llevaba Byron en una fina cartera de colegio color ocre. A todo nos hizo enmudecer asombrados y curiosos. Jorge rompió el silencio con una falsa sonrisa intempestiva.

—Así que de esto se trata. Vamos a robar algún almacén a punta de pistola.

Saúl Millán encendió un cigarro y sonreía complacido aspirando con fuerza el humo que sostenía interminable desde sus pulmones. Y también hizo lo propio, tenía furtiva bajo sus piernas una pistola calibre 50, de tamaño descomunal. Mientras, Byron sostuvo sus ojos llameantes sobre cada uno de nosotros. Sonreía malicioso. Parecía sentir el corazón de Julio, desenfrenado; estaba pálido y temeroso.

—Es un revólver 38 especial S&W; una poderosa y bella pieza, ¿no? —sentenció Byron.

Como si todos deseáramos conocer las características de su arma.

—Nunca había tenido un arma en mis manos, en verdad es grandioso—. Saúl con la mano derecha tocaba su revólver entusiasmado.

—¿Está cargada? —pregunté—. Claro —respondió con enfado.

—Están locos, cómo traen eso aquí, ¿qué se proponen? —Esta vez Jorge cuestionó con severidad. No sonreía. Su rostro redondo y su *tic* nervioso acelerado delataban temor.

—Nadie está obligado a participar en este plan – dijo Byron—. Pablo y yo hemos ideado una extraordinaria conjura que exige acciones impostergables con el objetivo de sacudir conciencias, para dar testimonio cabal de nuestro encono contra una sociedad aletargada. En este mundo infestado de políticos, mercaderes y corruptos esta realidad política hiede y creo que nosotros, jóvenes pensantes y rebeldes, debemos actuar. Que se enteren los poderosos que no vamos a transigir. Estoy de acuerdo en que los riesgos son muchos, pero nuestros ideales están por encima de los corruptos y los pusilánimes. Afrontemos los riesgos porque sólo los que han mirado las tinieblas tienen derecho a mirar la luz.

Byron encendió otro cigarro y en medio de un humo espeso hacía relampaguear sus ojos, incitándonos a admitir la necesidad de adherirnos a la causa insurrecta.

—¿Y para qué son las armas? –Julio fue directo al punto.

—No te proyectes como un retardado. Un arma entre las manos de hombres libres y de elevados propósitos sólo traerá la complacencia de muchos ante el reproche y ruindad vergonzosa de pocos. El rostro inescrutable de Julio persistía en semblante lívido.

—Yo le entro. No le temo. Es lo mejor que podemos hacer por esta sociedad oprimida por una punta de imbéciles –espetó el Nazi.

Las palabras de Saúl me parecieron predecibles. Este muchacho altivo y violento asumía su condición radical para enredarse en conflictos con el fin de probar su aviesa capacidad destructiva.

—¿Qué somos, muchachos? Mediocridad humana entre las sucias manos de un sistema agónico que nos arrastra a voluntad sin la menor posibilidad de disensión. ¿Haremos de ser repugnantes sombras humanas o ganamos la partida? Encontraremos el ansiado camino de la trascen-

dencia eterna, que como dice Byron, será la luz, esa misma luz que vislumbraron los héroes, los mártires o los profetas—. Me sentí comprometido a proseguir con la arenga de Byron.

En ese momento Byron empuñó brevemente el arma y agregó:

—Aquí tengo la llave que abrirá sus destinos para siempre. La disyuntiva es simple. Vivir en el fango del anonimato, en la rastrera de una sociedad enferma o hablar de frente con la legión de los dioses rebeldes.

—Ya basta, idiotas, detengan su bromita —exclamó Jorge con el rostro enrojecido y los labios blancos. Tenía anudada en la garganta una mezcla de ira y miedo ante las subversivas intenciones coronadas con la presencia de las armas.

—Pues, ¿qué demonios traman? —cuestionó furioso.

—Cálmate, Gordo. Solamente vamos a secuestrar a un maldito político—. Byron intentó persuadirlo, a su manera, acicateando su hombría.

—Por supuesto que tú no participarás porque eres igual a ellos, a todos esos políticos. Excepto tu padre no, que si es honesto —dijo Byron con sorna a Jorge—. Además, te faltaría mucho valor para hacerlo —Byron se reía frente a Jorge Acosta. Sacó un par de veces el revólver y apuntaba al grueso cuerpo de Jorge, en un siniestro juego que nos hizo callar desconcertados—. Todos estaremos preparados, tengo suficientes armas para equipar a un batallón, mi padre las recibió para venderlas en el mercado negro, como pago por la defensa de unos traficantes. —A nadie sorprendió lo dicho acerca de los negocios truculentos del padre de Byron.

—Estás delirando; las drogas te han puesto así, Ricardo.

—Y tú, lastimoso Pablo, ¿entienden lo que quieren hacer?

Las amenazas de Jorge Acosta incrementaban las risas de Byron. Yo también me reí. Pero todos sabíamos que tenía razón. El Gordo limpió sus gafas gigantes con una servilleta y susurraba algo mientras gesticulaba en evidente desaprobación.

—A un político —remarcó el Nazi con voz segura, mientras abría y cerraba sus puños con fuerza, como preparándose para pelear.

—Tú conducirás, Saúl. Pablito irá conmigo y Julio será nuestro vigía, si es que está con nosotros. Nos alertará si alguien se percata del asunto—. Miró a Julio esperando respuesta. Éste era el plan; Byron lo expresó sin más. Parecía tan sencillo como un paseo dominical.

—Nuestro personaje será el alcalde, que siempre sale del gimnasio sin escoltas. Su vehículo, una camioneta blanca, estará estacionada en la zona frontal del edificio. De allí lo subiremos a mi auto que el Nazi conducirá. No hay riesgos, muchachos, confíen en mí.

—Únicamente voy a observar—. Julio asentía tácitamente.

El Gordo hacía muchas preguntas, aún incrédulo, pero lo que en verdad lo animaba era la ganancia.

—Se pedirá rescate, ¿no? ¿Cuánto nos tocará a cada uno?



## XX

El tiempo se tornó siniestro. Era como acudir embriagados de odio y angustia a un ignorado destino donde nuestra locura juvenil se enfrentaba cara a cara, en un mundo que se abría para nosotros sin retorno alguno, como una travesía de aventura al mismo tiempo tenebrosa y amenazante. Faltaban veinticinco minutos para que el personaje cayera en la trampa. Byron cerró su chaqueta de mezclilla y guardó el arma en el bolsillo interior.

—No vayas a meterte nada; necesitamos estar lúcidos.

Byron apretó mi hombro izquierdo y se alejó hacia la salida. Una necesidad imperiosa me tenía desconcertado. La participación de Julio en el secuestro significaba una intromisión dudosa de la cual me sentía responsable y esto flagelaba mi conciencia. No podía contener mi necesidad de disuadir a Julio. Entonces sus ojillos de niño bueno se cruzaron con los míos. Parecía adivinar mi malestar.

—Cálmate Pablito, no es momento de hablar. No es tu responsabilidad, yo he decidido participar.

El recuerdo de su madre bondadosa me oprimía las entrañas. Pero ya no había regreso. Nos esperaba el destino y Julio lo sabía. Un miedo incontrolable me acalambra el cuerpo; cientos de serpientes me oprimían los miembros

espoleados por mis absurdos escrúpulos de improvisado y lamentable plagiario. Bajamos del auto; me acerqué a Byron que percibió mi angustia olfateándome como perro de caza. A media voz tranquilizó mis ánimos con la promesa de que todo sería rápido y seguro. Amanecía, hacía poco frío. Qué hora tan absurda de venir a ejercitarse. Lo importante es que este lugar está vacío como un desierto.

El alcalde era un hombre bajito y regordete. Había activado a distancia la cerradura de su flamante camioneta que le aguardaba abierta y dispuesta para su retiro. El importante señor no se parecía nada a las fotos cotidianas de la prensa o las imágenes de televisión. Los personajes públicos se vuelven insignificantes fuera de los múltiples reflectores que los maximizan, y de ese aire pretencioso de que adolecen nuestros políticos; encararlos es un saludable ejercicio de desmitificación. Es increíble lo que el poder trastoca. El enérgico y eminente político se confundiría entre el populacho, como en una ridícula metamorfosis con el tendero de la esquina o el humilde limpia botas de la plazuela. Por lo tanto, ¿qué hace parecer severos y cautivantes a los políticos? Ha de ser algún hechizo diabólico que los súbditos desconocemos por completo.

## XXI

Antes del secuestro habíamos coincidido en lo más importante: anarquistas. Deseaba tener un sustento ideológico, que nutriera de sentido nuestras acciones, sin embargo a cada uno lo impelían intereses personales. No obstante, ¿qué obtendríamos del secuestro? Nuestras peticiones nos tenían confusos y ofuscados. Byron aducía empeñoso una inusitada cantidad de motivos por los cuales el gobierno accedería a concedernos impunidad, a sabiendas que nuestros propósitos lejos de pertenecer a grupos criminales, propugnaban por el acercamiento pacífico de unos jóvenes desesperados por su propia crítica social. Entonces la opinión pública sería nuestra y todos los que administraran fuerzas de reivindicación social, asociaciones, entidades intermedias de salvaguarda de derechos y libertades nos apoyarían de consuno en una gran fraternidad de lucha implacable.

El alcalde desaparecería el tiempo suficiente para expresarnos y una vez que fuéramos escuchados, sería hombre libre. Con el dinero del rescate ayudaríamos a las personas necesitadas para que se desarrollaran por sí mismas: no más limosna del estado. Exigiríamos que se cubrieran las demandas urgentes; que los jóvenes tuvieran oportunidad de estudiar; que el gobierno dejara de ser protagonista hasta desaparecer.

Esta declaración de principios no dejaba de ser una candorosa apelación a las buenas conciencias. Un breve pliego petitorio cargado de exaltación romántica. O más bien una lista de buenos deseos cuyo autor era un joven burgués de inclinación rebelde, amante de la espectacularidad y el narcisismo. Byron se revelaba como un redentor de la transición pacífica anti-estatista.

Yo creía que era necesario crear conmoción, sacudir el espíritu social adormecido y frívolo, mostrar que había otras salidas, pero en el fondo sabíamos bien que ningún grupo nos apoyaría. Siempre he dudado de las ONGs, de su supuesta autonomía. Llegado el momento de la negociación, solicitaremos todo el dinero posible y pediremos que algún grupo íntegro a carta cabal sea nuestro interlocutor. Esta utopía era lo único plausible. Nos enfrentábamos a una realidad inexpugnable.

Estábamos en un callejón sin salida. Pensamos que nuestras demandas atenuarían cualquier castigo. La sociedad nos aclamaría; sin embargo, ante la ausencia de opciones se presentaba un alivio irremediable: la violencia. Pediríamos el rescate. Y después, ¿qué haríamos con el alcalde?

La torpeza e ingenuidad con que elaboramos la jugada se revertía implacable contra nosotros. ¡Qué enorme torpeza la nuestra! Dejarlo todo en manos de un idealizado pueblo libertario, habituado a las dádivas del estado. No estaba mal que organizaciones humanistas se adhirieran a la causa siempre y cuando se distribuyeran los recursos entre los más pobres. Nunca fuimos más allá. Nuestra conjura se agotaba en el esquema de enseñar al prójimo a pescar.

¿Habría de resistirse a tan nobilísimo proyecto alguien con corazón en el pecho? Caer en el caos de la ley infame y venial, nunca. Sólo pensábamos en la llamada justicia, que ocupaba nuestros espíritus insuflados de rebeldía juvenil. Si esta rebeldía la compartieran ahora mismo tan-

tos jóvenes inconformes, el mundo sería mejor. Nos ubicábamos en un extraño centro de beligerancia y fraternidad.

En este país la inseguridad, la corrupción, la impunidad ofertada siempre para los adinerados y poderosos se habían convertido en infames padecimientos dentro de nuestro agobiado espíritu colectivo. El manejo subrepticio y cínico de los ministerios públicos; la cerrazón a ultranza de nuestros congresos serviles y demagógicos tenían efectos de hartazgo entre la ciudadanía. Estos escabrosos pensamientos no me daban tregua, los repasaba una y otra vez. Byron había saldado el asunto con la condición de que los muchachos cómplices del plagio obtuvieran una buena ganancia más allá de nuestros ideales políticos.

La estructura del poder judicial podría hacer de nosotros un incitante cóctel noticioso sobre guerrilleros sanguinarios para acrecentar su capacidad de respuesta; también presentarnos como simples criminales o hasta temibles plagiarios, con ominosos récords de asesinatos y atentados. ¿Qué seríamos ante la fortaleza arbitraria del poder? Seríamos lo que la coyuntura política indicara, igual que en una piedra de sacrificios o en la pira inquisitoria.

La opinión pública aborrecía a los plagiarios, ejemplos de ello abundaban. ¿Podría la sociedad comprender nuestros propósitos o simplemente ocuparíamos las primeras planas de los diarios, como ruines secuestradores? Y entonces todo estaría perdido. ¿Acaso también nuestras vidas?



## XXII

Esa noche era tan fría que penetraba la piel y congelaba la sangre. Siempre había temido al frío y a esos angustiantes espasmos de escalofrío que sufría cada invierno. Desde pequeño padecía de extraños estremecimientos incontrolables; era como si la muerte atravesara mi cuerpo y pensaba en reinventarme en otra realidad cual rompecabezas. Sin defensa, siempre roto. Entonces quería morirme pronto para encontrar la apacible ubicación de mis piezas. El frío me dolía y me convertía en un bulto tembloroso y enfermo en posición fetal sobre la cama de un cuarto de hotel barato. Pensaba y mis miedos aumentaban el frío, mis temblores.

Algo reía entre la vorágine cruel de mis sensaciones. Mañana sería el día. ¡Oh!, Dios, nadie nos entendería. Y tenía miedo de morir. Me sentía tan vulnerable. Si tuviera fuerzas me postraría ante la catedral para encontrarme con Luisa. Ella era un ángel que tenía el poder de iluminar con sus ojos mi alma umbrosa; era la luz materializada que irrumpía entre las oscuras torres de la catedral, mi salvación. Luisa... me dormí pensando en ella.

Desperté en medio de la madrugada. Estaba en un lugar desconocido. Unos gritos atrapados desde una boca sellada cobardemente con cinta adherente, martillaban

en su blanco cuello mancillado de moretones y rasguños. También sus ojos estaban impedidos por un sucio pañuelo. Su cuerpo flácido pendía de sus brazos, sus manos atadas como dos palomas muertas por la criminal tensión. Oscilaba como un fardo entre la oscuridad. La débil luz de un quinqué permitía apreciar su silueta: la joven estaba semi-desnuda. Su evidente furia había hollado el piso terroso con los dedos de sus pies que no alcanzaban a aterrizar para su infortunio.

El cuarto estaba envuelto en siniestros velos de humo que podían tocarse. La flama acertaba con su luz sobre su costado izquierdo, dibujándolo amarillento y terrorífico como una cruel escena de tortura medieval. Había pasado mucho tiempo, lo revelaba la flama que chisporroteaba entre diminutas volutas luminosas que presagiaban oscuridad. Me acomodé; detuve la respiración en este sitio repugnante. Estaba en cuclillas, mis rodillas me exigían movimiento. Había observado la cuerda tirante. Sus lamentos aumentaban mi impotencia, si pudiera salvarla o si solo pronunciara palabras para aligerar su martirio.

Escuché una respiración agitada. Era de un hombre joven que llevaba un pantalón con manchones verdinegros y el torso desnudo. Avivó el rostro femenino de un golpe. Río con cinismo. Era como un animal que jugaba con su presa. Se desnudó y la poseyó cargando sus piernas con sus brazos. Arremetió feroz contra ella. El sujeto complacido volvió a su risa estúpida; la recorrió con la mirada y pronunció:

—Esto te pasa por portarte mal. Además, ¿quién te manda estar tan chula? Tenía que estar muerta, era lo único que podía desear. No pude más. Me abalancé contra el sujeto pero yo no pertenecía a esa realidad. No veía su rostro sólo oía las terribles carcajadas. No era posible. Acababa de identificar a la joven. No era posible. ¡No!, ¡No! ¡Dios mío!... Había alguien más en la habitación que reía exultante. Era

el anciano de la catedral. Mis gritos provocaron que Dionisio también entre gritos y carcajadas pronunciara:

—Es tu culpa, muchacho. Es tu culpa.

Salté de la cama sacudiendo las gotas espesas y gélidas que inundaban mi rostro. Sentí el enloquecido pulso en mi yugular. Titubeante, caminé hasta la pequeña ventana. Observé un cielo raso y negruzco con algunas estrellas que se acunaban sobre los despuntes grisáceos de la alborada. Aquél mal sueño aún arañaba mi conciencia. El agua del grifo sobre mi cara me avivó los sentidos. Encendí el foco que desde una rondana de fierro iluminaba medroso la pequeña habitación y leí cuentos de Borges. Necesitaba despejarme, encontrar la salida de esa pesadilla.



## XXIII

— Eso está muy bien, Pablito, ahora si vas a actuar.

Éstas fueron las palabras condescendientes del viejo Dionisio a quien hallé despierto a un costado de la catedral. Su misma postura, su cobija gris pesada que se extendía a toda su lastimosa humanidad. Su nariz corva donde escurrían hilillos viscosos sobre sus descuidados bigotes blancos. El cabello colmado de suciedad y ahora un poco más largo sobre sus hombros famélicos. Con su rostro amoratado y con visible gesto amargo. Las últimas luces de aquel domingo salpicaban sobre su silueta andrajosa.

— Piensas que está bien... sólo eso.

— Entiende. Te hablo de un secuestro, de un secuestro Dionisio —enfaticé— a un personaje político. ¿Comprendes?

— ¿Y eso qué tiene que ver? Si lo desaparecen sería un parásito menos para este maltrecho país. Vamos, muchacho, necesitas estar convencido de lo que buscas. No temas. El miedo nos impide actuar. Si quieres cambiar algo o cambiar tú mismo, un poco de odio sagrado es necesario para que te escuchen. ¿No ves que la gente se volvió sorda y muda? Prefieren tragarse los mendrugos que arrojan los poderosos a su paso. Ya nadie piensa porque es una tarea costosa que implica sacrificar la vida cómoda. El mundo

se volvió cómplice de sus propios verdugos. Parece que tú mismo has cambiado; eras un chamaco miedoso y ahora miras más allá que los demás. La felicidad del mundo ya no es tu felicidad por eso ya no perteneces aquí, porque no naciste para él. Eres como yo, un horrendo bufón que hizo Dios para distraerse –entornó los ojos y supuse que dormitaba.

—¿Sabes?, tuve un sueño donde una mujer era man-cillada y tú en el sueño me culpabas –hice una pausa. Dionisio bebió de su licor barato, tosió un poco y carraspeó—. Temo a la muerte y además me aterra saber que otros sufran por mí.

—Así es. El anciano cubierto con su remedo de fra-zada se cubría los brazos y el torso; después de acomodarse en su lugar colocó la frente sobre las rodillas. Finalmente, sentenció: —Duele más el dolor de los que amas que el do-lor propio.

Me senté junto al anciano. Incliné mi cabeza con-tra el muro y cerré los ojos. Repasé con cuidado sus frases. Todo es tan cierto que comprendí más la grotesca condi-ción humana, su carencia de fraternidad e indiferencia ante el dolor ajeno. ¡Oh!, Dios, si nada hacemos por el prójimo, el hombre sacrificado en la cruz es una tontería para crear el imperio del pecado, otra estafa más para esquilmar las conciencias humanas. Lo peor radica en que Jesús murió y se volvió un icono más de la mercadotecnia, la iglesia muti-ló su encanto, aunque quizá un ejército de cristos vendría bien para que detuviera este mundo convulso y confundido.

—Dionisio, ¿tú crees que saldré vivo de este asun-to? –Algunas veces este viejo loco actuaba como profeta. ¿Por qué no habría de presagiar algo? Una necesidad ur-gente me sobresaltaba y era precisamente el miedo a saber que otros sufrieran por mí. Si yo cometo algún crimen que yo pague las consecuencias en un acto punitivo justo e irre-mediabile, mas tengo miedo a morir.

Esta posibilidad me ha llevado a reflexiones in-sondables. ¿Cómo será morir? Una desconocida templanza

mantenía mi corazón apacible. Cautivado por tales meditaciones se me vino a la mente una frase de Epicuro: “Cuando tú eres, la muerte no es, cuando la muerte es, tú no eres.” Y la telaraña del espíritu filosófico, dubitativo me atrapó como a una mosca. Si mi arrojo estuviera en sintonía con Zenón sería virtuoso y feliz pero los estoicos son dramáticos.

Pensaba que el panteísmo era más dúctil y entrañable: el ser formaba parte del todo, de ese absoluto que seduce con solo mirar el firmamento. Agradecí a Parménides su lógica del ser; así como el valor infinito de Giordano Bruno y su obcecado pensamiento que lo llevó a la muerte. La humanidad cuando desvía su camino necesita de estos adalides de espíritu o de acción para corregir su rumbo. Sin embargo, es la ignorancia, el miedo, la obediencia, la que traza las indignas brechas del escarnio. Es el vulgo ignorante que condena a Cristo y salva a los ruines, es la cicuta para Sócrates. Esta patética lección prevalece incólume.



## XXIV

La ciudad había despertado. Los autos iban y venían; algunas tiendas ya estaban abiertas y era evidente el esfuerzo de hombres y mujeres organizando sus tenderetes para ganarse la vida. Algunos paseantes tempraneros regocijados y festivos con sus niños daban vida con gritos y correrías a lo que para mí siempre fue una plazuela misteriosa, sórdida y oscura. Me incorporé y dejé al anciano dormido.

—Dionisio, llegó la hora de irme. Deséame suerte. Que logre mis propósitos. —Cierta melancolía cruzó por mis palabras y me despedí—. A lo mejor no te vuelvo a ver, pero nunca te olvidaré. —Sabía que no hablaría. El anciano permaneció dormido. Me alejé. Caminé algunos pasos y la voz espesa y amarga de Dionisio la escuché penetrando en mis oídos como un exaltado eco que parecía no tener procedencia.

—Sí, muchacho, sí nos volveremos a ver—. Seguro era solo mi imaginación. No detuve mis pasos pues tenía un azaroso desafío conmigo mismo.

—¿Cómo ha estado, estimado señor Rodríguez?

Byron detuvo con diligencia y rapidez al alcalde que caminaba veloz y en instantes la puerta de su camioneta estaba abierta. Fue abordado por Byron justo antes

de subirse al vehículo. Yo flanqueaba el otro costado. Me aproximé para saludarlo. El licenciado Rodríguez ligeramente ofuscado nos extendió la mano ceremonioso.

—Me da gusto saludarlos, muchachos.

Los movimientos del alcalde producían graciosos ruidos debido a su traje deportivo de franjas blancas a lo largo de los brazos, que llevaba cerrado hasta la punta de la barbilla. Lo recorrí con la vista, íntegro. Era más bajo que yo y ante Byron era un hombrecillo de fábula. En su frente se marcaban largas arrugas horizontales dándole una expresión de contrariedad. Hacía esfuerzos por desembarazarse del inusitado encuentro, pero Byron insistió una vez más.

—Por cierto, usted suena para ocupar la gubernatura, ¿no es así, licenciado?

—Qué caray, aún no son tiempos muchacho. Llevo prisa. Discúlpenme, jóvenes.

En un desplante efusivo sin perder la compostura se despidió abrupto, desconfiado. Sin embargo cerca del alcalde me fue fácil aventajar su movimiento y cerrar la puerta de su camioneta. Arranqué las llaves que pendían de su mano derecha con facilidad.

El hombre congeló una sonrisa y petrificó el entrecejo.

—¿Qué pasa, jóvenes? —preguntó amedrentado.

—Que te vas con nosotros, licenciado—. Expulsó una fría carcajada de miedo. Nos amenazó de inmediato.

—Están locos, pagarían muy caro si me raptan.

Trató de gritar y arqueó su pierna izquierda preparando su escape. Me abalancé frustrando su intento. Byron tenía ya el revólver que colocó en el pecho del asustado Licenciado Rodríguez.

—Que te vas con nosotros, licenciado —dijo amenazante. Caminamos tranquilos por el estacionamiento. Subió al auto que Saúl conducía y el alcalde era nuestro.

## XXV

Los besos impetuosos en una descarada exhibición de deseo concupiscente atraían la mirada de los meseros a través de un magnetismo obsceno. Nuestra mesa envuelta en una fuerte atmósfera de chacota y dejadez mantenía a los meseros desconcertados.

Byron y Luisa entregados a faenas eróticas forcejeaban con vehemencia amorosa. Varias botellas de buen vino, los ceniceros constantemente reemplazados. Habíamos cenado en abundancia, celebrábamos efusivos con una botella de vino *Sauvignon*. Nos hallábamos a media luz en un privado del restaurante.

El regocijo de los amantes enturbiaba mi supuesta condición festiva. Luisa estaba ebria y en la debilidad de su entendimiento pronunciaba frases alusivas a nuestro festejo quizá al saberse cómplice de algo que no sabía. Le habíamos hecho creer que celebrábamos por haber hurtado un banco, o una joya de museo, lo cual no le importaba. Pensó que era una juerga más.

Aunque esto le provocaba mucha curiosidad. Conocía mejor que nadie a mi adorada y lejana Luisa. En definitiva Byron ejercía sobre ella un desmesurado influjo. Presenciar sus devaneos torpes, ridículos y de encendida pasión me mantuvieron en tono pensativo; la observaba y un cúmulo de recelos opacaban mi ánimo.

El vino me había sumido en un profundo letargo al tiempo que Saúl reía enérgico ahíto de licor y exaltada fruición. Su rostro siempre hostil dibujaba ahora un aspecto desenfadado y propicio para el festejo. Sus ojos azules destellaban, placenteros. Por otro lado, Julio Sánchez prefirió permanecer en casa para preparar un examen de la facultad. En algunos momentos los ojos de Luisa se encontraban con los míos.

—Anímate, Pablo, hemos venido a celebrar, logramos de un modo fácil y sin riesgos lo que tanto quisimos. Además quiero decirte algo. —Byron se tropezaba con sus palabras. Luisa reía sin sentido—. Eres un maldito valiente, que se volvió hombrecito ejerciendo el poder de su voluntad. Mi admiración hacia ti es a raja tabla.

Después de su improvisada adulación, Byron elevó su copa y brindamos solemnes por el logro de nuestra empresa. De inmediato se disolvió el tono formal e iniciaron las bromas y las risotadas.

Aún no lograba insertarme en el festejo. Los hermosos ojos de Luisa aunque abolsados de fatiga y exceso absorbían mi mirada como un invidente que imagina un horizonte de luz. Te amo, Luisa. Te amo. Tienes que saberlo. Te amo tanto. Te amo... deseaba encontrar sus ojos para que leyera los míos. Pero se abrazó del cuello de Byron. Yo bajé la mirada apesadumbrado.

## XXVI

*Sin pistas sobre el paradero del alcalde...*

Habían pasado una semana y el periódico cabeceaba día tras día la desaparición del eximio personaje. Byron me había convencido del riesgo latente de permanecer en el hotel. Éramos materialmente los dos personajes implicados y ante la posibilidad de haber sido observados, nuestra presencia debía limitarse de ahora en adelante a mínimas apariciones públicas.

—Mientras que pasen las tempestades, aquí te quedas conmigo –fue la resolución definitiva de Byron.

Encendí el televisor, eran las siete de la mañana, la enorme pantalla me hizo retroceder hasta uno de los bancos altos y rígidos de la barra de su cantina. Byron aún dormía con Susana, una encantadora mujer que rebasaba ligeramente los treinta años. Ella era de ojos vivaces y facilidad de palabra; acuciosa, sensual, observadora, psicóloga de profesión, mujer culta. Su rostro era exquisito, de muchachita estudiosa, de cabello largo y oscuro.

Susana dominaba a Byron cuando discutían sobre asuntos amorosos o tendencias antisociales. Su relación la suponía únicamente sexual. Se atraían en una comunión de desiguales, casi enfermiza; discutían siempre por banalidades.

Nunca me atreví a cuestionarlos sobre las llamadas relaciones destructivas. Qué importaba. Eran sólo una pareja sexual.

Las amenazas y la iracundia del alcalde nos obligaron a hacerle morder un pañuelo que fue reforzado con tira de cinta adhesiva. Una vieja casa de retiro deshabitada justo en lo más apartado del desierto, propiedad de Jorge Acosta, fue el escondite idóneo.

Saúl Millán portó el arma desde que arribamos a la abandonada hacienda. Nunca dejó de encañonarlo, le satisfacía presenciar el rictus angustioso del licenciado.

—¿Y si mejor te mueres ahora mismo, político miserable? —Lo amenazaba apretando las quijadas y con la mirada encendida.

—Estás loco, muchacho, bastante loco —chillaba exaltado.

La pistola se posó en su cabeza y el gesto amargo se volvió mueca lastimosa de un condenado a muerte. Saúl volvía al ataque cada vez que los movimientos o gemidos cobraban matices irregulares. El licenciado Rodríguez solicitaba agua. Estaba sentado en una silla en el comedor.

—Están metidos en un problema del que no saldrán vivos —fue la frase reiterada y favorita de nuestro cautivo alcalde. La dijo exaltado cuando el iracundo Saúl lo bajó del auto tirando agresivo de su chamarra deportiva. También al pasar el umbral de la vieja hacienda; cuando fue obligado a sentarse en la silla colocada en la última habitación vacía y pequeña donde había un crucifijo de madera encima de la puerta y un archivero de oficina con carpetas y hojas húmedas. “Están metidos...” cuando fue atado de manos con una cuerda. La habitación bajo llave, sin ventanas. Un par de cobijas y el político estaba relegado del mundo.

—Aquí no le harás daño al pueblo —pronuncié firme ante los ojos borrados del licenciado. Su mirada no reflejaba desprecio, sino el despunte taimado de un “ya me las pagarás”.

## XXVII

—¿Qué haces tan temprano, Pablo? —apuntó Susana mientras preparaba café y se anudaba con fuerza el afelpado ceñidor de su bata de dormir—. ¿Hay noticias sobre el alcalde?

—Susurró pretendiendo no distraer el sueño de su amante.

—No, aún no. No hay nada —respondí evasivo. Sujetaba la taza de café y se distrajo un poco observando el televisor.

—Este país ya no es seguro para nadie. Es el colmo —enfaticó a media voz gesticulando con su nariz. Sus labios rojos finos y bien trazados como por un delicado pincel expresaron un gesto de disgusto.

—Susana, son precisamente ellos los que han propiciado la inseguridad —exclamé resuelto.

—Ah, entonces a través de actos criminales es como solucionaremos las cosas —sus palabras cargadas de una explícita burla me provocaron una reacción irreflexiva.

—Por supuesto, si yo pudiera acabaría con toda esa plaga que sólo ha pauperizado al país.

—Y si yo pudiera te encerraría en un hospital psiquiátrico de por vida—. Le ofrecí una sonrisa. Asentí resignado.



## XXVII

Esa tarde gris y borrascosa de enero el licenciado Héctor Rodríguez, aspirante incontrovertible a la gubernatura del estado, estaba libre de ataduras y mordaza. Leía tranquilo la revista *Siempre*. Estas libertades eran conferidas cuando llegábamos a la vieja hacienda seguros de no haber sido seguidos por nadie. Habíamos convenido hacer periódicas revisiones, pues sabíamos que Saúl podía cometer alguna tontería. Le provisionábamos agua y alimento. Algunos libros de ética para escarnecerlo.

—Mañana me va a dar una profusa explicación de lo que es la ética—. La burla la hice con tanta formalidad que los muchachos reían jubilosos.

El aspecto del licenciado se volvía patético; su rostro se miraba desmejorado y la barba de semanas lo tornaba sombrío.

—¿Tienen noticias de mi esposa? —pronunció con un bocado de manzana.

—Claro, licenciado. Nos dijo que tenía un amante y que te fueras al diablo.

—Sólo díganle que estoy vivo, por favor. No sean así, tengo hijos. Por favor.

—En unos días más, no te preocupes, habremos de dar a conocer el rescate y si no haces algo estúpido es muy probable que regreses vivo con tu gente.

La información emitida por Byron incitó en nuestro prisionero ciertas preguntas predecibles. Cuestionó sobre el monto del rescate; el *modus operandi* para convencer a la familia; la manera de obtener el rescate y otras averiguaciones afines.

—¿Esperas que nosotros te revelemos nuestros planes? Hemos decidido que no sabrás exactamente para qué fuiste secuestrado.

El personaje encogió los hombros y lanzó algunos improperios, a los cuales no prestamos atención.

—Dinero, nada más dinero. Malditos rufianes.

La verdad es que la mujer no mostró la desmesurada angustia propia de estos casos. Se mantuvo atenta a las palabras de Byron mostrando gran aplomo en sus preguntas. Reveló que no poseían demasiados recursos pero reuniría el monto exigido. Byron no habló mucho, estaba centrado en convencer a la señora Rodríguez que su esposo no sufriría ningún daño.

La noticia del plagio se extendió como una sonda gigantesca en las especulaciones noticiosas, desde los periódicos nacionales, revistas políticas y comentaristas de radio y televisión. El plagio se revistió de inusitadas calamidades guerrilleras. Es increíble cómo el llamado cuarto poder puede convertir a su arbitrio la carencia de información en una infinita retahíla de mentiras. Aunque esto nos inquietaba, también aliviaba nuestros temores.

—Estos periodistas no tienen nada –nos daba algo de sosiego.

—Es hora de actuar. Han pasado cinco semanas y la noticia la conoce el país. Llegó la hora muchachos – Byron expulsó el humo contenido de su cigarro. Y suspiró antes de cedernos la palabra.

Saúl sabía que nuestra conjura contenía objetivos políticos, aunque a él lo único que le importaba era su parte del botín, igual a Jorge, y muy a mi pesar también a Ju-

lio, más allá de colocar en la palestra pública la rebeldía de unos jóvenes románticos que buscaban movilizar a otros en una resistencia libertaria.

Habíamos tenido comunicación con la prensa, con partidos políticos de oposición, con líderes sociales; nadie nos escuchó. A nadie le interesaron las peticiones de unos criminales. Lo que había eran preguntas y acusaciones inverosímiles de hechos que se nos imputaban uno tras otro.



## XVIII

Una pelea en el patio escolar de la preparatoria aunado a un sinfín de problemas con autoridades del plantel provocó su expulsión. Y esto dio término a su dudosa vocación de médico que sus padres le habían endilgado. Saúl dependía de ellos, era todo un vago y aunque no era un lector acucioso conocía de filosofía, de historia, de literatura clásica, y a su manera, las supuestas verdades de la Segunda Guerra Mundial. Temperamental y valiente, su calva se cubría de gotas refulgentes cuando se enojaba; sus ojos azules hundidos siempre se veían amenazantes y torvos. Hablaba sin ambages, siempre al punto.

—Ustedes pedirán para los pobres y culparán al gobierno, pero esta es mi oportunidad de obtener dinero y los pobres y la democracia no me andan quitando el sueño. Quiero mi parte y allá ustedes y sus utopías.

Había participado a iniciativa de Byron por su condición latente de malhechor; sin embargo ahora las cosas tenían un cariz distinto.



## XIX

Ustedes ahora mandan. Pueden ser escuchados, pueden escupir maldiciones a placer. Lograrán su cometido porque son el cazador jugando con la presa, pero el tiempo no es su mejor aliado. Pueden vociferar, blasfemar encima del fétido sistema intolerante e inhumano, aunque también será el tiempo su enemigo más peligroso. En cualquier momento les echan el guante y... ustedes pierden. Se acabó todo para siempre.

Escuché con atención como si mi interlocutor fuera el oráculo griego. Se trataba de Dionisio, que enteramente sobrio me hizo recobrar fuerzas que me colmaron de optimismo.

—Tienes razón. Qué importa el rescate si tenemos lo más trascendente, la atención social, los ojos puestos en nosotros —exclamé efusivo—. ¿Dónde encontrarás una vía segura para gritar tus verdades?

El anciano melencólico y sucio clavó su mirada de zorro entre mis ojos.

—¿Y cómo calmarán a Saúl?

—Con el dinero —le respondí—. De seguro se irá a otro lugar.

—Son ingenuos, no cabe duda. Saúl no permitirá que el alcalde salga vivo porque sabe que los buscará aunque estén en el infierno mismo.

—¿A quiénes identificará? ¿A Ricardo, a Saúl y a mí?

—Trío de idiotas, ¿por qué lo permitieron? —exclamó.

—Porque... —No pude continuar siendo aún más ingenuo. Preferí el silencio.

## XXX

La señora Ángeles Parra de Fernández se despojó de su abrigo gris recto, de tres botones, que acto seguido coloqué obsequioso en el perchero de la entrada. La madre de Luisa, de centellantes ojos negros y aire aristócrata, me observaba con desconfianza...”Estos son los amigos de mi hija”... intuía sus pensamientos.

Habló sobre las variaciones del clima y de las dificultades del vuelo que hubo de sortear. La señora se hundió comfortable en el sillón de la sala. Cruzó la pierna y unas botas negras de tubo grabado hacían rebotar la luz amarilla de la lámpara yuxtapuesta. Revisé con cuidado su rostro: los gruesos labios sensuales de Luisa. El arqueado de sus cejas y el exquisito gesto de su boca al sonreír.

La señora sujetaba su cabello negro sobre la parte baja de su cabeza. Su nariz era perfecta y perfilada; sus pequeñas manos como las de Luisa se posaban inquietas en su bolsa de asa larga. Era lo que había heredado a primera vista a mi querida Luisa. La señora estaba decidida a hablar con Byron pero comenzaba a impacientarse.

—Es cosa de minutos, señora —la expresión la mantuvo tranquila. Se negó a tomar algo. Ni café, ni té. De pronto hizo preguntas indiscretas.

—Yo sé que mi hija y tu amigo son amantes. Dime, joven... disculpa, ¿cómo dijiste que te llamabas? —Nunca le dije mi nombre —pensé—. Me llamo Pablo Vega —Ella bajó la voz y cuestionó.

—Oye, Pablo, ¿Ricardo es narcotraficante? —Elevó el mentón y me observaba expectante.

—Claro que no, señora. Lo conozco desde hace años. Jamás ha incursionado en tales negocios.

—¿Y su padre lo es? ¿Sabes algo?

—No señora, tampoco.

—¿Has oído algo acerca de la boda entre Ricardo y mi hija?

—No sé nada; seguramente tendrán planes, pues son novios desde hace mucho tiempo —carraspeé nervioso. Me sentí torpe al comprometer en sacramento a la mujer que tanto amaba. La señora buscó algo en su bolsa.

—Es cierto. Se van a casar este verano —la miré de soslayo y ahogué como pude mi sonrisa. Si supiera que el buen Byron posee a su hija como a un bello juguete.

Una locura rondaba en mi interior. ¿Por qué no decirle toda la verdad a la señora? Esto facilitaría los ansiados mecanismos para que Luisa me correspondiera. Es una mezquindad. Yo no traicionaría a Byron.

Extrajo una pequeña foto de Luisa cuando niña.

—¡Ah!, mi muñequita de ojos verdes. ¿Verdad que es linda?

—Por supuesto, señora, y ahora lo es más.

La música ondulaba suave por la casa como nubes pobladas de ángeles, era Bach. Recordé fugaz mi ensoñación en catedral. Luisa, amada Luisa.

—Qué bonita música, Pablo—. Era el más infame calificativo a algo que yo consideraba celestial. Este Ricardo se ha demorado.

—Dijo que vendría pronto —aseguré.

Susana y Byron aparecieron en escena jugueteando de manera procaz. La señora Parra los miró desconcertada. Byron titubeó antes del protocolo.



## XXXI

Había leído un par de horas en uno de los rincones, acondicionado ex profeso para realizar consultas espontáneas o escritos repentinos. En el lugar había una mesita de dos cajones con lápices y bolígrafos; un librero mediano con algunas enciclopedias y libros de toda laya; en la pared, dos cuadros de arte moderno.

Este Martín Edén es un lobo estepario alejado de sus semejantes y su soledad va en aumento. Lizzie, la joven obrera tiene mayor fuerza y no es una tonta como Ruth, repasaba mentalmente algo de la novela de London. Me levanté para apagar la música de Debussy que se repetía constante desde el estéreo.

Recordé el infortunado encuentro de Byron con la señora Parra de Fernández. Byron, en un desplante histriónico, asintió en casarse con Luisa aduciendo que por lo pronto algunos negocios le impedirían realizar el sacramento matrimonial, y lo postergó hasta finales de año.

Byron fue convincente y se ganó por entero la confianza de la señora. Susana, que sabía lidiar con conflictos emocionales, también alejó cualquier sensación incómoda ya que sus habilidades habían zanjado el tono drástico que aplicó la señora en un primer momento. Susana resultó ser pariente de Byron y la obsecuente señora Parra Fernández

mitigó sus dudas. Sin embargo, fue la promesa de casamiento lo que quería escuchar, todo lo demás fue palabrería falaz e hipócrita que en el fondo nadie creyó.

Me dirigí al teléfono; había llegado la hora de declarar mi amor a Luisa. No podía postergarlo más. Sabía que no era buen momento; podría malquistarme con Byron y nuestros planes rebeldes aún en ciernes. Cabía la posibilidad de que se creara una mala atmósfera de rivalidad. Mi espera radicaba más en el gozo profundo de soñarla, de desearla callado como anhelar los tesoros más preciados, y regocijarme en la promesa incierta de poseerlos. Es mejor soñar con los amoríos lejanos como hizo el *Quijote*, pero sin tenerlos. No obstante, la ansiedad me perturbaba; me había alejado abruptamente de mi novela y escribía poemas. De nuevo sumergido en fervientes declaraciones amorosas, mi mente navegaba por torrentes delirantes de poemas y ensueños.

## XXXII

A las seis estaba hecha la cita. Nos encontramos en una banca de la plazuela. Algunas parejas se fundían a capricho de su concupiscencia tumbadas en el césped sin importarles el mundo. Otras más que caminaban sin sentido a través del más romántico periplo. Un débil resplandor alumbraba el rostro de Luisa. Bastaba un tenue disparo de aquel sol para enaltecer la belleza de mi amada.

Fue un incesante parloteo sobre los vicios y virtudes de Byron. Luisa lo amaba demasiado. No pude contener mi impulso declaratorio y mientras ella hablaba de Byron, le expresé efusivo y firme una cantidad de revelaciones amorosas que la hicieron mirarme como a un fantasma. Sus enarcadas cejas y sus nítidos y asustados ojos verdes no cesaban de mirarme.

—Te amo Luisa. Te amo tanto que no pude esperar más... necesitaba decirte cuánto te amo.

Respiré hondo y aliviado. Era como un desahuciado que aleja la inminencia de la muerte. Sentí que desde aquel momento nada importaba porque había dicho las palabras más importantes de mi vida. Y todo lo venidero, incluyendo su posible rechazo, ya no tenía importancia. Guardó silencio extrañada.



## XXXIII

En media página el alcalde expresaba lacónico la necesidad de ser liberado. Expuso en términos generales su situación estable y los reclamos humanitarios de sus plagiarios. Esta misiva fue enviada furtivamente a periódicos locales y nacionales. Fue publicada y las reacciones fueron muy diversas.

Desató una aversión tendenciosa por parte de sectores políticos y religiosos que condenaban rabiosamente el crimen. Algunos nos llamaron “la guerrilla de los justos”, otros “gavilla de secuestradores”, e incluso “asesinos de políticos”.

Byron en un proceso ríspido entabló comunicación epistolar con el arzobispo del estado, el cual se negó a interceder, arguyendo que no negociaba con criminales. Respuestas similares obtuvimos de grupos humanitarios. Las respuestas negativas nos desmoronaban.

—Desgraciados... nadie nos cree —vociferó Byron—. Tomemos el rescate y nos desaparecemos; no sean necios, ya no podemos esperar más.

La petición perentoria de Saúl también empezaba a contagiar nuestros pensamientos.

—Anteayer un helicóptero de la PGR sobrevoló la hacienda, nos van a atrapar. Tenemos que terminar con esto—. Tenía razón, el tiempo nos acorralaba.

—Esto no puede conferirse ya a ningún grupo o asociación interlocutora. Debemos dar a conocer nuestra petición y liberar al alcalde.

La nota de un periódico nos enfureció sobremanera.

*“Piden miles de pesos por liberar al alcalde. Los guerrilleros han manifestado que no claudicarán hasta ver el botín en sus manos, de lo contrario el licenciado Rodríguez Campos será ejecutado”.*

—Periodistas mentirosos, amarillistas. Tenemos que frenar estas sandeces —explotó Byron colérico al percatarse de que las notas eran cada vez más tergiversadas.

Los plaguarios han lanzado un ultimátum a la esposa del alcalde “Cuarenta y ocho horas o su marido será enviado en un féretro...”

La prensa nos hostigaba inmisericorde.

—Déjenme libre, muchachos. No lograrán nada. Ustedes ya se percataron que están solos. Si me liberan yo los ayudaré en todo lo que pueda, buscaremos juntos solución a sus demandas.

—No digas tonterías, cuando estés libre nosotros estaremos muertos —fue la respuesta terminante de Saúl, que cada día se tornaba más perturbado y violento.

Optamos por una recia declaración sobre nuestras demandas, que fue publicada íntegramente en un importante periódico nacional:

*“Sólo clamamos justicia para un país que no conoce la libertad ni la esperanza. Las puertas han sido cerradas por el despotismo y la arrogancia de nuestros políticos. Ni ellos ni nosotros tenemos escapatória. Habremos de encontrarnos algún día en el umbral de nuestra historia y allí ganarán los oprimidos, los eternamente oprimidos, los hambrientos, los que han sido postrados ante las botas de una policía que aprendió a matar niños y mujeres. Algún día los hartos de progre-*

so, de gloria, los que cebados con la sangre y los deseos de los pobres viven seguramente felices confinados a su reino de abundancia.

Disfruten sus sueños postizos, beban la última gota del champagne más fino y escupan la tierra que no les pertenece. Escupan los miles de rostros y los sueños de la gente más pobre; ¿acaso importan? ¿Acaso son más valiosos que sus mascotas, que sus candelabros, que sus yates o que sus lujos aristocráticos?

Todo el odio que hemos concitado por considerarnos escoria humana ha valido la pena. Los exhortamos, caballeros, a que no haya un solo niño en la calle, ni un muchacho sin escuela, ni un anciano mendigando, que no haya desempleo; nunca más hombres y mujeres de deshecho en nuestro país. Por nuestra parte, pueden enjuiciarnos o asesinarlos, pero esto no trastoca la verdad”.

Miércoles 2 de febrero.  
México, D.F.



## XXXIV

Las distintas reacciones sobre nuestra publicación tensaron el ambiente con feroces críticas y también manifestaciones solidarias. Esta situación maniquea nos aturdió en grandes confusiones, éramos salvajes y peligrosos anarquistas o valerosos tipos que arriesgaban la vida por encomiables propósitos. Un conocido escritor español publicó en un periódico de la ciudad de México una valiente carta donde elogiaba el valor social de nuestras pretensiones, y también nos conminaba a liberar al político, aduciendo que la protesta ya tenía la dimensión necesaria para acaparar la crítica masiva a nivel nacional.

La complejidad de los temas políticos en nuestro entorno alcanzaban las más altas cimas de la confusión y el descontrol de las opiniones públicas como en ningún otro lugar civilizado. En México la política era un patético foro que sobrepasaba los límites de la cordura. Encontrarse entre los vendavales siniestros de la política equivalía a tratar de desentrañar enigmas interminables. La tarea de entender al país era potencialmente imposible. Recordé algo que escribió Carlos Fuentes: “Tantos milenios de lucha y sufrimiento y rechazo de la opresión, tantos siglos de invencible derrota, México surgido una y otra vez de sus propias cenizas”.

zas ¿hasta cuándo? ¿Cuál será el plazo de nuestra siguiente esperanza, cuál la intensidad de nuestro próximo deseo?”

La desconfianza sistemática del pueblo mexicano radicaba en los descarados abusos y la corrupción en que estaba inmerso. La gente no aceptaba más redentores; la llamada demagogia había triturado en sus fauces las esperanzas más vívidas como un monstruo apocalíptico y nos había transformado en una colectividad marrullera donde la máxima “sálvese quien pueda” había descompuesto su tono sobrecogedor por ciertos dilemas que se deben enfrentar cotidianamente, como “el que no tranza no avanza.” Y ahora el estado afirmaba su condición *hobbessiana* en lo más bajo de su condición abyecta. ¿Seríamos ya los mexicanos el *homo homini lupus*?

De pronto nos hallábamos en un desconcertante limbo, atrapados en una condena virtual muy extraña. Fuimos el blanco favorito de la prensa que nos sacudía y desgarraba; nos olfateaba para marcar sus frentes de ataque; nos lamía con su lengua viperina.

—No puedo dar información para no entorpecer nuestras indagatorias —fue la breve declaración del procurador.

Finalmente el gobernador del estado salió de su mutismo y proclamó siempre con voz trémula, confirmando con ello su aguda preocupación sobre la vida del plagiado, diversas sentencias banales sobre la delincuencia y la inseguridad pública.

—Habremos de rescatar al señor alcalde —aseguraba persuasivo y autoritario, profiriendo su compromiso solidario con la familia de Rodríguez Campos—. Tengan la seguridad de que actuamos con extrema cautela respetando la decisión de la señora Rodríguez porque nuestra prioridad es la salvaguarda del alcalde —fue la expresión lacónica del gobernador ante las cámaras de televisión ávidas de respuestas. Sin embargo la confusión se acrecentaba.

—Señor gobernador, ¿habrá usted de transigir a las demandas de los plagiarios?

—¿Considera usted que estos delincuentes son criminales de estado?

—¿Las demandas son de carácter humanitario? ¿Ha sabido usted de algún tipo de solicitud millonaria a espaldas de los medios masivos?

—¿Es alguna maniobra política para desestabilizar a su gobierno? Los criminales se encubren en demandas sociales para desviar sus verdaderos propósitos—. Las preguntas de los periodistas como cañonazos minaban nuestro territorio cada vez menos neutral y cargado de especulaciones.



## XXXV

«Sabemos que nuestros reclamos no solucionarán en mucho los tantos problemas que usted, señor gobernador, y su séquito han producido entre los más pobres de los pobres. Pero no tenemos otra vía para resarcir un poco a los tantos niños, mujeres y ancianos; en suma, a todos los que la infame rapiña ha colocado en el último peldaño de las sombras, allí donde el rostro de la muerte se confunde con los rostros dolientes de niños enfermos y hambrientos.

Nosotros no los sacaremos del abismo, pero exigimos cien mil pesos para que sólo una vez en su vida conozcan techo y alimento. Señor gobernador, señores políticos, que quede claro por última vez: el dinero les sobra en la administración. El alcalde está a salvo y estará libre tan pronto accedan a nuestra exigencia. Ustedes sabrán aquietar las turbulencias posteriores, siempre lo hacen, y continuarán adorando sus becerros de oro. Por nuestra parte, sabemos que hemos cruzado una línea sin retorno por un sueño afiebrado, mas nos invade la gratificante vehemencia de nuestra rebeldía juvenil.»

Jueves 13 de marzo

Había redactado la misiva y se encontraba en manos de la esposa del alcalde. El desencanto de Byron ante la situación nos contagiaba de temor y desconcierto. Él estaba convencido de que todo había terminado. Tenemos que liberar al

alcalde, la policía nos pisa los talones. Literalmente le supliqué que me concediera una semana más.

—¿Para qué? —preguntó enfadado—. Vamos a acabar siendo un grupo de criminales oligofrénicos que no lograron nada más que escarnecerse y ser el hazmerreír de todos. Ya, Pablo, mandemos todo al demonio —gritó furioso.

—Ustedes me metieron en esto y yo voy a cobrar mi rescate —gruñó Saúl y un silencio estrujante invadió el lugar. Luego sugirió:

—Por mí pueden irse. Sálvense ahora, que yo me encargo de todo—. La moción de Saúl nos sacudió como un estallido de pólvora. Y las preguntas se arremolinaban como una madeja inescrutable de miedos, temeridad suicida e incluso de asesinato si así conseguíamos algo en firme. Por fortuna Julio Sánchez se antepuso enérgico y en un lance que nos impresionó a todos logró atemperar la vorágine. Pleno de convicción innegable de líder planteó lo siguiente:

—Las cosas no salieron bien, por consiguiente tenemos que tener la cabeza fría, si no, estaremos perdidos. Han pasado semanas desde que raptamos al alcalde y la opinión pública está confusa. Es natural, ¿cuántas veces han sido engañados? Pondremos un ultimátum a la esposa, que ella pague los cien mil pesos y los repartimos por igual. En lo que respecta a Saúl, tiene derecho a su parte, todos nos hemos arriesgado; ahora todos somos peligrosos criminales. Además, cincuenta millones de pesos es mucho dinero, lo repartimos en partes iguales—. Las miradas convergieron unánimes e inquisidoras ante Saúl que jugueteaba con el arma de manera irresponsable.

—Está bien—, escuchamos del Nazi, que dibujó una mueca de aprobación en su rostro.

—Yo sé que originalmente nuestro deseo no era esto, pero ya no hay opciones. Nada salió como se esperaba. Repartamos el dinero y escapemos.

—Estoy de acuerdo —dije resignado.

## XXXVI

Susana había enredado ingeniosamente a Byron a un yugo sinexorable. Sólo ella pudo otear fría e inteligente la embrollada alma del casanova. Los veía juntos siempre. Estaba enamorado o la mujer lo había enganchado tan bien, que Byron se miraba diferente. Le enviaba claveles rojos cada fin de semana; sus pupilas ardían de pasión junto a ella. Se volvió candoroso y melancólico; la alegría del amor lo hacía reír con una devoción que me hacía reflexionar sobre el curso de las cosas.

Luisa estaba destrozada y yo rehusaba ser su confidente incondicional. Fueron muchas las llamadas que hizo buscándolo; no podía encubrirlo pero ante las circunstancias sostuve un cálido encuentro con ella. Ante su negativa comprensible de evitar la casa de Byron, nos encontramos de nuevo en la plazuela cercana; la misma banca, la misma hora. El viento agitaba su cabello suelto y frondoso que se arremolinaba en su frente como una corona de oro, ciertamente sus grandes ojos verdes estaban apagados, tristes.

Cuando le hice algunas revelaciones sobre Byron ante sus peticiones insistentes, una lágrima corrió por su nariz y se detuvo en el borde encarnado y suave de su boca. Su rostro ruborizado semejaba una muñeca de porcelana. No obstante, ¿quién soy yo para atemperar su daño y sufrimiento?

—Dime, Luisa, ¿qué puedo hacer por ti? No soporto tu llanto, tu dolor. Dímelo, que yo haría lo que fuera por no verte así. Me interrumpió, seguramente intuía el desenlace de mis palabras.

—Entonces dime qué es lo que se traen entre manos. ¿Qué hicieron? Dímelo tú, Pablo.

—Nada, te juro que nada. ¿Por qué preguntas?

—Eres igual de mentiroso que Ricardo.

Me sentí humillado aunque me contuve. Simplemente dije frases sin sentido.

## XXXVII

El licenciado Rodríguez con el cabello crecido, visiblemente delgado, enfundado en una enorme playera negra, participaba en un improvisado juego de destrezas literarias identificando personajes y autores de libros. Byron había iniciado el pasatiempo merced a los personajes de *La divina comedia*. El político, revelaba su poca bibliofilia.

Nuestro prisionero, adherido a nosotros como suelen hacerlo ante sus secuestradores. Entendía nuestra rebeldía y algunas veces externó alguna disposición solidaria y hablaba de que otrora fue rebelde y crítico del sistema como parte de sus mocedades. Nos daba pistas y soluciones para obtener el dinero y quedar en libertad, aunque lo incomodaba Saúl y su vehemencia hostil.

—Cuando era muchacho como ustedes también quería cambiar el mundo, este mundo pragmático y rentable que me asfixiaba. ¿Saben? Una vez formé parte de un grupo sedicioso pero éramos *hippies* pacifistas, no hacíamos más que fumar marihuana y hacer pintas en las paredes de los edificios.

—Y terminaste siendo parte de ellos —la interrupción grotesca de Saúl encendió su monólogo incisivo.

—Todos somos rebeldes cuando jóvenes, muchacho. El tiempo comprime tu rebeldía cuando te haces viejo y entonces tu lucha tiene otros cauces. Ya lo entenderás algún día.

—Sí, todos nos volvemos ladrones —farfulló Saúl, sarcástico.

—¿Por qué transforma el poder a las personas, licenciado? —pregunté con cierta timidez—. ¿Por qué el gobierno se transforma en una entidad supra humana y devora como bestia, todas las ilusiones y sueños de un país inerme como el nuestro? El gobierno se atribuye funciones omnipotentes que terminan sometiendo a todo ser a la esclavitud.

—Los grandes teóricos de la política enseñaron que el gobierno es la institución salvaguarda de los sueños, los derechos, las garantías y hasta la felicidad.

—¿Tendremos que regresar al estado prístino, a esa condición de libertad original? ¿O acaso debemos abolir toda forma de gobierno atendiendo los preceptos anarquistas? —señalé en tono circunspecto—. Pienso que los gobiernos del mundo han rebasado la frontera del poder y han sometido a la humanidad a un deplorable derrotero de vasallaje.

—Pablo, no tengo la respuesta. Todos los gobiernos mienten y se ha establecido una patética dicotomía pueblo-gobierno y a nosotros sólo nos queda obedecer; todos obedecemos, nadie se escapa a esa realidad nos guste o no. Pero debes encontrar el bienestar en esa inevitable estructura infranqueable cuyo poder está muy lejos de nosotros. Sólo debemos obedecer, no hay más —el licenciado recalcó la frase con una fría mueca de resignación. Mí contra argumento fue inmediato:

—¿Y qué me dice de los que no obedecieron, de los inconformes? Imagine el mundo sin los grandes hombres que cambiaron la historia, eran locos, inadaptados, iluminados y no obedecieron.

No contestó; caminó en círculos por la habitación.

—El mundo es de los que se atreven a ser libres y sólo a ellos les pertenece el fuego de Prometeo, a los que no

les satisface la rastrera. Hay que volar, tener alas —incredpo Byron que bebía cerveza desde la otra habitación.

El licenciado se apoyó con sus manos en la pared; flexionó sus brazos simulando un ejercicio de fuerza para sus bíceps y antebrazos. Se apoyaba en las puntas de sus pies. Solía ejercitarse con regularidad: flexiones, abdominales, golpes al aire como un grotesco púgil sin coordinación. Hizo quince o veinte flexiones y respondió a Byron sumiendo el vientre en una extraña gimnasia respiratoria. En la reproductora de audio empleada para grabar los mensajes del presidente inserté una cinta que reprodujo a Ravel. El fascinante bolero nos envolvía en un deleitoso marco de sosegada facundia.

—¡Ah!, muchacho, tienes razón, aunque es sólo para algunos elegidos. La humanidad cuando pierde el rumbo se acoge a las enseñanzas de esos gigantes de espíritu, pero no olvides que somos nosotros los que tenemos que matarlos, condenarlos, proscribirlos, porque son una amenaza, nunca la humanidad los comprenderá en vida, sólo la muerte los cubre de gloria. ¿Me entiendes, Pablo? Siempre habrá hombres como los que tú veneras, pues su obra trasciende después de que hayan sido sacrificados. Mientras tanto, una caterva de mediocres como yo nos encargamos de la tarea más fácil: conservar el *statu quo*.

Byron parecía asentir con los ojos entornados. Saúl entusiasmado se acercó al presidente y le espetó sin ambages:

—Por lo tanto, eres un mediocre, un acomodaticio que no será recordado por nadie, excepto quizá por tus fechorías—. *El bolero de Ravel* matizaba su última secuencia de hermoso arrebato.

El señor Rodríguez restregó sus ojos con el índice y el pulgar. Parecía molesto.

—Saúl, vamos a dejar en claro algo, si tu temperamento brutal lo permite—. Saúl un poco confundido se dispuso a escuchar.

—Mira, Saúl —parecía que hablaba con un demente—, jóvenes como tú, impetuosos y salvajes sólo sirven para los deportes rudos o para ocupar los divanes de los psiquiatras. Creo que estarías mejor dentro de una jaula de gorilas.

Saúl reaccionó de inmediato y lanzó un puñetazo al rostro del licenciado. Tuvimos que calmarlo. Byron le susurró en secreto a Saúl algo que lo controló totalmente.

—Ya lo ves, Saúl, ¿acaso no tengo razón? —dijo el alcalde ufano—. Quieren cambiar el mundo, y sólo son muchachitos de buena posición que ahora son criminales de estado. En verdad son patéticos.

—Basta ya —grité—. ¿Por qué habla así? Usted y sus iguales son quienes deberían estar en una jaula.

## XXXVIII

Byron con el cabello graso, crecido y con una descuidada barba rojiza, se quejaba a través de una sarta de maldiciones por la pesadez en su cabeza y del hervor intermitente de su estómago. Tenía demasiada molestia en su nariz a punto de reventar ardiente y púrpura.

—Tengo un tremendo malestar, un dolor de cabeza insufrible —decía malhumorado y enfermo.

—¿Dónde estuviste?

—Susana me presentó unas lindas amigas y me llevó a una fiesta. Ahí pasamos toda la noche; había licor y drogas para complacer a un regimiento—. Se arremolinaba en su inmensa cama lanzando gritos aciagos. Cuando sus dolencias menguaban vociferaba cínicamente.

—¡Ay, Susana, mi adorable Susana, te voy a comer viva cuando te vea. Susana, si me lo pidieras me casaría contigo—. Pablito, ¿qué me ocurre con ella?

—No lo sé, Ricardo. Quizá ya te enamoraste. Te atraparon. Mira, Byron, tengo que tratar un par de asuntos contigo.

—Ahora no tengo ganas de hablar, Pablo. Entiende.

—Es muy importante —repuse—. Hablé con la esposa del alcalde, dijo que entregaría lo solicitado —acerqué

a la cama un vaso con agua-. Antes de que te duermas quiero tratar el otro asunto; se trata de Luisa. Debo compartirtte algunas confidencias.

Abrió los ojos y amacizó la quijada en una gesticulación caricaturesca.

—Ah, mi bella Luisa, la he tenido muy abandonada.

—En efecto –acentué cada palabra para mostrar aplomo y desaprobación-. Eres un embustero y cobarde. ¿Por qué la enamoraste y ahora no te importa? Si al menos hubieras tenido la decencia de decírselo –hice una pausa. Byron con semblante agónico emitía rugidos estomacales que amenazaban un inminente vómito-. No fue así. –Gruñó un poco y su respiración agitada empezó a normalizarse.

—Si vomitas te sentirás mejor.

—Sigue con tu cantilena de celestino.

—Byron, Luisa está enamorada de ti. Además, te comprometiste con ella ante su madre. Byron, no seas canalla, dile que ya no la quieres; eso es todo. Ella tendrá que asumirlo.

—Estás interesado en ella, ¿verdad? Es la primera mujer por la cual intercedes como un santurrón.

—Sí, así es, y ya le manifesté mi sentir sin cortapisas. Desde hace tiempo la amo con toda mi alma. No pienses mal, eso sucedió cuando la dejaste por Susana.

Byron se echó a reír revelando aún los achaques de su demoledora juerga. Después con alguna irritación elevó la voz indignado.

—No tenías mi aprobación, Pablo. Aprovechaste las circunstancias para traicionarme.

—Pero no te interesó, la dejaste –contesté airado.

—Me interesa porque aún la quiero. Ella también me quiere y no me dejaría por ti, no seas iluso –la excitación lo puso tembloroso y con aspecto sepulcral.

—Está bien, Byron. Como siempre, tu soberbia se antepone a la razón. Relájate, no pasará nada. Ella no siente nada por mí.

—Entonces vete, déjame dormir—. Cerré la puerta, pensaba en lo predecible de la malhadada conversación. Byron nunca cambiaría. Estaba arrepentido de mis explicaciones. Aunque quise obrar con honestidad, parecía que había dejado las cosas de cabeza.



## XXXIX

El cono de luz iluminaba certero unas hermosas líneas de Quevedo. Las cenizas del día cubrían las ventanas como telones cada vez más oscuros. Ignoraba el tiempo transcurrido; de repente me sobresaltó el timbre melodioso. Me enredé en una bata de baño de Byron y abrí la puerta. La sorpresa me sacudió completo. Era el viejo Dionisio y a su lado la hermosa Luisa. El asombro me hizo titubear.

—¿Qué hacen juntos? ¿Acaso se conocen? ¿Pero cómo?... —Lancé las preguntas y un caudal de dudas me sobresaltaron.

Luisa llevaba un sencillo vestido largo y suelto; observé sus pies descalzos. Su mirada perdida era triste y profunda. Los mismos ojos tristes que tenía en aquella plazuela. Dionisio reía burlón.

—¿Qué tienes Luisa? ¿Qué te pasa? Entra. —Su semblante pálido, contrito, me asustó—. ¿Qué tienes? —insistí.

—Ella no te va a contestar, no seas tonto—. La severidad de Dionisio me desconcertó.

—¿Por qué? —cuestioné con gritos desaforados y arremetí contra Dionisio—. ¿Le hiciste algo, maldito miserable?

—Cálmate, yo no le he hecho nada, pero tú sí, muchachito—. La tomé de la mano con dulzura y la introduje a la casa.

—Luisa, ¿qué te pasa? Contéstame.

No supe cómo mas Dionisio se hallaba sentado en la sala bebiendo su botella de alcohol. Oteaba fijamente alrededor de la casa como tratando de encontrar algo.

—¡Ah!, niñitos ricos que viven así y sin embargo critican a la clase política.

—Cállate—. No tenía ninguna intención de discutir. Luisa lloraba con una congoja indescriptible. Acaricié sus manos, su dolor me asustaba.

—¿Qué tienes, Luisa? —pronuncié con voz quebradiza.

—Te digo que no ha venido a hablar, viene a despedirse.

—¿Qué estás diciendo? ¿De dónde vienen? ¿Qué es eso de despedirse? ¿De qué hablas?

Enjugué las lágrimas de Luisa; su rostro palidecía y unos círculos grises aparecieron bajo sus ojos verdes que aún perdidos y vacíos matizaban una mórbida apariencia en su mitigada belleza.

—Háblame, Luisa, por Dios—. No contuve mi angustia y me postré ante ella llorando sigiloso. Mis lágrimas mojaron sus pies desnudos. Colocó su mano en mi cabeza con ternura, lo cual me reconfortó. —¿Por qué Luisa, por qué?— Mis palabras se mezclaron con mis sollozos incontenibles.

Estaba de rodillas ante ella. Sentí el peso de un caminar lento muy cercano; erguí mi cabeza y asustado descubrí la figura imponente y amenazadora de mi padre. Su camisa de trabajo, sus botas vaqueras, sería el efecto de la posición pero su figura portentosa lo hacía verse agigantado. Me miró con la misma rabia que recuerdo y de pronto vociferó iracundo:

—Muchacho bueno para nada, ahora eres un criminal y pronto serás un asesino. Yo no soy tu padre, me avergüenzo de ti. Y por todo el daño que le hiciste a tu madre y a mí, te doy por muerto ahora mismo.

Su voz atronó en toda la casa. Caí al suelo, no podía hablar sólo lloraba; quería pedirle perdón pero estaba deshecho. Escuché gritos y lamentos estrujantes. Los identifiqué... eran de mi madre.

—No hagas caso. Cada hombre tiene marcado su destino. Anda, no llores, levántate y regocíjate en tus ideales. No estés dando esa miserable exhibición de fracasado, mucho menos delante de Luisa. Anda, ella te espera.

Era la voz inconfundible de Dionisio. Estábamos solos. Logré incorporarme, sin embargo Luisa no estaba. Entonces grité enloquecido ¡Luisa!... Dionisio había permanecido en su lugar; tranquilo, seguía bebiendo de su botella.

—Cálmate ya. Ella te espera. Recuerda que vino a despedirse. Eres tan escandaloso y patético como una plañidera.

Corrí por toda la casa. Revisé las habitaciones una tras otra y ella no estaba. Regresé jadeante con Dionisio.

—¿Dónde está? —pregunté exaltado.

—La última vez estaba en una celda. No lo sé, tal vez se cansó de esperarte.

—No, no me salgas con eso. Dime dónde está, tú lo sabes.

—Te digo la verdad—. De pronto escuché su voz.

—Pablo, ven. Aquí estoy.

Seguí su voz atraído como en un espléndido hechizo. La encontré en el patio sentada sobre el césped en medio de grandes macizos floreados, en su cuerpo rielaba la luz de la luna, volviéndola majestuosa como una escultura griega. Me acerqué despacio.

Siseó un poco y me señaló el cielo diáfano, portentoso. Mira, me está aguardando; sólo vine a decirte adiós porque fuiste el hombre que en verdad me amó. Acaricié su cabello; besé su frente blanquísima. Era como beber de un manantial de luz. Besé sus labios; estaba absorto, no podía creer que besaba sus labios rojos y ardientes. Ella colocó

sus cálidas manos en mi espalda y una sensación de supremo placer recorrió mi cuerpo.

—Te amo Luisa—. Ella emitió un delicado chasquido con su lengua. Una profunda ternura me sacudía el cuerpo como las olas de un mar sosegado. La firmeza de su piel temblaba con mis besos. Acarició mi rostro y con su índice colocó en la punta de su lengua algunas lágrimas de mis ojos.

—¿Por qué lloras?

—No lo sé, pero presiento algo malo —balbuceé.

—No llores, sólo deseo que nunca me olvides porque siempre seré tuya. Prométeme que siempre estaremos juntos, pase lo que pase—. Mis fuerzas menguaron y caí sobre su pecho suplicando que no me dejara.

—Nunca te dejaré. Estaré contigo siempre.

—Siempre te amaré.

Acariciaba su rostro, su cabello, sus manos; seguí con mis dedos los bordes de sus labios. Me detuve en sus cejas perfectas, besé su frente y la abracé fuerte tratando de entrar en su sangre, en su cuerpo, en su alma. Así permanecí abrazado a ella como un náufrago a su madero de salvación. Un vendaval de pétalos blancos nos cubrió como si la luna se deshojara complaciente.

Quise besar sus labios una vez más, pero las flores y el cúmulo de pétalos formaban el contorno de su cuerpo que buscaba amoroso, pero los pétalos entre mis manos me dieron la certeza de que Luisa ya no estaba. Entonces, apareció Dionisio, traía entre sus manos un bulto de hojas maltrechas.

—Ya ordené las páginas, aquí está tu novela; corrige e imprímele tu estilo. Pero por Dios, ya deja de querer reinventar el mundo. Además, no has hecho nada bien, ni siquiera consolar a una jovencita.

## XL

Hallé a Dionisio en la puerta de la catedral pidiendo limosna a los fieles que acudían a misa. Estaba sentado y cubierto por un grueso hule transparente a guisa de improvisado poncho deplorable. La buena gente colocaba monedas en su mano en un acto de misericordia o complicidad hacía su adicción incurable.

Con una sórdida mueca, el anciano intentaba evadirme mascullando improperios. Mi aparición entorpecía su faena. Tuve que acceder a su explícito mandato. El flujo de personas había concluido y de nuevo ocupé un sitio cercano para encolerizarlo con mi retahíla de preguntas.

—Yo qué sé de tus malditos sueños —refunfuñó.

—¿Por qué soy culpable? Eso me dijiste en el sueño. ¿Por qué Luisa se desapareció? ¿Por qué me dijo que era una despedida? ¿Qué significa todo eso?

—Yo qué sé —exclamó molesto.

—No me evadas, Dionisio.

—Olvida el sueño. Lo peor o lo mejor aún está por iniciar —pronunció de pronto.

—¿A qué te refieres? Por favor, dímelo. ¿Qué va a pasar? —pregunté asustado—. Dime, ¿me voy a morir?

Sus carcajadas me parecían horribles.

—No... no seas perverso, por favor. Tienes miedo, ¿verdad? —preguntó.

—Por supuesto que sí.

—Sí te vas a morir, pero el dolor que vivirás será peor que tu muerte—. Me dejó sin habla.

—Eso querías, ¿no? No te preocupes, a todos nos va a tocar.

—¿Luisa se va a morir?

—Claro, todos vamos a morir algún día.

—No me refiero a eso, tú sabes lo que quiero decir. Tú lo sabes. ¿Se va a morir? —la pregunta me enloquecía—. Por favor dime que ella no se va a morir.

—Ah, qué muchacho. Ya te dije que todos nos vamos a morir.

—Dime que no se va a morir.

—Depende de ti.

—¿Cómo, qué debo hacer? Dímelo.

—Es tu novela. Ya la tienes, reescríbela, pero hazlo bien esta vez.

—¿De qué hablas? ¿Cuál novela? No entiendo.

—Ya cálmate y déjame tranquilo.

Suspiré hondo. Aunque la respuesta no me satisfizo, me aferré a ella. Caminé pensativo. Me había alejado un pequeño tramo cuando escuché su voz socarrona.

—Ella te pidió un último deseo. ¿Se lo cumplirás, amiguito?—. Di media vuelta y pregunté contundente:

—¿Cuál deseo?

—Eso de estar siempre juntos. Yo qué sé. En verdad eres tonto —pronunció molesto.

## XLI

**L**a grabadora telefónica incansable, el mismo mensaje.

—¿Dónde estás? Mañana a las diez de la noche es la fiesta.

Comprendí a través de los mensajes, que Byron iniciaba formalmente el último capítulo de nuestro plagio y era su insistencia repentina la que me despertó ciertas suspicacias. Las últimas semanas había soslayado el asunto, merced a sus amoríos con Susana. Llegué a pensar que tendríamos que prescindir de Byron en virtud a lo complejo del caso. Teníamos que liberar al presidente cuanto antes. Me preguntaba si Susana sabía de todo esto; asumía que sí, era demasiado astuta para no saberlo.

Debido a las desafiantes palabras del procurador de justicia que, alardeando sobre la contundencia de sus pesquisas, decía poseer nuevas líneas de investigación que trazaban sobre nosotros un cerco indisoluble, supimos que no teníamos escapatoria.

—Sabemos que son entre cuatro o cinco criminales; todos jóvenes en complicidad con dos jovencitas; todos de familias acomodadas. Este acto criminal fue planeado para obtener un jugoso rescate. Sus declaraciones humanitarias son una estratagema para desviar la atención.

El procurador confirmó que nosotros, los temibles secuestradores, caeríamos de un momento a otro. Sus afirmaciones fueron expuestas por televisión y el temor a ser aprendidos se acrecentaba. Me sentía acorralado y sólo acertaba a pensar en liberar al licenciado Héctor Rodríguez.

## XLII

Encontrar la casa del sacerdote me llevó demasiado tiempo. Reconocí el auto de Byron. Era el número 691 de una modesta vivienda enfilada entre otras semejantes en una callejuela estrecha y oscura. Era una colonia pobre, sin más atractivo que un cielo azul abierto y magnánimo para los residentes de esa alejada zona. Una puerta desvencijada y una ventana asegurada con un enrejado grotesco daban una desagradable fachada a la vivienda del padre Juan Castro. Creo que ha sido la historia del clero la que me ha hecho creer siempre en el boato y los grandes lujos de los sacerdotes católicos.

Aquí esa historia desafiaba la generalidad del caso. Golpeé la puerta un par de veces, el ruido se propaló por la callejuela umbrosa. Una voz débil y con dejos de pereza solicitó me identificara. Al mencionar mi nombre escuché el ruido chillante de la chapa que se abría con lentitud.

—Tengo mucho gusto en conocerte, Pablo.

—Pasa, estás en tu casa—. En respuesta a su cortesía sonreí agradecido.

—El gusto es para mí, padre. Le ofrezco una disculpa por mi demora.

—Vamos, Pablo—. Me condujo entre penumbras.

Me hallaba frente a un hombre joven de aspecto tranquilo, confiable. Aprecié sus ojos oscuros y pequeños; miraba de frente con generosidad. Su rostro moreno se agrisaba por su barba. Caminamos entre algunos muebles y objetos sacros; al fondo se percibía una luz fuerte que nos guio en el último trayecto. Escuché las voces de Byron y de Julio. El padre Juan se desplazaba seguro y yo lo seguía no exento de titubeos y ligeras colisiones con el desordenado mobiliario. La luz eléctrica nos cubría enteros, así que pude observarlo mejor: era un hombre joven de estructura firme y espigada.

Los muchachos guardaron silencio. No me agradó el aire de inquietud que reflejaban. Había una silla disponible. Byron bebía café en una taza enorme de peltre, mientras Julio tamborileaba con sus dedos sobre la mesa. La cocina del padre Juan, pequeña y humilde, se convertía en el clandestino lugar de nuestras operaciones. El padre trató de romper la fría tesitura del encuentro.

—Debemos tener fe, muchachos. ¿Creen que si la policía supiera algo no habría procedido en consecuencia?

La medida y calidez de sus palabras aligeraban nuestras tensiones. Julio, con sus ojillos pueriles lanzó algunas diatribas contra el sistema político y su eficacia extraordinaria para generar corrupción y miseria. Byron lo interrumpió con descaro agitando sus manos con violencia sobre la pequeña mesa cubierta por un mantel de plástico con cuadros rojiblancos.

—Ya, vamos al punto. No te desvíes.

La premura de Byron era ostensible. Debíamos encontrar las vías de resolución. El padre Juan terció benévolo.

—La señora Rodríguez aceptó pagar lo solicitado. Ustedes sabrán al detalle lo que haré con los dineros. No lo regalaré a los pobres sino que aprenderemos oficios, aprenderemos a no mendigar. Lo invertiremos en educación y generaremos nuestros recursos.

—Sí, padre, eso ya está resuelto, por eso estamos con usted. Vayamos a lo siguiente. Perdón, padre.

El padre Juan, amigo de la familia de Julio, accedió a destinar el resto del rescate en lo que Ricardo y yo habíamos concertado. Jorge, dijo sin rodeos:

—Todo esto salió mal y el dueño de la hacienda soy yo; sobre mí caerá toda la responsabilidad. Necesito más dinero—. Intenté calmar a Jorge, que estaba más sobresaltado, cuando Saúl profirió la misma demanda:

—Yo he estado mucho tiempo arriesgándome con el alcalde, en esa miserable hacienda inhabitable, mientras ustedes, ¿qué hicieron?

—Está bien, alcanza para todos, no se preocupen, pero tenemos que resolver lo de la entrega. —Logré convencerlos—. El problema que no hemos resuelto está en cómo recibiremos dicho rescate—. Las opciones iban y venían. La verdad es que nadie aceptaba encontrarse en un sitio específico para recoger el rescate.

—Yo lo haré —el sacerdote aceptó temerario—. Dios está conmigo. Además, nadie mataría a un sacerdote—. De pronto se abrió la pesadez de un silencio prolongado.

—Estoy de acuerdo—. Ricardo esbozó una sonrisa forzada. Su anuencia fue matizada por una serie de gestos que anunciaban una difícil situación. —No podemos exponer al padre a una jugarreta; tenemos que amenazar con matar al alcalde y ser convincentes en ello; debemos atemorizar a la señora, convencerla de que su esposo va a morir si no entrega el rescate con nuestras condiciones —añadió Byron.

—Creo que no hay otra opción —respondí al instante.

Julio asintió con la cabeza. El padre se mantenía impávido; dejaba ver sus dientes mientras frotaba su barbillas azuladas.

—¿Qué dice usted, padre Juan? —Byron lo sacó de sus pensamientos.

—No me gusta nada eso de amenazar, pero creo que no hay más opciones.

El padre comprendía que sólo una violenta coerción podía salvarnos. Nuestras demandas se hallaban en un terreno de negociación inocua. La resolución le imprimiría al proceso un frente novedoso y violento, pues debíamos asumir de manera impostergable una verdadera condición de temeridad. El tiempo nos acechaba terrible como una fiera a punto de devorarnos.

—¿Quién hará la llamada y dónde será la entrega del rescate? —Esta vez Julio enunció el par de preguntas de una manera contundente. La respuesta fue inmediata, no había la menor duda, Saúl Millán con su estilo brutal tendría la encomienda.

—Pediremos que la Señora de Rodríguez acuda con el pago a un lugar fuera de la ciudad. Nosotros estaremos en un sitio oculto desde otro auto para supervisar la situación y percatarnos a tiempo de alguna celada—. Byron resolvió el segundo problema mientras mordisqueaba su pulgar de modo inconsciente. El padre Juan reiteró la propuesta.

—No, —intervino Saúl—. Yo recibiré el rescate. Ya nos ayudará el padre en hablar con la prensa. Será nuestro vocero, dirá que sólo escuchó nuestras demandas por teléfono y que cuenta lo que ustedes le digan.

—Sí, entonces que lo haga Saúl. Él es el indicado—. Nadie objetó la moción.

## XLIV

Esa noche templada, mis pensamientos discurrían uno tras otro como una cascada incontrolable. Mi angustia, mi ansiedad parecían la superficie única donde podía desplazarme lleno de temor en este laberinto insondable de donde ya no había salida. Me levanté de la cama, la casa de Byron estaba oscura. No percibía mis manos, me conduje por instinto; atisbé una delgada y larga raya de luz entre las dos cortinas de la ventana, que mal cerradas dejaban entrever una cicatriz luminosa que me atrajo inquietante. Abrí un poco las gruesas cortinas que se posaban en la alfombra, me encontré con un cielo impecablemente azul. Algunas estrellas parecían vanagloriarse de su elevada estirpe, lejanas y cómplices silenciosas de los más grandes secretos que guardaba celosamente el cosmos.

Si en el infinito se hallaban todas las respuestas que el ser humano había buscado afanoso, entonces la condición humana era más absurda e innecesaria que la existencia de una estrella. Mis íntimas reflexiones avivaban más la angustia que atravesaba mi cuerpo como un ejército de bichos voraces que carcomían mis entrañas a placer.

El cielo se privó de su tono magnífico hasta alcanzar una magnitud de hechizo; no comprendía ese negruzco clámide que lo cubría como si alguna mitología celeste cru-

zara sobre mi vista sin percatarme. Estaba ausente, perdido en la oscuridad de un cielo marchito y lúgubre que devoraba sin piedad a sus propias criaturas brillantes. Este era el juego de Dios y en acto de aversión hacia la vida y con el pensamiento desordenado me maldije a mí mismo, me sentía enfermo, insignificante y débil.

¿Para qué existe todo? Pensé en la muerte como algo que me embelesaba. Quisiera morir en este momento, Oh, Dios mío... supliqué lleno de temor. El llanto ablandó mi cuerpo pero alivió un poco mi ánimo.

Una mano en mi hombro me cimbró como una descarga electrizante.

—Cálmate. ¿Qué tienes?

—No lo sé... creo que tengo fiebre o algo así.

—Te ves mal —. Byron seguramente había escuchado mi llanto—. Tienes miedo, ¿verdad?

—Asentí—. Sus ojos fijos me examinaron inquisitivos.

—No tienes miedo de morir sino a la vida. —Parecía que leía mis ideas— Te entiendo, Pablo. —Incliné mi cabeza, me avergonzaba del llanto derramado—, pero no tenemos alternativa. Morirse es aún más necio que vivir. Además, tú no eres responsable de tu espíritu insaciable. No permitas que te avasalle, contrólate. Encuentra las piezas de tu alma deshecha y despliega tus alas sobre este mundo sin sentido, juega a ser Dios. Elévate hasta lo más alto de la realidad y la contemplarás pequeña y vana, entonces podrás divertirte como lo hacen los elegidos, sólo a ellos les está permitido el fuego secreto.

Más que sus palabras, su intención solidaria y fraterna me rescataron un poco de mis abismos.

—¿Sabes? Pensaba en la muerte. Soy tan cobarde—. Su mirada centellante imbuida de un sentimiento cálido y protector me brindaba seguridad. Era Byron ese hermano bondadoso que siempre admiré y ahora no tenía

duda. Quería abrazarlo y agradecerle toda su generosidad, deseaba llorar en sus brazos como un niño asustado que mitiga su miedo en paternal contacto. Sin embargo, la vergüenza se antepuso y únicamente le devolví la mirada y estreche su mano vigorosamente, tratando que en ella se revelara todo el caudal de emoción y gratitud que sacudía mi corazón abatido.

—Ya estás mejor, ¿verdad, Pablo? —cuestionó de modo alentador.

—Gracias, Ricardo. Gracias por ser mi amigo.



## XLIV

Los cristales del auto estaban empañados, el conjunto de nuestras exhalaciones apresuradas habían enturbiado como una extraña nube de nerviosismo e impaciencia el interior del vehículo.

Saúl se empeñaba en mantener visible una cruz en forma de suástica que desde hacía rato delineaba con pulso firme sobre su ventana. El miedo corría a manera de gotas densas por todos los cristales. El alcalde estaba molesto debido a la cuerda que ceñía sus muñecas; tenía los ojos vendados. Jamás podría dar con la hacienda de Jorge, durante el trayecto siempre estuvo con los ojos vendados, sin mencionar que antes recorrimos durante horas trayectos falsos para que no identificara el lugar en medio del desierto.

Byron al volante oteaba intranquilo el páramo desolado y abierto que habíamos elegido para avizorar cualquier engaño. Eran más de veinte kilómetros de terracería en un camino pedregoso y yermo, a unos cuantos metros de un retorno de la carretera norte. Teníamos una vereda oculta por donde huir en caso de alguna trampa. Aunque nuestra garantía de éxito radicaba en buena parte en las amenazas que Saúl había propalado sin empacho a la señora de Rodríguez: “A las diez queremos el dinero, si no, lo descuartizaremos vivo...” Fue una de las advertencias más

temibles que grabé en mi mente cuando Saúl regocijado narraba incansable una y otra vez todas las amenazas que había lanzado a la señora.

—Lloriqueaba de miedo... aceptó las condiciones.

No dejaba de sentir pena por la señora y por nosotros mismos. Dejé caer mi cabeza en la cabecera del sillón. Respiré hondo creo que mi movimiento fue tan ostensible que de inmediato el padre Juan murmuró preocupado.

—¿Qué tienes, Pablo?

—Nada, —pronuncié displicente. Enseguida corregí mi respuesta desdeñosa.

—Estoy desesperado, padre.

—Tranquilo, todo pasará rápido. No te preocupes.

Saúl restregaba el cañón de la pistola como si acariciara una mascota fiel y cariñosa. En el interior del auto se respiraba una densa atmósfera producto de vívidas emociones asfixiantes. Afuera el viento resollaba despiadado impregnando al ambiente nocturno de un espectáculo dramático y espectral. El cielo magnífico, y entre esta magnitud imposable algunas estrellas tímidas indefensas ante este cielo radical, abierto.

De pronto una estrella fugaz se desvaneció como una osada antorcha que se extingue antes de incendiar el cielo. La cruz de plata que pendía del cuello del padre refulgía airosa como poseedora de luz propia. El padre continuamente volteaba hacia atrás tratando de infundirnos calma, miraba de soslayo a Saúl, parecía preocuparle la maniobra amenazante.

—Tranquilo, ya deja en paz esa pistola —el padre recriminó a Saúl.

—Tranquilícese usted. No pasa nada, padrecito —respondió con evidente sorna.

—Ahí viene —gritó Byron. Era sólo un vehículo, sus potentes faros iluminaban una gran superficie. El auto se estacionó junto a los riscos. Abrió las puertas y desde nues-

tra posición evidenciamos que la señora acudía sola. Con las luces encendidas la mujer levantó los brazos, justo enfrente de su vehículo todo terreno. Había colocado encima de unos riscos un maletín deportivo.

La señora Rodríguez actuaba maquinalmente obedeciendo a cabalidad las instrucciones. La segunda etapa era liberar al presidente. Saúl estaba listo, sus ojos azules se clavaron en Byron, quien lo miró y le deseó suerte.

—Que Dios esté contigo, hijo —el padre titubeante por primera vez tocó paternalmente el brazo de Saúl.

Pensé en Julio y Jorge, que desde otro auto vigilaban la escena, llevaban algunas de las armas que el padre de Byron le había encomendado vender. ¿Qué estarán pensando en este momento? Han de estar más asustado que nosotros.

La mujer permaneció inmóvil con los brazos levantados. Llevaba una chaqueta de piel y unos pantalones vaqueros con zapatos de piso. El intenso reflejo de la luz le daba una apariencia de escultura viviente. La mujer de unos cuarenta años era atractiva. Mujer burguesa acostumbrada al buen vivir y seguramente esclava del gimnasio.

—¿Qué piensas, Pablo? —Byron intentaba articular algunas frases que el miedo anudaba en su garganta.

—Hasta ahora, todo bien. Sólo esperamos la señal de Saúl.

Nos cubría un cielo ahora atezado y con una gruesa nube ocre con tétricas formas. Estoy delirando. ¡Por Dios!

—¿Dónde está la señal de Saúl? —expresé ansioso.

—Espera, el tramo es largo. Cálmate—. Byron respiraba agitado.

—Ahí... ahí, está la señal—. Saúl había accionado el encendedor. ¡Ah!, al fin la señal. Hice algunos movimientos bruscos; trataba de empujar al alcalde hacia fuera.

—Váyase, ya váyase.

—Espera a que llegue Saúl —gritó Byron. No sabía por qué lo hice. Mi reacción inconsciente era liberarlo cuanto antes.

—Aquí está el dinero —dijo Saúl jadeante y feliz.

Byron tomó del antebrazo al presidente y lo arrojó a tierra. Abordaron el vehículo; una tremenda tolvanera se levantó como una torre de polvo que hizo perdernos de vista.

Observé a la señora Rodríguez dirigirse veloz hacia la columna de arena donde estaba su esposo, el licenciado Héctor Rodríguez Campos.

La carretera estaba vacía. Byron manejaba de manera efusiva y lanzaba golpes al aire con su puño izquierdo en señal de triunfo. Saúl daba enormes tragos a una botella de ron que extrajo ansioso de abajo del asiento delantero. Se escuchaba al padre Juan agradeciendo a media voz la ayuda de Dios Padre.

Mi angustia no había desaparecido por completo. Me coloqué de rodillas en el asiento y con el rostro literalmente pegado al cristal trasero vigilaba nervioso la presencia persecutoria de algún vehículo. Sólo percibía oscuridad y de vez en cuando lánguidas luces de humildes viviendas a los lados de la carretera.

—Gracias a Dios el político ya está con su esposa —el padre emitió un profundo suspiro después de la frase.

Saúl barajaba un mazo de billetes como jugador codicioso que había ganado la partida.

—Baja la velocidad—. Mi amonestación hacia Byron era oportuna. El Padre me secundó.

—Sí, Ricardo, no vaya a detenernos un federal de caminos —pronunció.

Exacto. Lo que menos deseábamos era tener contacto alguno con la fuerza policial.

## XLV

Todos rodeamos la mesa perdidos en la embriaguez de presenciar semejante tesoro. Sólo el padre en actitud serena nos observaba sentado desde el sofá con aire indulgente. Saúl no cesaba de contar uno a uno los billetes de alta denominación y los organizaba en pacas de diez mil pesos. El padre se quedó dormido en el sofá al tiempo que Byron se encerraba un poco antes del crepúsculo perfectamente ebrio.

La luz de un día viernes se había enseñoreado de la casa. Esa noche no dormí. Saúl quedó exhausto sobre el montón de billetes. Julio y Jorge Acosta llegarían temprano. La casa estaba en silencio. Observé el cuadro de la madre de Byron. ¿Qué pensaría la señora de todo esto? Pensé de inmediato en mis padres. Soy un criminal. Sentí un extraño sentimiento de compasión, de remordimiento, y me preguntaba ¿los volveré a ver igual, podré mirarlos de frente? ¿Acaso podrán entender todo esto?

El pensar en Luisa me reconfortó sobremanera. Mi amada Luisa. Observé su rostro. Me perdí completo en su hermoso recuerdo: su voz, sus ojos verdes, su boca perfecta; su bello rostro. Mi ángel de la guarda. Mi salvación. Logré dormir y su imagen portentosa me condujo hasta los íntimos espacios del sueño.



## XLVI

La mirada del padre Juan inquisitiva y sabia me exploraba como un sagaz experto de la condición humana. Sus preguntas sonaban cálidas, cargadas de un hálito afectuoso que me sojuzgaba, a través de un diálogo que me hacía hablar de manera sincera y con agrado. Sus ojos bondadosos y sus modales fraternos abrían cada vez más mi corazón endurecido.

—Cuando pase todo esto quiero hablar muy largamente contigo, mi querido Pablo. Ahora, ¿qué vas a hacer? Ricardo, a pesar de su situación boyante, tomará una parte del botín, solo tú no obtendrás nada, ¿por qué? Necesitas financiarte la universidad, terminar una profesión. Estás solo, ¿qué vas a hacer?

Su pregunta me estremeció un poco al saber que ayudar a los pobres había sido una locura, sin embargo me hallaba al final de un camino donde no veía razón alguna para abrir otras puertas. Habíamos logrado algo importante pero eso era pasado. Ahora, ¿qué seguía? Nada, no quería nada.

—Déjame ayudarte, conozco tu historia. Regresa con tus padres. Tu madre te necesita y tu padre seguro te aceptará. Si no quieres nadie tiene porque saber lo que hiciste —corrigió al momento—. Perdón, lo que hicimos.

—Estoy enamorado de Luisa, ¿la conoce?

—He oído hablar de ella. ¿Y qué tal? —sonrió como si hubiera escuchado una declaración salvadora.

—Ella no me quiere, su corazón le pertenece a Byron.

—¿Estás seguro? ¿Qué has hecho por ella? Vamos, enamórala, anímate. El amor te puede sacar de tu encierro.

—Se lo agradezco, pero ella no me ama y en verdad le digo, padre, Luisa habría sido mi salvación, viviría por ella y para ella, la haría feliz, se lo aseguro —reí con desgano al repasar mentalmente las frases dichas—. ¿Se da cuenta, padre? Soy un tipo cursi y pusilánime que no enamoraría a nadie.

—Lo que yo creo es que eres un buen muchacho sensible e inteligente con indecisión para enfrentar las vicisitudes que puedan darse para enamorar a Luisa. Vamos, no te rindas. Comienza por ahí, demuestra que puedes engendrar amor en el alma de esa chica.

—No es tan fácil, padre. Ya se lo dije, ella ama a otro y además no soy un don Juan. Le pido que abandonemos el asunto, por favor.

Sentí mis expresiones despectivas. No era justo. El hombre estaba empeñado en ayudarme.

— Padre, —hice una mueca y aspiré hondo—. He dejado de creer en Dios. Y la verdad me siento muy mal. No tengo ganas de vivir. El padre Juan intentó abrazarme pero ante mi frialdad sólo colocó sus manos en mis hombros y pronunció lacerante: —Pues yo no voy a dejarte.

El sacerdote me conmovió. Me negué discreto con la cabeza y le agradecí su interés.

—Nadie me puede ayudar, padre. Pero en verdad se lo agradezco—. El padre comprendió que no era oportuno insistir, así que desvió el tema.

## XLVI

—¿Sabes que ya tengo el dinero y estoy trabajando para invertirlo de la mejor manera?

—Ese dinero no podía estar en mejores manos, padre. Alivie un poco las tantas carencias de los pobres. Retribúyales algo de lo mucho que les han quitado. Tienes razón, Pablo. Tú ya hiciste mucho por ellos.

—No, no, padre, yo lo hice porque soy un torpe idealista. Porque pensaba que esto me daría satisfacción, sabiendo que la gente entendería que el gobierno vive a todo lujo con su dinero, con el trabajo de la sociedad, pero no lo logré, los idealistas no tenemos lugar en este mundo.

El padre me anunció que se alejaría por un tiempo para no generar sospechas.

—Estaré algunos meses fuera de este lugar. Creo que esto es conveniente en virtud de los sucesos –asentí convencido–. Quiero que me prometas que irás por Luisa y buscarás ayuda espiritual. El padre recordaba el asunto. Le sonreí animado.

—En verdad que usted es un padre insistente.

—La perseverancia es una virtud, Pablito.

—Tal vez, nunca volveremos a vernos, padre.

—Tranquilo, no te pongas dramático. ¿Por qué habría de ocurrir eso? Finalmente me abrazó fraternal y alegre. Nos despedimos sin mediar palabra.



## XLVIII

Las puertas de la catedral estaban abiertas, las campanas habían convocado majestuosas a la feligresía. La mañana era fresca, luminosa, el amanecer perfilaba el recinto sagrado en tonos ocre y gris, alcanzaba a percibir sus campanarios; justo en el costado derecho encontré a Dionisio.

El viejo estaba profundamente dormido; seguro que se deleitaba con algún sueño benévolo. Su expresión de reposo se aproximaba sin más a un infantil hallazgo callejero; su cabeza estaba apoyada sobre sus dos manos, su cuerpo arqueado; la vieja cobija de algodón cubría la mitad de su humanidad.

Me senté a sus pies. Deseaba interrumpir los ruidos urbanos y prolongar su sueño. Extraje del bolsillo de mi camisa una pequeña libreta de anotaciones en la cual escribía frases, recuerdos, poemas para Luisa. Absorto en la búsqueda de palabras, trataba de corregir un soneto que se obstinaba en desafiar la medida. No me percaté de dos policías que se aproximaban sigilosos. Sin más, uno de ellos pateó el abdomen inerte y hundido de Dionisio.

—Lárgate, que va a iniciar la misa—. El pobre anciano se retorció de dolor. Le reclamé al policía y éste amenazante me exigió que me retirara o me llevaría a la delegación.

Tomé al anciano de los brazos para levantarlo. Dejó salir un gruñido seco que semejaba un continuo estertor gutural y doloroso emitido desde lo más hondo de sus enfermas entrañas.

—Anda, alejémonos de aquí.

Nos sentamos en una banca de la plaza. El anciano tenía los ojos cerrados con fuerza, su malestar cobraba un aspecto preocupante. Cruzó sus delgados brazos sobre su abdomen, no respondía mis preguntas. Encorvado y jadeante tosía como un moribundo. Pretendí ayudarlo pero el miedo me impedía pensar. Manchas de sangre cubrían el piso debido a su incontrolable tos. Intenté correr por ayuda y observé mi camisa salpicada de sangre, al mismo tiempo el anciano me sujetó del brazo.

Hizo señas para que me fuera mientras escupía los últimos grumos de sangre espesa. Me sentí turbado, quería romper en llanto, reventar de rabia. La impotencia me restregaba las manos como brasas ardientes.

—No puede ser, ¿por qué te hizo eso? —grité impulsado por una furia incontrolable.

Dionisio se interpuso, ante mi cólera, sujetando con fuerza mi brazo y yo empecé a tranquilizarme. Él encontró su botella de alcohol. Dio un par de sorbos y suspiró aparentemente aliviado. Se recostó en la banca y cerró los ojos. Observé su cuello famélico, sus sucias barbas blancas que nacían desde su garganta.

Se mantuvo imperturbable, silencioso, solo la noche le alentaba a hablar. Su cuerpo ligero acentuó su enferma humanidad y durmió con su cabeza echada hacia atrás sobre el filo de la banca. Respiraba con dificultad; su abdomen hundido se contraía por momentos haciéndole estremer.

—¿Sabes qué, Dionisio? Ya le ganamos al gobierno, ya tenemos el dinero. ¿No te da gusto? Les quitamos a todos esos saqueadores apenas un poquito de lo mucho que

nos han robado, reí expulsando mi satisfacción y mi enojo. Dionisio no se había movido, seguía durmiendo, pero ahora inmerso en un sueño distinto.



## XLVIII

La prensa afirmaba enardeciendo tintas la bajeza criminal de nuestro acto. “El señor presidente fue asesinado por los guerrilleros, tomaron el dinero y de un balazo en la nuca lo asesinaron...” Tergiversando los hechos, el monto del rescate y hasta la brutalidad con que se había tratado al licenciado Rodríguez. Su esposa declaraba sentencias furibundas en nuestra contra: “Fue constantemente torturado; llevé el dinero como lo pidieron pero frente a mí lo mataron.” Lloró incontenible mientras sus hijos la abrazaban.

—No, no puede ser, ¿por qué? —exclamé furioso.

—Cálmate —dijo Byron matizando la situación. El tipo iba a ser el próximo gobernador. De cualquier manera nuestro delito no es equiparable al asesinato.

—Pero es mentira, lo entregamos vivo a su esposa —vociferé.

—Ya lo sé. Dijo Byron. Esto es ya un asunto político enredado y muy grave, que sobrepasa nuestras especulaciones. Lo mejor es desaparecer.

La misma estrategia manipulada y falaz sacudía las buenas conciencias a través de los noticiarios televisivos. Y de nuevo las amenazas y el clima de linchamiento público. ¿Qué podíamos esperar? Éramos criminales y nada podía atemperar nuestra culpa. ¿Acaso alguien creería la inten-

ción solidaria, la ayuda a los pobres? De cualquier manera ya éramos asesinos y nada cambiaría esa realidad.

Habían transcurrido dos semanas y nadie mostraba una señal de aprobación. Tendríamos que caer de un momento a otro. El procurador lo aseveró ufano y en verdad ya no me importaba. El caso era ya asunto federal.

El padre Juan se perdió como pez en el mar. Byron se mantuvo en una prudente privación, rehuía los lugares públicos y se encontraba con Susana en sitios furtivos. Supe que Saúl Millán se encontraba en la frontera dilapidando con desfachatez su parte del rescate. Lo imaginaba en bares lujosos completamente ebrio y posiblemente alardeando de su fortuna. Supimos por Jorge Acosta, el amigo de infancia de Byron, que Saúl estaba a punto de cruzar la frontera y radicar en los Estados Unidos. La escuela y las tareas académicas sumían en una severa rutina al buen Julio Sánchez que se mantuvo sin tocar el dinero, pero impávido y seguro que no sería descubierto.

## L

La llamada fue un desacierto. La angustia de mi madre me colocó en una situación patética puesto que lloraba sobresaltada suplicando que regresara a casa; argüía supuestos cambios en el talante colérico de mi padre.

—Las cosas le van mejor en el negocio. Ahora está contento y accesible, estoy segura que te abrirá las puertas de la casa —sus palabras tiritaban amorosas a través del teléfono. Su insistencia me llevó a confesar algo de lo sucedido.

—Mira, tengo que revelarte algo. Sabes del secuestro, ¿verdad?. No pude continuar. Sus ruegos me hicieron tragar un veneno rasposo que despedazó mis entrañas.

—Tú no tuviste nada que ver en eso, ¿estoy en lo cierto? Tú eres un muchacho bueno. Dime que no tuviste nada que ver, idímelo! Yo confío en ti.

Tuve que expresarle lo que ella deseaba escuchar; a pesar de esto, el daño causado entre ambos era imposible de ocultar.

—No, mamá. El caso es que conocí a los secuestradores y ahora tengo miedo de que me involucren. Serénate, por supuesto que yo no participé—. Ella rompió en llanto. Las madres conocen a sus hijos y yo no podía resarcir su sufrimiento. ¿Por qué lo hice? Quizá era una obligación

amorosa, una expiación más dolorosa al saberla atormentada, con el fin de acrecentar mi culpa y empezar a pagar mi participación en el crimen. Era magnífico. Ahora mi carga de culpa se trastocaba en interminable masoquismo engendrado por mi propia locura. Mi madre insistió en verme. Se lo prometí y me despedí; no pude más. Ella entre lloriqueos me bendijo.

## II

La licenciada Alvarado con aire prepotente y maneras groseras, me rechazó después de un largo interrogatorio inútil. Atendía la solicitud de corrector de estilo.

—Es que sin un título no creo que te acepte mi jefe.

En este país la capacidad de desarrollar con eficacia un simple trabajo se invalida sin remedio. Sólo un reconocimiento oficial abre las puertas. Habían pasado dos días y reflexionaba sobre el caso. La licenciada Alvarado, con enormes gafas, habría aceptado mi ingreso a su periódico, no obstante, me resigné ante sus exigencias. Estoy seguro que habría podido convencerla, en cambio mi ánimo se desmoronó, le agradecí su tiempo y salí literalmente derrotado sin haber hecho el menor intento por quedarme.

Sigo sin trabajo. Byron me dejó un poco de efectivo para hacerme cargo de su casa. Trataba al máximo de evitar gastos personales. La situación empezaba a volverse muy incómoda. Había partido a Europa con Susana y yo estaba a cargo. Luisa empezó a visitarme en lo que fueron los días más felices de toda mi vida.

La solicitud para atender una farmacia la corté a pulso del periódico; la guardé en mi pantalón y al día siguiente me hallaba detrás de un horrendo mostrador surtiendo medicinas a personas de clase humilde. Tenía expe-

riencia en ello. El propietario no tuvo impedimento alguno después de explicarle quién era mi padre y hacerle saber de ciertos años de trabajo en un negocio afín. Pasaba las horas leyendo sobre el mostrador. Un mozo sonriente y aniñado que se encargaba de las labores extras se acostumbró a mí y recibía mis órdenes con agrado. El sueldo era escaso pero tenía tiempo para escribir y leer al tiempo que me sentía útil, y puedo decir que este trabajo me sustrajo de mis pensamientos sombríos.

Una mañana mientras dibujaba a navaja los contornos precisos de mi barba una llamada me hizo sacudirme de júbilo. Era el padre Juan. Se escuchaba animoso y contento como un niño. Se encontraba en un estado del sureste, ofuscado, con una alegría contagiosa. Me explicó que había construido casas y un albergue para los necesitados de la región.

—Si vieras las caritas de los niños cuando pusimos luz eléctrica... los rostros de las personas mayores y las mujeres que ya tienen dos escuelas y otra de oficios. Esto es maravilloso, Pablito, pero no es sólo el dinero, es el amor de Dios lo que ha transformado un poquito esta tierra olvidada por todos. Gracias, Pablito, gracias a todos ustedes que han hecho felices a muchos de nuestros hermanos más necesitados.

Conmovido y feliz le expresé mi satisfacción.

—Quisiera que vinieras un día y te percataras de lo que hemos hecho. Si supieras cuánto falta por hacer.

Continué con mi barba y, mirándome al espejo, me dije sonriente: después de todo, sólo por lo que acabo de escuchar, valió la pena.

### LII

Uno de los cuatro santos, el que llevaba como hábito una raída túnica de tejido áspero, semejando un franciscano, se paró junto a mí y pronunció algunas palabras que no entendí; también tarareó una melodía sacra. El desgarrado santo hizo una mueca y me conminó a seguirlo. Me situé a su lado y noté que el hombre caminaba con dificultad apoyándose en su cayado. Entonces comprobé sus heridas: el santo había recibido los estigmas. Llegamos hasta el altar de la iglesia, donde me señaló con su índice dos urnas doradas que identifiqué al instante y de las cuales no logré entender sus nombres. El hombre susurró: “*Scire Tacere*”.

El hombre se parecía cada vez más al viejo Dionisio. Pregunté por su identidad y el santo empezó a reír. No había duda, eran las carcajadas de Dionisio.

—¿De quién son las cenizas?— Me dirigí a él con aire resuelto, convencido de que todo aquello era una puesta en escena de Dionisio, el borracho histriónico.

—Guarda esas urnas muy bien— sus palabras a través de su voz trémula y descompuesta fueron devueltas por la oquedad del altar.

—Dime de quién son las cenizas—. Me aproximé para leer las inscripciones en las urnas; las pequeñas letras se difuminaban ante mis ojos. Volteé la cabeza al escuchar

los pasos de Dionisio, que ahora en su condición usual de vagabundo se marchaba titubeante con su botella de alcohol y la sucia manta sobre sus hombros.

—¿A dónde vas? —grité. Exigía respuestas—. ¿Quién eres?

—Yo soy un viejo, un don nadie, un anciano que no vale nada. Río un poco mientras tosía. Observé cómo sus pies dejaban huellas de sangre.

—Y yo, ¿quién soy? ¿Quién soy?— le pregunté desesperado.

—Eres un buen muchacho y pienso que tú como yo nunca debimos haber nacido.

—¿Y quiénes sí deben nacer?

—No lo sé —bebió de su botella—. Ya tengo que irme.

—¿A dónde?— pregunté sobresaltado.

—Ya lo sabrás. Cuídate, muchachito tontorrón.

Atravesó la enorme puerta de la iglesia dejando un rastro de sangre.

### III

Luisa no disimulaba sus gestos de sorpresa ante mis palabras. Escuchaba atenta. Yo percibía su incredulidad porque sosteníamos una amistad profunda. Ella aún me hacía escribir cartas a Byron, que por supuesto jamás le entregué. Sus labios reían discretos; le complacía que desviara los mensajes de las misivas y elogiara su belleza con versos y expresiones amorosas. Las cartas se volvieron el pretexto para estar juntos. Bastaba la mirada de sus ojos felinos y cautivantes para mostrarme el paraíso. Su amistad me hizo feliz como nunca lo fui.

Sonreía infantil y cándida ante mis relatos fantásticos. Descubrí su afición compulsiva a ser elogiada. Me había convertido en su hacedor de lisonjas, mas no me molestaba. Verla sonreír gustosa o sonrosarse me llenaba de satisfacción. En una ocasión le hice creer que un poema, de André Breton, había sido escrito por mí para ensalzar su belleza. La sorpresa aplacó para siempre mis intenciones fraudulentas, pues ella adujo que yo podía escribirle mejores poemas. De esta forma comprendí que Luisa no era exactamente una puntillosa crítica de arte poético.

El vestido azul, casual, escotado y ligero hacía resaltar su figura, así como la redondez y firmeza de sus senos que se movían delicadamente. Estaba ella de bruces sobre

la alfombra de la sala; jugueteaba con sus pies desnudos, cruzaba sus torneadas pantorrillas y se mantenía absorta en un cuaderno de apuntes, que dijo eran anotaciones urgentes de un próximo examen.

Desde la cocina me deleitaba viendo su anatomía espectacular. Con su cabello recogido en la nuca, sus pies zigzagueaban en el aire y ella tendida de esa forma me excitaba hasta el último poro. Las cortinas de la casa y la luz portentosa de esa tarde nos envolvían como entre velos invisibles y blanquísimos.

Terminé de preparar dos bebidas de durazno, la fruta favorita de Luisa. Me senté frente a ella y me miró con sus lindos ojos felinos pero su mirada era indescifrable. Dio un pequeño sorbo a la bebida.

—Eres tan bella como una princesa de cuento —mi expresión fue tímida, apocada por el escenario magnífico donde Luisa enaltecía con su señorío aquel momento digno para algún pintor renacentista.

—¿Por qué me miras así? —pregunté a media voz, temeroso de estropear mínimamente la grandeza del momento.

—No lo sé, no estoy segura. Mejor olvídalo—. No insistí. Preferí contemplarla y sumirme en aquella visión estupenda.

Permanecimos en silencio. Luisa desanudó su cabellera y agitaba sus cabellos castaños en forma incitante. Sonreía ante mí, que inmovilizado no acertaba a expresar palabra. Bebía con sutileza y sus enrojecidos labios acariciaban el cristal como abiertos pétalos rojos ante la evidencia del rocío. Apartó su bebida y acomodó sus manos para apoyar su cara. De nuevo sus ojos congelados sobre mí y una ligera sonrisa de niña pícara.

—¿Sabes, Luisa? Ahora entiendo muchas cosas. A veces los sujetos como yo buscamos caminos, respuestas a la vida, y andamos por ahí enfermos de melancolía año-

rando soluciones para aliviar nuestra existencia patética mientras la vida transcurre como es, sin más, y cada vez entendemos menos, cada vez nos sentimos arrojados a un torrente vital del cual quisiéramos sustraernos porque nos sentimos solos, muy solos, y pensamos que la vida es cruel, que somos culpables de todo. Lo más terrible es que no basta toda una vida para entenderlo, por eso nos destruimos y entonces la certeza de sabernos polvo acaba por volvernos siniestros. Luisa hacía guiños de desaprobación, arrugaba el entrecejo y movía su cabeza mortificada.

—Deja de fastidiar, ¿de qué hablas?

—Sí, perdóname. Soy un necio.

—Te ves bien con barba —su expresión era una tácita amonestación ante las palabras que expresaba con desdén a la existencia.

Agradecí el cumplido y cerré la boca. De nuevo sus ojos se congelaron sobre mí. Fue un viernes de otoño cuando al fin le dije todo lo que sentía por ella... Desde entonces adoro los viernes y el otoño.

—¿Puedo confesarte algo, preciosa?

—Claro que sí, Pablo. Eres tan dulce y romántico. Me gusta mucho estar contigo. Me encanta que seas mi amigo.

—Eres tan bella, Luisa, y te amo tanto que ahora entiendo la vida, así de golpe, como si se revelaran todos los enigmas. Mirar tus ojos, tenerte junto a mí es como abrir todas las puertas del universo y embriagarme de vida, de la hermosa vida. Dime, Luisa, ¿qué más podría pedir un hombre al tenerte a ti? Te amo, Luisa—. Ella desvió la mirada con timidez.

—¿Y si te dijera que yo también te amo?

Aquella revelación estremeció mi alma con una dicha que volcó mi corazón extenuado en una vorágine de emociones sublimes. Nos miramos amorosamente. Sin mediar palabras me acerqué a ella para acariciar su rostro

y sus ojos centellaban haciendo patente su confesión venturosa. Ella hizo lo mismo. Apretó sus labios y extendió su pequeña mano hasta mi rostro que acarició tiernamente; sus dedos se deslizaban amorosos y delicados sobre mi cara. Una de sus uñas se detuvo voluptuosa siguiendo los bordes de mi boca.

La abracé compulsivo, frenético. Sentí su corazón desbocado y lloré de júbilo, de pasión, de ternura. Sentí sus lágrimas también sobre mi hombro y aquel abrazo nos unía para siempre haciéndonos descubrir la infinita generosidad de la vida. Luisa me amaba. Permanecí despierto, cautivo ante la dama que había redimido mi vida. Era espléndido besar sus manos, su frente. Su respiración ligera y su sueño apacible.

Al despuntar el alba algunos reflejos de luz se ovillaban en su cabello como ribetes de oro. Besé su mano, su pequeña mano frágil como una flor de cerrados pétalos. Se estremeció un poco y me abrazó ansiosa. Me obligó a dormir con voz apacible, que me hizo abandonarme en un sueño delicioso que jamás había conocido.

Esos meses con ella, fueron lo mejor de mi vida, sabía ya lo que era la felicidad, y hasta entonces supe que el amor en cualquiera de sus expresiones, era únicamente todo el sentido de la existencia.

## LIV

Una mañana el reloj del buró marcaba las nueve. Luisa aún dormía, así que me levanté sigiloso. Me sentía renovado con una paz que nunca tuve y que recorría mis venas como una medicina milagrosa. Preparé café y me disponía a preparar el desayuno. El timbre de la casa sonó un par de veces; pensé que despertaría a Luisa. Había en la puerta un hombre que permaneció unos momentos en el umbral y escudriñaba con extrema avidez el interior de la casa. Sudoroso, ventilaba su cuerpo agitando su camisa con índice y pulgar desde el segundo botón. Me miraba de arriba a abajo. Por el rabillo del ojo veía todo lo que su ubicación le permitía.

—¿En qué puedo servirle?

—¿Tú eres Pablo Vega?

—Así es, señor. ¿Qué se le ofrece?

—¿Quién más está contigo?

—Por favor, primero, dígame ¿quién es usted y qué quiere?

—¿Quién más está contigo?— Sus facciones se descompusieron en un gesto iracundo.

—Nadie. ¿Por qué? ¿Quién es usted y qué quiere?  
—pregunté de nuevo.

—Cállate y haz lo que te voy a decir.

—¿Por qué? ¿De qué se trata? —pregunté asombrado.

—Si quieres vivir, obedece.

—Señor, estoy descalzo y en ropa de dormir.

—Cállate y sal de ahí lentamente, y quiero que te acuestes boca abajo al salir.

—Déjeme decirle algo, mi novia está dormida en la recámara principal. Permítame ir por ella.

—No me gustan las mentiras. Dime quién más está contigo.

—Se lo juro, sólo está mi novia.

—Haz lo que te dije, ahora mismo.

—No, señor. No puedo dejar a mi novia sola.

El tipo que parecía tranquilo y normal como un modesto vendedor callejero, me tomó del cabello con violencia, me hizo girar y me arrojó violentamente contra la pared. Mi nariz estalló en un torrente de sangre. El hombre hizo una señal y un comando de policías federales con playeras negras, y pantalones de camuflaje irrumpieron en la casa destruyéndolo todo. No supe cuándo pero mis manos estaban esposadas; yacía tendido en la entrada de la casa. En la espalda de los policías tres grandes siglas blancas PJF.

Un hombre que surgió de la nada portando la misma indumentaria colocó su bota contra mi pecho y caí de espaldas. Mi cuerpo se tiñó de sangre candente y por mi pantalón de dormir escurría sangre. El sujeto acerrojó su arma y la sostuvo encañonándome sobre la cara. Escuché gritar a Luisa desde adentro.

—Que no le hagan nada, por favor —supliqué al hombre que me sometía.

El sol sobre mis ojos me hacía ver solo su enorme silueta negra. La culata de su escuadra desprendía destellos fríos de luz metálica. Empecé a lanzar gritos entrecortados porque sentía que me ahogaba con mi propia sangre.

—Luisa, no te resistas... entrégate... no... teee. Re... sis... tas. Luisa. En... tré... ga... te.

La hemorragia nasal había cedido un tanto debido a la posición en que me hallaba. El suplicio continuó. El hombre de la camisa blanca y pantalón negro hizo una señal con su mano y fui llevado al interior de la casa. Ahí estaba Luisa llorando aterrada. Tenía un hilillo de sangre que caía de su nariz.

—Cobardes— les grité furioso. La casa era un desastre, habían destruido todo a su paso. Me sentaron en el sillón de la sala; al otro extremo Luisa temblaba de pánico. Uno de ellos respondió:

—Me quiso morder, ¿qué esperabas?

Traté de consolarla, decirle que no le pasaría nada, sin embargo una retahíla de insultos y amenazas me obligaron a callar. Cuando Luisa vio la sangre por mi cuerpo empezó a gritar desahogada.

—¿Qué te hicieron, Pablo?

—Nada, me golpeé con la puerta. No te preocupes, no tengo nada. Estoy bien —le grité para tranquilizarla—. No te asustes, no nos van a hacer nada, sólo haz lo que te digan, Luisa. Todo saldrá bien. Ella se cubrió el rostro con sus manos llorando inconsolable.

El hombre de la camisa blanca ahora con varios dobleces en las mangas, caminó lentamente por la sala y se dispuso a hablar. Tenía el ceño fruncido; era delgado, alto y moreno de cabello negro abundante, peinado hacia atrás. Enmarcaba una cara huesuda y una nariz grande y aguilena. Llevaba una funda de cuero sujeta al cinturón en la espalda. Cuando nos apuntó desafiante supe que él dirigía la operación.

—¿En dónde está el dinero? —explotó con voz iracunda blandiendo su pistola y amenazando a Luisa.

—¿Cuál dinero? No tenemos ningún dinero. No encañone a mi novia, déjela ir, déjela ir, se lo ruego. Me tiene a mí.

—No te creo. ¿Por qué entonces tu cómplice, Saúl Millán, tenía tanto dinero en efectivo? —Vociferó.

—¿Cuánto tienes tú? ¿La mayor parte fue tuya? ¿Preparaste el secuestro y asesinato? ¿Dónde tienes el dinero y las armas?

Sentí un fagonazo de terror en mi cabeza. Saúl... ¿qué le habrá pasado? Cargaba un arma y su temperamento hostil, violento. ¿Cómo lo atraparon? ¿Estará vivo? No podía sustraerme a la pesadilla. No obstante, olvidé a Saúl y pensaba en salvar a Luisa que era inocente.

—No conozco a ningún Saúl Millán. No sé de qué habla.

Me encañonó en la frente y percibía su mano estática sin atisbo de movimiento. El sujeto demostraba su incuestionable capacidad de matar a mansalva.

—Dime dónde está el dinero o aquí te mueres, pendejo. No me gustan las mentiras.

Sabía que no alardeaba y pensé que moriría de un balazo en la cabeza. Tuve que responder de la misma forma. Si muriera, qué sería de Luisa.

—Mire, señor, lo que le digo es la verdad, ¿cree usted que le mentaría? Y si quiere matarme hágalo pero ella es inocente. Déjela libre y yo le daré el dinero que pueda. Por favor, déjela ir.

—¿Acaso me crees tonto? Sé perfectamente quienes participaron en el secuestro y homicidio del político.

—¿Cuál homicidio? —repliqué sobresaltado.

—Cállate, hijo de la chingada, no me contradigas, aquí el que manda soy yo.

Los demás hombres hurgaban por toda la casa. El sujeto me golpeó el pómulo izquierdo con sus duros nudillos y el dolor ensombrecía mi visión. Después me amenazó.

—¡Asesino! Ahora lo niegas. Te voy a chingar, cabron.

Se alejó de mí y atendió a uno de sus oficiales en un diálogo secreto; discutían sin ponerse de acuerdo. El sujeto que ostentaba el mando movía los brazos acaloradamente y negaba haciendo movimientos furiosos con su cabeza.

Volteé a mirar a Luisa que aún permanecía con sus manos en la cara llorando copiosamente; supuse que estaría en *shock* y que era necesario prestarle auxilio. Me atreví a interrumpir su furtiva conversación. Nada me importaba más que ayudar a Luisa.

—Señores, la muchacha está muy mal. Por favor, déjenla ir.

No recibí respuesta alguna. El sujeto de la camisa blanca estaba tranquilo y salió con un radio móvil que accionó mientras abandonaba la casa. Habló uno de los policías, un hombre corpulento, por suerte, respondió:

—¿Te sientes mejor, muchacho? La muchacha no más está asustada, no te preocupes cabrón.

—Dígame por qué dicen que matamos al alcalde. Nosotros no lo hicimos.

—Ya lo sé, aunque se metieron en un pinche enredo político y de eso yo no sé nada.

—Ella no tiene culpa. Déjela ir, por favor—. El hombre asentía con su cabeza, expresando indiferencia.

—Ahora, ¿qué nos va a pasar? —Movié su pesado cuerpo y se encogió de hombros. Rio y dijo:

—¿Tú qué crees? —Después añadió—: Tú ya sabes. Nomás acepta todo, devuelve el dinero, y a lo mejor no les va tan mal. Caminé hacia fuera y no lo volví a ver.

Entraron por nosotros dos policías; a Luisa la subieron a una camioneta sin matrícula. Pude observar cómo la ayudaron a subir. Hasta el último momento le gritaba que no le ocurriría nada. Mis intentos de persuadirlos de su inocencia no cesaron ni un momento, aunque fue en vano; la camioneta se esfumó a toda velocidad.

Algunos policías se quedaron en la casa. Me subieron a la patrulla con violencia; yo no oponía resistencia, sin embargo las amenazas siguieron hasta que cerraron la puerta del vehículo. El sol lánguido parecía orbitar insensible sobre mi cuerpo tembloroso. Estábamos en unas ofi-

cinas a las afueras de la ciudad. Me percaté de la camioneta en que transportaron a Luisa. Llegamos escoltados por otra camioneta y dos patrullas en un *convoy* que marchaba a toda velocidad entre el ruido de las sirenas. Había un gran número de policías armados aguardando. Esto era un despliegue estrepitoso y ridículo.

Fui bajado de la patrulla y llevado a una pequeña oficina escoltado por seis policías. Observé el edificio con faroles de hierro y flanqueado por múltiples columnas de mármol. Había un viejo escritorio metálico que servía para apilar una muchedumbre de hojas y expedientes; a mí me sentaron en una silla giratoria. Agradecí cuando uno de los policías me absolvió del castigo de las esposas.

## LIV

Deseaba saber en qué lugar estaba Luisa; suponía que estaba en un sitio similar, y por un instante de optimismo deduje que sería interrogada y al no encontrar culpabilidad alguna ella sería liberada. Un tipo bajito enfundado en un pantalón militar y con una camisa caqui oscuro, portaba un gafete impresionante con los colores patrios que colgaba hasta su vientre abultado irrumpió en la oficina y ocupó el lugar del desordenado escritorio.

—Así que tú eres Pablo Vega Mora—. Yo asentí con hosco desconcierto.

Tenía las manos gruesas y pequeñas. La luz de la ventana le iluminaba el rostro haciendo visibles las sombras oscuras alrededor de sus ojos. Se mantuvo ajeno al ruido del ventilador del techo, indiferente al personal que desde afuera maniobraba como en un campo de entrenamiento.

Mantenia la mano derecha en un montón de hojas que encontró sin el menor esfuerzo. Leía fechas y nombres del improvisado expediente. Su rostro de pómulos prominentes y labios enormes me miró de hito en hito.

—Soy el teniente Ontiveros. Voy a hacerte algunas preguntas. ¿Los conoces?— inquirió. Mencionó a Saúl, Jorge, Ricardo Rivera, Julio Sánchez, Luisa Fernández, Susana Domínguez, y por último al sacerdote Juan Castro.

De pronto preguntó a quemarropa.

—¿Por qué mataron al alcalde si ya tenían el dinero?

—Nadie mató al presidente. Nosotros lo entregamos vivo a su esposa.

—Qué curioso, muchacho. Ya todos confesaron que tú lo mataste.

—¿A quiénes se refiere, señor?

—¿No oíste, idiota? Todos. Tenemos la confesión por escrito de cada uno de tus esbirros —hizo una pausa y aventuró—. Además de la pistola que usaste; ¿dónde está el dinero, la droga y las armas? —cuestionaba enfadado.

—¿Dónde está la joven que trajeron conmigo, teniente? —Pregunté.

—Detenida.

Incliné la cabeza y froté mis ojos. La información me hizo sentir una angustia corrosiva en mi garganta. El teniente aguardó fríamente sin mediar movimiento alguno.

—¿Y los demás? ¿Qué ha sido de los demás? —Intuí lo peor.

—Viven y están detenidos. Todos declararon lo mismo: que tú lo mataste, cabrón, si ya tenías el dinero, ¿para qué lo mataste?

Sabía que era una trampa para hacerme confesar un asesinato y lo que ellos quisieran.

—Imposible, nadie sería capaz de eso, a menos que les arrancaran la confesión torturándolos. El teniente no perdió la compostura. Se levantó y expresó en tono conciliador.

—Volveré un poco más tarde, cuando te calmes. No quiero romperte la madre.

—¿Y Luisa? ¿Qué hay de la muchacha? Ella no tuvo nada que ver. Teniente por Dios, déjela ir. Ella nada tuvo que ver. Acepto que yo maté al alcalde si usted la libera.

—Era lo que esperaba escuchar —arguyó cínico.

El teniente Ontiveros encendió un cigarro y después del primer golpe sonrió un poco con sus gruesos labios negruzcos y susurró:

—Ahora dime dónde está tu parte, que debió ser mayor que la de tus compinches, también las armas y la droga.

Entonces la cólera me hizo hablar y logré enfurecer al teniente que caminaba impávido por la pequeña oficina.

—Así es, teniente. Yo no soy ningún héroe ni quiero serlo. Pienso que su inmensa estupidez y cobardía le impedirán siempre tener un ápice de rectitud y honorabilidad.

—¿Qué más, muchacho? Dilo ahora. ¿Qué, eres muy machito?

El teniente, con el ceño fruncido y con un aire amenazante, mojaba sus labios resecos. Mala señal.

—Si es usted hombre tome mi vida y libere a la muchacha.

Esperaba un alud de maldiciones o la furia siniestra de un teniente ofendido. Sus carcajadas me desconcertaron. Pronunció en voz baja y mesurada:

—¡Ah!, qué muchacho, en verdad eres hombrecito. Tengo años en esto y son pocos los que no se rajan. Por mi cuenta corre que vivas. Te necesitamos vivo. —aclaró. Lo de la muchacha no depende de mí. Ahorita vendrán a atenderte los golpes y a ponerte otra ropa. Luego abandonó la oficina.

Acto seguido fui desnudado; me cambiaron de ropa: un overol ligero de color naranja. Un médico revisó mi nariz y colocó compresas de hielo en mi hinchado pómulo, examinó mi respiración y mis latidos.

Pedí al médico, un hombre mayor, de pocas palabras, que me condujera con el teniente Ontiveros pero no atendió mi petición y me hizo tomar algunos analgésicos.

—Doctor, ¿con quién puedo hablar? Necesito hablar.

—Después vendrán por ti, joven. Por ahora te sugiero que duermas.

¡Dormir! Me pareció una broma de mal gusto. Sin embargo un sueño inducido por algún medicamento hizo que me recostara sobre la cama de la enfermería.

## LVI

Desperté enloquecido. Había tenido aquel mismo sueño horrible en el que una joven era torturada y ultrajada repetidas veces por sujetos desconocidos, un grupo de bestias que reían de placer con su indefensa presa. Me abalancé contra la puerta y vacié mi infinita rabia golpeándola con mis manos hasta que la sangre y el dolor lo permitieron. En ese momento entró un policía que me empujó al piso y me pateó la espalda y las costillas.

—Maldito policía, ¿dónde está la muchacha?—  
Logré articular mis palabras tratando de cubrirme los golpes.

—Ah, de eso se trata. No lo sé pero está buenísima la señorita —dijo burlón. Cerré los ojos; el llanto y la rabia hicieron distender mis miembros, recibía golpes pero ya no me importaba.

—Oye, Carmona, creo que lo mejor será llevar a la muchacha a la enfermería. Tú avísale al médico. Ustedes, González y Memo, tráiganla para revisión médica. Apúrense. ¿Qué le hicieron? Traigan también al muchacho, tenemos que presentarlo a la prensa. A ver si no se enoja el teniente.

La ventana de madera estaba abierta, una densa oscuridad proclamaba triunfal mi acceso irremediable a un

mundo de sombras de donde jamás encontraría salida. Mi cuerpo se hallaba turgente, cubierto de gasas y vendas; el dolor no me permitía movimiento. Intentaba bajar mi pierna izquierda de la camilla justo cuando una insignificante luz de una lámpara de estudio me hizo mover lentamente la cabeza para dar en el punto donde se hallaba la luz. El anciano doctor leía sin percatarse de mi presencia.

—¿Y la muchacha, doctor? ¿Qué ha sido de ella? Contésteme, por favor, se lo ruego —pregunté con un gargarismo asmático a punto de ahogarme.

El médico carraspeó. Con el pulgar presionó sus lagrimales.

—Lo siento, muchacho. No sobrevivió.

Incliné mi cabeza hacia atrás y coloqué mis manos sobre mi cara. Perdí la mirada en el oscuro cielo que avizoraba desde la ventana.

—¿Cómo dice? ¡Cómo que murió! ¿De qué murió? ¡Dígame!

—Tenía problemas cardíacos. Esperaremos la autopsia. La declaré muerta por infarto hace aproximadamente tres horas, debido a alguna enfermedad crónica.

—Es falso, ella no tenía ninguna enfermedad cardíaca. Ustedes la mataron, asesinos.

—Cuidado con lo que dices. El médico soy yo. Además, ¿cómo te atreves a acusar sin pruebas, siendo tú el que disparó sin misericordia al alcalde? Sinvergüenza, asesino.

## LVII

Me obligaron a permanecer erguido ante un tumulto de periodistas. Los *flashes*, las preguntas incesantes e interminables. Había disparos de luz sobre mis cansados ojos, hombres y mujeres se arremolinaban tratando de obtener la mejor posición para abatirme como en un repugnante juicio inquisidor.

—¿Por qué mataste al alcalde? ¿Perteneces a alguna guerrilla centroamericana? ¿Formas parte de algún grupo subversivo? ¿Qué hicieron tú y tus cómplices con el dinero? ¿Es cierto que engañaste a un cura para justificar tu crimen? ¿Dónde tenían secuestrado a Rodríguez Campos? ¿Es verdad que lo torturaron salvajemente antes de matarlo? ¿Por qué amenazaron con matar a la esposa del presidente? ¿Esto también estaba en sus planes? Por cierto, ¿qué otros crímenes cometieron o pensaban cometer? ¿Por qué traicionaste a tus cómplices y te quedaste con el dinero?... ¿Cómo...? ¿Por qué...? ¿Acaso...?

Las preguntas iban y venían como una ráfaga desmesurada de saetas envenenadas que me hacían desplomarme sobre la pared en que fui colocado ex profeso. Dos guardias me flanqueaban, impedían cualquier movimiento irregular o extraño que pudiera realizar.

—Lo maté porque soy un asesino. Confieso plenamente que fui yo quien mató a Rodríguez Campos. Todo lo hice por dinero. Traicioné a mis amigos porque soy desgraciado y traidor. Todos actuaron bajo mis órdenes. Sólo Luisa Fernández, nunca participó de nada. Ella era absolutamente inocente. Nunca supo nada.

—¿Por qué la encubres? Era tu novia, ¿verdad? —escuché entre el grupo de reporteros una voz insistente que fue reprimida por un potente coro de silbidos y siseos que exigían escuchar mis declaraciones.

—Soy el único responsable. Estoy en manos de la justicia y espero mi sentencia. Apelo con la insignificante moral que puede tener un asesino, a que mis cómplices sean absueltos de toda culpa y que con magnanimidad nuestros jueces comprendan la maldad y peligrosidad que represento para la sociedad y al mismo tiempo equiparen la inocencia de los demás implicados, ante lo repugnante de mis acciones. Soy todo lo que ustedes quieran que sea. Mi demencia y ruindad me obligan a decirlo sin menoscabo de culpas. Soy un asesino pero no más ni menos que muchos que ahora me señalan. Sonreí para mis adentros.

—¿Fuiste torturado?

—No, nunca.

—¿Y esos golpes?

—Es que me resistí al arresto.

Escuché murmullos y preguntas en aquel ambiente torvo. Después los policías me guiaron con violencia a una celda.

## LVIII

Desconozco el tiempo transcurrido. Quizá más de dos años o tres años. No me importa. Deseo encontrarme con Luisa, mi única alegría. Estoy en una prisión donde no hablo con nadie porque los demás reclusos me observan con recelo.

Hace meses un guardia me dijo que acudiera al locutorio donde alguien me esperaba. Detrás del vidrio sucio del locutorio, Byron me esperaba con un gesto ostensible de conmiseración. Preguntó preocupado por mi situación, desde mis afecciones, mi estado anímico y mi salud. Tenía la mirada perdida y me costaba un esfuerzo enorme concentrarme en la presencia de Byron. Escuche de nuevo sus recriminaciones.

—¿Por qué dijiste todo eso a la prensa? ¿Cómo es posible? ¿Por qué te culpaste como un mártir? Mi padre iba a ayudarte, con sus influencias y una fuerte suma de dinero ya estarías libre, pero asumiste todas las culpas y era justo lo que necesitaban para suplir al futuro gobernador. La esposa del alcalde fue amenazada, pero recibió miles de pesos del nuevo gobernador, y dicen que también de un poderoso cartel de narcotráfico. Fuiste el único que perdió todo.

—No, Ricardo, no lo perdí todo. Tengo a Luisa que me espera. Nos amamos.

—Necesitas ayuda, Pablo. Luisa, cómo me duele recordarlo, murió a causa de las vejaciones que sufrió en una celda. Fueron muchos los que... —Byron no pudo contener el llanto. Tomó aliento y dijo:

—¿Entiendes? Murió. Luisa murió, debes admitirlo. Te vamos a sacar de aquí. Conserva la cordura, por favor.

—Háblame de Susana —lo interrumpí abrupto—. ¿Cómo va su embarazo? Jamás te imaginé como padre.

—La verdad yo tampoco —reímos juntos.

—¿Y qué fue de los muchachos, de los últimos muchachos que conocí, de mis amigos?

—Pablo, por favor, ¡ya lo sabes! A Julio no le fincaron cargos; Saúl sobornó a los federales y anda perdido en Estados Unidos. Jorge es hijo de un diputado federal, ni siquiera fue interrogado. Hubo mucho dinero de por medio, incluyendo lo que devolvieron les ayudó a atenuar sus condenas. Al padre Juan lo siguen buscando; aunque dicen que lo atraparon y devolvió su parte, jamás hizo nada para ayudar a los necesitados, como afirmó, el miserable. Tú nos salvaste a todos, Pablo. Mi padre, conmigo hizo lo que ya conoces: influencias, dinero. Las declaraciones apegadas a las tuyas y las de la esposa del alcalde fueron decisivas, mas no fue justo que toda la culpa cayera sobre ti. Necesitaban un culpable de asesinato.

—No, la única inocente fue Luisa —lloré.

—Claro. Siempre te amó. Perdóname por no haberlo entendido. Perdóname, mi querido Pablo.

Bajo su mano derecha presionaba algunos libros. Se despidió. Cuando el guardia le señaló que debíamos terminar, me dejó los libros. Fue la última vez que vi a Byron. Mi amigo. Rehusé volver al sucio locutorio e imaginé a mi madre y a mi padre sentados del otro lado inundando la cabina designada, con sus palabras angustiantes y su llanto.

Le escribí una carta a mi madre pidiéndole perdón. A ella le confesé toda la verdad, sin embargo no sé si hice

bien. Esto es lo único que mi pobre lucidez me ha permitido. Siento una inefable dualidad en mis pensamientos. La alegría que me brinda este divorcio de la realidad y ciertos destellos de razón me impelen furiosamente buscar los medios para morir. No soporto más. Este infierno interior es más grande que la pesadilla que vivo físicamente en esta reducida celda.

A pesar de todo, mi salvación la veo tan cerca que he dejado de llorar. Luisa me observa impaciente llena de amor. Estaremos juntos muy pronto.



## LIX

La parte alta de la oscura mansión es verdaderamente siniestra. Todas las paredes llevan a un pasillo donde apenas se cuele una luz moribunda. Penetro en un gran salón, hay una gran cantidad de objetos y muebles cubiertos por un vendaval de sábanas blancas. No siento temor, me acomodo en una poltrona que descubrí bajo el fantasmal escenario.

Hay una puerta muy alta, de madera labrada. Impresionado por su altura trato de abrirla con todas mis fuerzas. Estaba sudoroso y una ligera sensación de angustia me impelía a retroceder cuando la puerta cedió. Entonces escuché la voz tímida, lejana de Luisa que del otro lado me advertía dulcemente que no entrara. Su voz se volvía imperceptible y dejó escapar algunos sollozos.

—No abras la puerta, te lo ruego.

—Luisa, ¿dónde estás? Necesito verte, no puedo más.

Abrí la puerta y sólo había tinieblas. Grité con todas mis fuerzas tratando de hallar a Luisa. Entonces empecé a correr por la oscuridad, me entusiasmaba la libertad de transitar por un infinito oscuro como si de pronto encontrara algún destello de luz a lo lejos y allí estaría ella. Mi adorada Luisa ataviada de flores con sus ojos magníficos y

amorosos. De pronto algo me hizo caer y me revolvía en un piso polvoso e inseguro de superficie fría y rasposa.

De nuevo mis gritos se perdían en la infinita oscuridad de aquel lugar tenebroso, que parecía devorar mis ojos y mi cuerpo como una embestida de animales hambrientos. La voz cálida de Luisa me conminaba a regresar.

—Ese no es el camino, Pablo. No es el camino.

—Sólo quiero verte –musité fatigado.

—Este no es el camino. La voz desapareció vaporosa, etérea como procedente de algún lugar muy lejano. Yo estaba exhausto. La luz me hizo abrir los párpados. Me hallaba en mi celda.

—Hay algo que no me vas a creer, Dionisio.

El viejo atendía pasmado mi sueño reciente.

—¿Qué cosa, Pablo? –Susurró confuso.

—Al despertar había una hermosa paloma blanca en mi pecho, que tranquila y mansamente me miraba con sus ojillos pardos, oteaba mi cara y daba suaves picotazos en mi camisa. ¿Era como un milagro o acaso un presagio divino? ¿Tú qué crees?

—Creo que así fue, una especie de señal de Luisa que de manera apremiante intenta decirte en sueños que la muerte no es el camino.

Me miró fijamente. Meditó un momento. Antes de volver a sus peroratas acerca de mis intenciones.

—¿Tienes lo que pedí?

—Desde hace tiempo, aunque pensé en convencerte de no hacerlo.

—El papá de Ricardo, al saber de tu sufrimiento y de todo lo ocurrido, me pidió a condición de que nunca lo supiera tu amigo Byron, la llave abominable o quizá benigna para tu martirio, para cuando no pudieras más. Así me ordenó el licenciado.

Dionisio sacó un revólver del bolsillo, tenía las cachas de madera; era un revólver plateado, pequeño, se diría inofensivo. Dionisio empezó a llorar.

—Siempre me voy a culpar. Nunca lo hagas. Los vivos ante la muerte nos quedamos más solos.

Sujeté el hombro de Dionisio con cariño. Su rostro compungido se descifraba fácilmente en un aullar incesante de “No lo hagas, por favor”. Había agotado todos los argumentos y carecía de algún consuelo para el viejo, así que apreté con más fuerza su frágil hombro. Acerté a chasquear mi lengua asumiendo tácitamente un fingido consentimiento a las persuasivas palabras de Dionisio.

—Me vas a dejar solo. No seas malo —rompió el silencio.

—Me temo que... No lo sé, la verdad, pero fuiste tú quien me enseñó que cada hombre debe buscar su destino. ¿Lo recuerdas? —Dije a Dionisio, tratando de consolarlo.



## LX

\_\_\_\_\_ Deberías aceptar la visita de tus padres. —Su tono persuasivo, su tenacidad a veces me molestaban. Dionisio se percataba de todo y entre dientes decía—: ¿estás enojado, Pablo?

—No. —Contestaba bruscamente y el viejo cambiaba regularmente el tema. Esta vez leyó la más reciente misiva de mi madre. Tuve que escuchar. Le pedí que le diera respuesta dejando a su arbitrio las razones que él juzgara más convincentes—. Dile que los quiero y que me perdonen.

—Susana, la esposa de tu amigo, dice que vendrá el fin de mes a visitarte. ¡Ah!, qué fastidio—. La hoja temblaba entre sus dedos. La acercaba tanto a su nariz que revelaba su estrabismo. Agitó sus manos para extender otra de las cartas que permanecían intactas.

—Es de la madre de Luisa. Demandó a Byron y a los muchachos, también a la policía, debido a que no aceptó el informe de su muerte.

—Cuánto dolor para la señora. Lo he sentido tan profundamente, quisiera...

—Ya déjalo, no puedes hacer nada. Recuerda que te odia y nunca ha querido saber de ti. Mejor continuamos.

—¿Conoces a Jorge Acosta?

—Sí, claro, el Gordo. No la leas ahora, por favor—.

Entre sus dedos se deslizó un fino papel de fuertes matices violáceos.

—Esta es de tu primera novia, Teresa, —pronunció entusiasmado—. ¿Quieres que la lea?

—No, gracias.

—Pues te dice —empezó a leer para sí e hizo un gesto huraño— que te perdona todo menos que seas un asesino. *Bah*, sigue siendo una niña tonta.

—Dice que pronto vendrá a verte, que reside en Estados Unidos—. Su desdeñoso gesto, me hizo sonreír.

## LXI

Hace algunas semanas un joven con aire solemne, modales correctos y amables ocupó el lado opuesto del locutorio. Me saludó efusivo con palabras grandilocuentes, mostrando así una cultura exquisita y atildada. Su rostro era benévolo, sus ojos iluminados e inocentes. Era mi amigo Julio Sánchez que en estos tiempos había descollado en las artes del intelecto. Y mi admiración hacia este joven culto y generoso se la expresé de forma insistente. Él se sonrojaba un poco.

Nos concedieron un poco más de tiempo y conversamos entusiasmados y alegres. Deseaba abrazarlo como a un hermano menor. Estaba orgulloso de sus logros académicos y de su extraordinario crecimiento intelectual. Era el mejor alumno de la facultad y todo apuntaba a vaticinar en él un futuro de éxito y prosperidad.

Siempre que se despedía me devolvía algunos elogios e inclinaba su cabeza apesadumbrado y profería denuestos contra el sistema jurídico. Asimismo, prometía que todos sus esfuerzos los destinaría a mejorar eso que pomposamente llaman justicia. Se despidió triste; abatido expresaba su pesar y quedamos de vernos nuevamente. Julio desconocía que nunca más nos volveríamos a ver.



## LXII

— Vamos, pasa, ¿qué haces ahí? —Era la voz de Dionisio, estaba en el escritorio de Byron leyendo con deleite; nada lo distraía de su lectura. Entré temeroso. El estudio y la biblioteca a media luz; cuando lo observé bien me sorprendió: El otrora anciano andrajoso y repulsivo ahora estaba enfundado en un impecable smoking negro, en el cuello un gazné rojo oscuro, la barba afeitada, el cabello engominado, parecía un verdadero *gentleman*.

—¿Eres Dionisio? —Pregunté, sorprendido, pero el hombre absorto en su lectura no me atendió. Después, levantó la mirada, y dijo —tú me creaste ¿Y me desconoces? —me desconcertó— ¿Yo? ¿A qué te refieres? —frunció el entrecejo y negó con la cabeza, soy tu personaje: ¡parte de tu novela! ¿cuál novela? —exclamé. Reí, solo eres fantasía, un exabrupto de mi imaginación afiebrada, de mi rampante esquizofrenia. Dionisio, frotó sus ojos, para sacudirse seguramente el cúmulo de palabras aglutinadas por su lectura. Preguntó —¿Es que aún no entiendes que soy más real que tú, jovenzuelo?. —Al instante respondí—, dijiste que yo te creé, ergo, el único verdadero aquí soy yo. —el viejo se levantó del sillón de Byron y caminó tranquilo mientras disertaba como maestro de escuela:

—Pablo, tú morirás como todos, sin embargo yo siempre existiré, no moriré, porque estoy vivo en tu novela,

y en los que la lean, no me importa quien, o cuántos. —Interrumpí su argumento, intuía el desenlace—. ¡Por dios! Sí, sí, la literatura, el arte, preservan a sus protagonistas, pero solo es dable a los gigantes; a sus obras inmarcesibles. Además yo no te inventé, porque no he escrito ninguna novela. —Concluí. Dionisio se acercó y me palmeó la espalda—. Sí. Ya la escribiste ¡mírame!

—Existo ¿No?...

## LXIII

*...Gente sencilla o complicada, condenados todos los que escuchan. A ustedes habla otro más desde una hermosa ratonera de granito. La historia no les pertenece, ni el presente, ni el futuro, sólo los ángeles encadenados a las muertes más espantosas. Únicamente el infierno maravilloso de su existencia. Existir es un dilema y la muerte es su única realidad posible. Alguien tiene que cambiar la muerte. ¡Bravo! Escucho sus gritos y denuestos. Cambiar la vida por la muerte, infieles misérrimos, congregación derrotada, su liberación los aguarda en las trincheras junto a sus héroes y redentores, pero serán traicionados una y otra vez. No hagan caso. La muerte sólo es una palabra para los condenados del mundo. La muerte es la abolición del mundo real y esto lo entienden los que la conocen de forma radical, rabiosamente, esto es lo que llamamos vida. Así la libertad y el amor para mí tuvieron sentido.*

*Lunes 25 de noviembre 1991.*



## LXIV

*Aquí estoy yo, insomne. Completamente solo, encerrado en mi ofuscación y mi ceguera. Escribiendo aún todo esto, en mi pobre cuadernillo inocente de tantos días. No soporto más. Intento dar sentido a todo aquello que fui y no encuentro una salida. Miro retrospectivamente y pienso, pero pensar me agota y lastima. Es como perderlo todo y esta pérdida me está matando. Esto es una pesadilla hecha realidad. Sin embargo estas pesadillas no se convierten nunca en teatro, en un teatro magnífico.*

*Es muy tarde y escucho en mi mente el crujir de los muros insondables. Y ya no puedo dar más pelea contra mí mismo o contra los demás. Yo sabía que esto ocurriría. Tengo la llave mágica bajo mi almohada. Sólo ruego a Dios la gracia del amor con Luisa. Debe ser así y no de otro modo.*

*Ya no tengo miedo. ¡Oh, Dios mío! Ya no tengo miedo.*

*Viernes 6 de diciembre 1991.*



## EL FINAL

No pude conversar mucho con él a la víspera de su partida. No obstante, muchas tardes estuvimos juntos. Yo no aceptaba que se plegara a mi conversación monótona, salpicada siempre de reminiscencias propias de un viejo achacoso. Prefería escucharlo, me placía hacerlo. Algunas veces cuando perdía la mirada y parpadeaba entre las sombras, gustoso escuchaba todas mis historias, a veces verdaderas, otras veces no.

La tarde de ayer estaba amarillenta por los caprichos de un sol otoñal; algunas nubes gráciles se deshacían por el viento gélido que nos hizo despedirnos. Lo vi animado y hablando de Luisa porque siempre habló de ella y de su afán por morir.

—Voy a estar con Luisa —afirmaba complacido como si yo fuera su confidente—. Muchas veces traté de disuadirlo pero era imposible sacarlo de su mundo. Nunca habló con nadie más. Siempre pensó que yo era un antiguo amigo suyo, lo cual acepté con agrado; me llamaba “Dionisio, o viejo”. Llevo muchos años en esta prisión, nunca saldré, pero desde que conocí a Pablo, el tiempo juntos, aunque breve, fue magnífico. Me veía leer, sin hablarme, hasta que una vez se acercó y me regaló un libro de Borges. Desde ese momento fuimos amigos, era muy inteligente, culto, pero taciturno, y triste.

Siempre me dijeron que padecía enfermedad mental, no lo supe, ni me importó; se dijeron tantas lucubraciones acerca de la causa de su condena, que nunca creí ninguna de ellas. Cuando mencionaba el tema, asentía a todas las culpas que le mencionaba. Estoy seguro que era inocente, un muchacho así, no haría daño a nadie, estuvo aquí por alguna ruina conjura, o víctima de alguien poderoso.

Cuando murió, me dolió demasiado, pedí me dejaran verlo, aún estaba en la cama de su celda, todo cubierto con esa usual y horrenda frazada blanca. Temblando descubrí su rostro. Nunca podré describir ese momento, ¿por qué tenía que ser así? Lloré de modo tan desgarrador que supongo que fue la causa de que me permitieran estar junto a él mucho tiempo, no sé cuánto. Hasta que un guardia me tomó del brazo y me alejó del cuerpo.

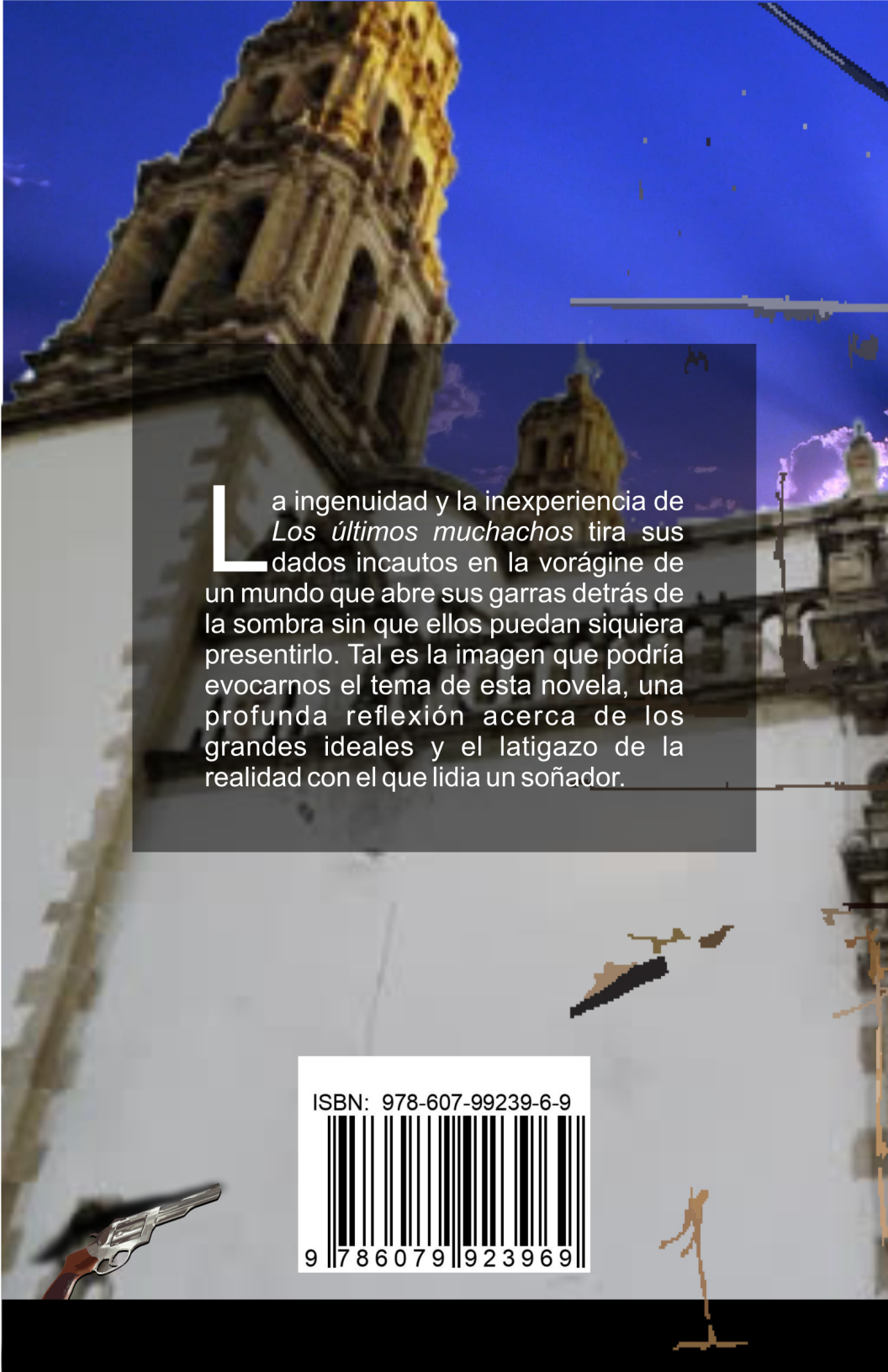
P.D. Todo lo anterior escrito, sea realidad o ficción, lo obtuve merced a su generosidad y al afecto que siempre me brindó. Agradezco a “Pablo Vega Mora”, su confianza. Y por devolvernos la esperanza de un país mejor.

Sábado 18 de enero, 1992.

Desde un CERESO en el norte de México.

*Los últimos muchachos*

Se publicó el 26 de noviembre de 2021 en el  
portal institucional [www.upnech.edu.mx](http://www.upnech.edu.mx)



La ingenuidad y la inexperiencia de *Los últimos muchachos* tira sus dados incautos en la vorágine de un mundo que abre sus garras detrás de la sombra sin que ellos puedan siquiera presentirlo. Tal es la imagen que podría evocarnos el tema de esta novela, una profunda reflexión acerca de los grandes ideales y el latigazo de la realidad con el que lidia un soñador.



ISBN: 978-607-99239-6-9



9 786079 923969